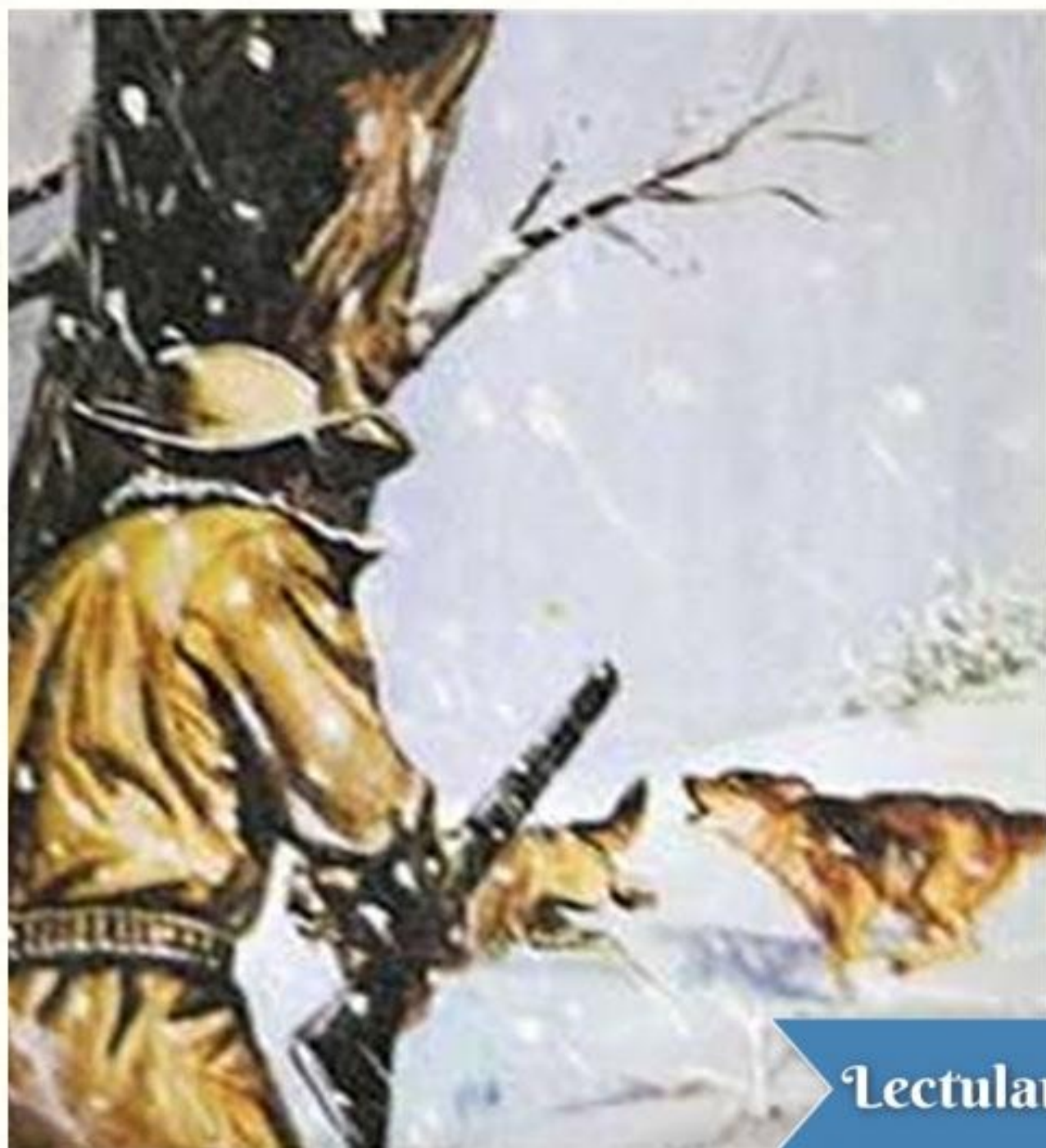


JAMIES O. CURWOOD

El lazo de oro



Lectulandia

El Sargento Felipe Raine de la Policía Montada está tras la pista de Bram Johnson, un presunto asesino que comanda una manada de lobos. Bram posee un objeto curioso, una trampa dorada tejida del delicado cabello de lino de una mujer. ¿Qué podrían compartir estas dos personas? Es un misterio que Felipe se siente obligado a resolver mientras rastrea a Bram a través de la tundra canadiense.

Curwood describe en este libro a personajes muy interesantes que viven en este desierto del norte. Pero sobre todo nos relatan más la vida y costumbres de los nativos de aquella tierra, que de los intrusos que llegaron allí en busca del oro.

Cuando se escribió este libro, los lectores estaba muy interesado en las historias de Canadá y Alaska, por la fiebre del oro que se produjo en aquella época y tanto James Oliver Curwood como Jack London escribían sobre la naturaleza y dramas que se producían en aquellos parajes.

Lectulandia

James Oliver Curwood

El lazo de oro

ePub r1.0

Titivillus 11.01.2019

Título original: *The Golden Snare*
James Oliver Curwood, 1921
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Capítulo I

Bram y sus lobos

AUN para las tierras hiperbóreas resultaba un ser extraordinario Bram Johnson, hombre fatalmente dominado por el medio ambiente y una fuerza arcana que tan pronto lo convertía en un racional como en un bruto, hechura del demonio. Si alguna culpa le cabe en cuanto ha de ser objeto de nuestro relato, no osaríamos censurarlo con demasiado rigor. Sentimental y terrible, es dudoso que tuviera lo que damos en llamar un alma, y sí la tenía, permanecía oculta, escondida, como lo intrincado de los bosques y los selváticos antecedentes que se la dieron.

Para hallar a Bram hay que echar una ojeada retrospectiva a tres generaciones anteriores, antes que el linaje de los Johnson se estableciera en el Norte, pero cuando ya viajaban, siempre ascendiendo en su nomadismo. Si ponemos una canoa en el Bajo Atabaska y bogamos hasta el Gran Lago de los Esclavos y desde aquí, por el Mackenzie, hasta el Ártico, observamos notables transformaciones étnicas en los naturales de aquellos territorios. Al *chippewa*^[1], de cara esmirriada y vivo movimiento, que usa canoa de gran encorvadura, sucede el *cree*^[2], de rostro ancho, ojos oblicuos y lento paso, que fabrica de abedul sus canoas más consistentes. Y aun el *cree* se transforma a medida que vive más al Norte: cada tribu difiere algo de su vecina meridional, hasta que el *cree* llega a semejar un japonés, y entonces aparece el *chippewyano*, que toma fisonomía y costumbres propias donde aquéllos dejan las suyas, hasta que sus canoas son *kaiaks*^[3] de piel, su rostro se ensancha, sus ojos parecen de chino y los etnógrafos pueden llamarle esquimal.

Aunque sea numerosa la familia errática de los Johnson, hubo uno, de quien descendía por línea paterna Bram, que cien años antes debió empezar entroncando con los *chippewas*, y luego, por sus hijos, con los *crees*, llegando así por entronques sucesivos a mezclarse la sangre de los Johnson con la esquimal a través de los *chippewyanos*. Es curioso cómo sobrevivió el nombre Johnson. Hubiera uno entrado al *tepee* o cabaña esperando hallar un hombre blanco y hubiese quedado sorprendido ante la realidad.

Al cabo de un siglo de mezcolanza sanguínea, Bram representaba un retroceso, un caso de atavismo: un hombre blanco, con la piel, los cabellos y los ojos de un blanco

y los pronunciados rasgos fisonómicos de su madre esquimal, de quien se diferenciaba, por otra parte, en el tamaño. Medía seis pies de alto y tenía la fuerza de un gigante; un gigante de rostro ancho, pómulos salientes, labios gruesos, nariz aplastada y tez blanca. ¡Tipo admirable! Hasta sus cabellos eran de un rubio que tiraba a rojo, indómitos e hirsutos como melena de león, y sus ojos, de un azul indefinible, fulguraban en los momentos de cólera con ese brillo de acero que sacan los de los gatos en la noche.

Nadie le conocía amigos. Vivía en el misterio y erraba sin cesar. Jamás se detuvo en un paradero más que el tiempo indispensable para trocar las pieles por provisiones, y ya no volvía a vérselo en el mismo punto durante meses y aun años. La Real Policía Montada del Noroeste cruzaba de vez en cuando por su ruta, y en el archivo del cuartel general abundan los partes de las más distanciadas patrullas con lacónicas referencias: «Hemos visto a Bram y sus lobos en viaje hacia el Norte», o bien: «Bram y sus lobos han pasado cerca», siempre Bram y sus lobos. Durante dos años, cuando Bram se internó en el corazón del País del Azufre, al este del Gran Oso, la policía perdió su pista, lo que la instigó luego a ejercer sobre él una vigilancia más estrecha, como si temiese que sucediera algo. Y sucedió algo, en efecto. Bram mató a un hombre. Le fue tan fácil deslomarle, como quien rompe leña seca, que cuando se descubrió el homicidio ya Bram andaba lejos. Otra tragedia siguió pronto, quince días después, cuando el cabo Lee y uno de sus hombres de Fort Churchill lograron acorralarlo en el confín de la estepa. A un cuarto de milla oyeron su destemplada risa. Bram no disparó un tiro: se limitó a soltar sus lobos. Por verdadero milagro, el cabo Lee pudo arrastrarse aún hasta la choza de un mestizo, donde expiraba al poco rato. El mestizo llevó la noticia a Fort Churchill.

Y en este punto Bram desaparece sin dejar rastro. Si nos fuera dado recoger en las páginas de un libro las hazañas que llenaron su vida durante los cuatro o cinco años siguientes, valdría la pena de perdonarlo. Bram... ¡y sus lobos! ¡Imaginaos! ¡Solo, sin hablar con nadie ni acercarse a un paradero por alimentos; un *loup-garou*, una bestia humana, un compañero de lobos! A los cuatro años, ya no quedaba sangre canina en su manada. De los cachorros fue criando lobos, pero lobos de pura estampa, hasta que tuvo veinte, enormes, fieros, y entonces, mató a los otros, que no hubieran aceptado la libertad, porque en él reconocían a la bestia superior y se le rendían como esclavos. Y Bram, monstruoso, mitad hombre y mitad fiera, los amaba; eran para él hermanos, esposa, hijos, todo lo de este mundo; dormía entre ellos, con ellos comía o pasaba hambre cuando se acababan los tasajos; en ellos encontraba compañía y protección. Cuando necesitaba carne, que no faltaba en el campo, desataba la trailla, lanzando su hueste tras un reno o un alce, y aunque se le adelantasen seis millas, siempre quedaban entre huesos buenos bocados cuando él llegaba. ¡Y cuatro años viviendo así!

La policía no quería creerlo. Escuchaba riendo los rumores venidos de lejanas tierras: rumores de que alguien había visto a Bram u oído su vozarrón dominando los

aullidos de su manada en las calmosas noches invernales; de que indios y mestizos habían seguido sus huellas simultáneamente en puntos muy remotos. Les hacía recelar de todo informe la supersticiosa creencia en la *chasse-galère*^[4] que el mestizo francés mantiene viva en el norte del Canadá y de la que se guardarían ellos muy bien de hacer burla. Componen la *chasse-galère* seres que han entregado su alma al diablo a cambio de poder navegar por el aire, y no faltaba quien estuviese dispuesto a jurar con las manos en el crucifijo de la Virgen^[5] que vio con sus propios ojos a Bram y sus lobos persiguiendo sombras de bestias gigantescas a través de los cielos.

La policía quedó con esto convencida de que Bram había muerto, y, entre tanto, Bram huía de los hombres y se acercaba más a los lobos, sus hermanos. Pero difícilmente se niega a sí misma la sangre humana, y siempre corría atizando en el enorme pecho de Bram un ardoroso anhelo. La misma muerte debíasele hacer preferible a veces a esta ansiedad por oír una voz humana, por hablar con alguien, aunque jamás hubiese amado a hombre o mujer alguno. Y este anhelo debió conducirlo a la formidable crisis que nos lo presenta por fin en relación con un hombre y una muchacha.

Capítulo II

Un raro hallazgo

HALLAMOS al hombre. Felipe Raine, en la cabaña de Pedro Breault, sentado a la mesa, frente a éste y con la estufa incandescente a su misma espalda.

Pedro, el cazador de raposas, había construido su choza al extremo de una larga faja de abetos desmedrados que avanzaban estepa adentro. Era una noche terrible; aullaba y gemía el viento en los intersticios, haciendo tiritar a Raine. Cerca, hacia el Este, se hallaba la bahía de Hudson; tan cerca, que cuando momentos antes abrió Raine la puerta de la cabaña, le llegó el sordo e incesante tronar de las corrientes submarinas que luchan desde el océano Ártico por abrirse paso entre los hielos, sólo interrumpido de vez en cuando por el estruendoso gruñir de un iceberg que se quiebra y despedaza como cortado por un gran cuchillo. Al Oeste se extendía la yerta llanada, interminable y monótona, sin un peñasco ni un matorral; y aplastada de día por un cielo que siempre recordaba a Raine un grabado de Doré que representaba el «Infierno»: un cielo aplanado, duro como granito de azul y púrpura, que amenazaba derrumbarse en inmensos aludes. Y de noche, mientras ladraba la raposa blanca y mugía el viento...

—Por la esperanza que tengo del Paraíso le juro, *m'sieu*, que lo he visto vivo — afirmaba Pedro, de codos en la mesa.

Raine, miembro de la Real Policía Montada del Nordeste, de patrulla a la sazón en Fort Churchill, dejó de sonreír con aire de duda. Sabía que, sin un corazón denodado, Pedro no hubiese sido capaz de instalarse a sus anchas en aquel desierto para cazar la raposa blanca, y que si hubiera sido supersticioso, como la mayor parte de sus colegas, los gemidos y la batahola que arrastraba hasta él el incesante ventarrón nocturno lo habrían ahuyentado.

—¡Lo juro! —repitió Pedro.

El rostro de Felipe brilló con cierta expresión de anhelo, al tiempo que se recostaba sobre la mesa oprimiéndose las manos. Contaba treinta y cinco años, era delgado como Pedro y sus ojos, de un azul acerado, contrastaban con los negros de éste. Hubo un tiempo en que lució los más elegantes trajes en la gran ciudad del Oeste, donde vivía; mas, ahora llevaba paletó de piel de reno con mangas raídas y

alguna rotura; sus manos eran nudosas, y en su cara habían dejado huella tempestades y ventiscas.

—¡Imposible! —dijo—. ¡Bram Johnson está muerto!

—Vive, *m'sieu*.

Y la voz de Pedro tenía un raro temblor.

—Si yo hablase de oídas, si no hubiese visto, podría dudar, *m'sieu*. —Y sus ojos brillaron como dos ascuas—. Sí; oí la gritería de la horda, me levanté, abrí la puerta y estuve escuchando y escudriñando en la noche. ¡Ugh! No estarían lejos cuando podía oír las pezuñas del caribú^[6]. Y en seguida me sobresaltó la voz estentórea de un hombre dominando los aullidos de los lobos, y comprendí que Bram había husmeado la carne. *Mon Dieu!* ¡Ya lo creo que vive! Y no es eso todo. ¡No, no, no es eso todo...! Y crispó los dedos.

En menos de un cuarto de hora, lo vio Raine refrenar por cuarta vez una rara agitación; y empezó a creer a Pedro.

—Y luego... ¿lo vio usted?

—Sí. Por todas las zorras que hay entre el Atabaska y la Bahía no volvería a repetir lo que entonces hice, *m'sieu*. Aquello fue... una ventolera que me dio, que me lanzó a la noche sin reflexionar. Encontré las huellas de los lobos y las de las raquetas del hombre y las seguí, *oui*, las seguí, y llegué tan cerca de la carnicería, que pude oír el ruido de las mandíbulas y el destrozo de la carne; sí, sí, ¡y la espantosa risa del hombre! El viento me azotaba el rostro, pero si hubiera cambiado, si aquella legión de demonios me hubiese olido... ¡*Tonnerre de Dieu!*^[7] —Se estremeció retorciéndose las manos, haciendo crujir los nudillos Pero me quedé allí, *m'sieu*, hundido a medias en una duna de nieve, hasta que se marcharon. Era tan negra la noche, que no pude verlos pasar. Me acerqué a la presa y, sí, habíase llevado los dos cuartos traseros; era un macho tan grande como un toro. Seguí la pista, sin desviarme un paso, hasta muy cerca del linde del bosque, donde Bram había establecido su hogar. Pude observarlo detenidamente y juro por la Bienaventurada Virgen que era el mismo Bram que hace años, antes de su crimen, vino dos veces a mi cabaña: no ha cambiado. En torno a él se apretaban los lobos al amor de la lumbre, y hasta entonces no recobré el juicio. Pude ver cómo los acariciaba, cómo le correspondían luciendo los colmillos; pude oír los restregones de sus cuerpos; él les hablaba y reía con ellos a través de sus espesas barbas... y me eché a correr con tal celeridad, que apurados se hubiesen visto los lobos para darme alcance. Y esto... ¡esto no es todo!

Pedro miró a Raine sin cesar de entrecruzar y retorcer sus dedos.

—¿Me cree usted, *m'sieu*?

Felipe bajó la cabeza.

—Parece imposible, y con todo, no puede usted haber soñado, Pedro.

Breault lanzó un hondo suspiro de satisfacción y se incorporó, diciendo:

—¿Y me creerá si le digo lo demás?

—Sí.

Pedro se precipitó al cuarto donde tenía su yacija, y volvió con una bolsa de piel de alce, en que guardaba el pedernal, el acero y demás útiles para encender fuego durante la caza.

—Al día siguiente volví allí, *m'sieu* —dijo, sentándose en su puesto—. Bram y sus lobos ya no estaban. Él había dormido al amparo de unas ramas de abeto. Y... y *par les mille cornes du diable*^[8], como si hubiese barrido la nieve a su paso. Las marcas de sus grandes abarcas, mezcladas con las pisadas de los lobos, parecían zarpazos de un oso gigantesco. Busqué en torno por si había olvidado algo y encontré un lazo para conejos.

La expresión de Pedro y el temblor de sus manos al desatar el saco, más que sus palabras, despertaron en Felipe la intensa emoción de algo misterioso que esperaba en silencio mientras el otro abría la piel.

—Un lazo para atrapar conejos, *m'sieu*, que se le caería del bolsillo a la nieve.

Y lo tendió a Felipe. La lámpara de aceite que esparcía su luz sobre la mesa iluminó el objeto, y los labios de Felipe se abrieron en una exclamación de asombro. Pedro no esperaba otra cosa, y su cara resplandecía de triunfo.

Por un rato pareció que Felipe había dejado de respirar. Miraba y remiraba sin aliento aquel objeto que a la luz oscilante de la candileja parecía temblar en sus manos. Era un lazo, un armadijo; sobre esto no había duda. Medía una yarda, y allí estaba la curiosa anilla corrediza de los *chippewyanos* con el doble nudo a un extremo.

Mas lo sorprendente era que estaba fabricado con dorados cabellos femeninos.

Capítulo III

Súbita decisión

EL proceso de inducción nos lleva, a veces, a resultados prodigiosos, sin necesidad de reflexionar ni de seguir un método, como consecuencia inmediata de una impresión recibida y hasta como chispa del mismo golpe que nos ilumina la verdad.

Después de su exclamación de asombro, Felipe se quedó inmóvil, silencioso. En una súbita calma del viento se oyó la marcha de su reloj como el redoble de un tamboril, y entonces alzó lentamente los ojos y encontró los de Pedro, que le miraban. Los dos se adivinaron el pensamiento. Si el cabello fuese negro, si fuese castaño o tuviese al menos aquel tinte rojo del de los rubios esquimales del Mackenzie septentrional... Mas era de oro, de oro rutilante.

Sin desplegar los labios, Felipe sacó una navaja, cortó el cabello por encima del segundo nudo y se puso a deshacer el primoroso tejido de filamentos de seda, hasta que un largo rizo onduló serpenteando sobre la mesa. Si alguna duda le quedaba, se desvaneció entonces. No recordaba haber visto a ninguna mujer con cabellera del mismo color. No se trataba de un oro rojo, con vislumbres y manchas al reflejo de la lámpara. Era blando, como hilo de seda, y tan fino que, viéndolo, maravillaba la paciencia de quien lo trenzó para un lazo.

De nuevo dirigió a Pedro la misma mirada interrogante.

—Esto es dijo Pedro que Bram tiene una mujer.

—Eso debe de ser —asintió Felipe—. O que...

Sin necesidad de acabar la frase, comprendió Pedro su significado, por el acento que Felipe imprimió a su voz y por la mirada expresiva que le dirigió; porque a entrambos les embargaba el mismo temor. Pedro se encogió de hombros, excusando la respuesta, y casi al mismo tiempo se estremeció. Una ráfaga, que sacudió la puerta de la cabaña como si manos de hombre la empujaran, le hizo volver sobresaltado.

—*Diable!* —exclamó, adueñándose de sí mismo y mostrando el brillo de su blanca dentadura en una sonrisa—. Me ha vuelto nervioso el recuerdo de todo lo que vi a la luz de la hoguera, *m'sieu*. ¡Bram y sus lobos, y esto para acabar!

E indicó con el gesto las hebras fulgurantes.

—¿Nunca ha visto cabellos así?

—No... en mi vida... ni una sola vez.

—Y no obstante, habrá visto mujeres blancas en Fort Churchill, en York Factory, en Lac la Biche, en Cumberland House, en Norway House y en Fort Albany.

—¡Huy, huy, huy! Y en muchos otros puestos, *m'sieu*; nunca encontré una de cabellos como éstos.

—Y Bram jamás salió de Northland ni llegó más al sur de Fort Chippewyan, que nosotros sepamos —dijo Felipe—. Esto hace estremecer a uno, ¿verdad, Pedro? Hace pensar unas cosas... ¿Qué dice usted? ¿No piensa nada?

Corría por las venas de Pedro sangre de francés y de *cree*, y sus pupilas se dilataron al encontrar la mirada fija del otro.

—Hace pensar —contestó con cierto embarazo— en *chasse-galère* y el *loup-garou*, y... y casi está uno por creerlo. No soy supersticioso, *m'sieu*, no, no; no soy supersticioso —gritó con embarazo—. Pero cuentan tantas cosas de Bram y sus lobos... que si ha vendido su alma al diablo y puede viajar por el aire, que él mismo puede transformarse a voluntad en lobo... Hay quien le ha oído cantar la *Chanson du Voyageur* acompañado por el aullar de sus lobos, en el cielo. Yo he hablado con esos que lo dicen; yo mismo encontré cerca del Mac Leod a una tribu completa, entregada a toda clase de conjuros porque habían visto a Bram y sus lobos construyéndose una casa en mitad de una nube tormentosa. Conque no es raro que cace conejos con cabellos de mujer.

—Ni que cambie lo negro en color de sol añadió Felipe, siguiéndole el humor.

—Si lo demás es cierto... dijo Pedro, tartamudeando y sin poder acabar, como si se le hubiera hecho un nudo en la garganta.

Felipe lo vio en lucha con las viejas supersticiones que se le habían inflamado por un instante en su imaginación como un puñado de pólvora, hasta que, apretando los carrillos e irguiendo la cabeza, añadió esforzando la voz:

—Pero todo eso son cuentos, *m'sieu*. De lo contrario, no le hubiera mostrado el lazo. Bram Johnson no ha muerto. Vive, y vive con una mujer, a no ser que...

—A no ser que...

El mismo pensamiento asomó a la mirada de entrambos, sin que ni uno ni otro lo tradujese en palabras. Felipe, que estaba recogiendo cuidadosamente los cabellos, arrollándolos al índice, los guardó en una cartera de cuero que traía. Luego, sin afectación alguna, cargó su pipa, la encendió, fue a la puerta, la abrió y, durante un rato, estuvo escuchando el gruñir del viento en la desierta planicie. Pedro lo contemplaba sin moverse del puesto. Cuando Felipe cerró la puerta y volvió a sentarse junto al mestizo, había tomado su decisión.

—De aquí a Fort Churchill hay trescientas millas —dijo—. A mitad del camino, Mac Veigh y su patrulla se han instalado al extremo inferior del lago Jesuche. Antes de partir en persecución de Bram, he de mandar con toda seguridad a Mac Veigh un parte, que él se encargará de hacer llegar a Fort Churchill. ¿Puede usted abandonar sus anzuelos y sus ceños el tiempo suficiente para encargarse de esta diligencia?

Pedro vaciló un momento.

Luego dijo:

—Llevaré el parte.

Hasta altas horas de la noche, Felipe estuvo ocupado en redactar el informe. Se le había encomendado la misión de perseguir una banda de ladrones indios, pero un negocio más importante se le cruzaba en el camino, y ponía al corriente de todo al comisario Fitzgerald, que mandaba la División «M» en Fort Churchill, explicando lo que Pedro le había dicho y las razones que él tenía para creer que Bram Johnson, tres veces asesino, vivía. Acababa pidiendo que se enviase a otro en persecución de los indios e indicaba con la posible exactitud la ruta que seguiría para dar con Bram. Firmó el parte. Sólo omitía una cosa. Ni una palabra de referencia al lazo trenzado de cabellos de mujer.

Capítulo IV

La octava noche

SIN esperar que amainase el ventarrón que continuaba rugiendo enfurecido por aquellos eriales, a la mañana siguiente, Felipe se puso en marcha, acompañado de Pedro Breault, hacia el paraje donde acampó Bram con sus lobos. Cuando llegaron, ya el abeto que le había servido de dormitorio desaparecía por mitad bajo un montón de nieve acarreada por la ventisca desde la sabana, durante aquellos tres días transcurridos.

Desde allí, Pedro indicó cuidadosamente la dirección que Bram tomó y Felipe orientó la brújula en el sentido de la pista, invisible por entonces. Inmediatamente llegó a una conclusión.

—Bram se guía por los matorrales que limitan el bosque —dijo a Pedro—. Es el camino que haré yo. Añada esto a lo que dejé escrito para Mac Veigh. Pero ni una palabra sobre el lazo, Pedro. ¿Entiende? Si es un *loup-garou* y teje los cabellos de oro con el viento...

—No diré nada, *m'sieu* —contestó Pedro estremeciéndose.

Con un apretón de manos se apartaron en silencio, dirigiéndose Felipe al Oeste, y cuando, momentos después, volvió la cabeza, ya Pedro había desaparecido.

Al cabo de una hora de marcha le asaltó la idea opresora de que se lanzaba a una empresa insensata. Por motivos que se expuso en sus reflexiones de la víspera, dejó a Pedro sus perros y su trineo y caminaba aligerado de todo lo inútil. En la mochila, bien sujeta a su espalda, llevaba una tienda de seda, capaz de resistir a todos los vientos, aunque no pesaba más que tres libras, y utensilios de cocina del mismo peso. El resto de la carga, sin contar el fusil, el revólver «Colt» y las municiones, lo componían artículos alimenticios científicamente comprimidos en pastillas p desecados en polvo: quince libras de harina; cuatro docenas de huevos, reducidos en polvo a una libra; veintiocho libras de patata deshidratada, que perdía veinticuatro libras de peso; cuatro libras de cebolla prensada que no llegaban a una onza, y todo así, hasta treinta libras; sustento para un mes con la carne que le proporcionase la caza.

Pensando en la rudimentaria despensa, colgada a su espalda, rió irónicamente, porque la asoció a recuerdos de tiempos pasados. ¿Qué dirían sus amigos de juergas, si por arte de magia pudiera reunirlos a su lado para regalarles en aquel desierto con un festín tan opíparo? ¿Y qué diría y qué haría Mignon Davenport? Ya estaba viendo el horror de la sangre azul manifestado en su semblante aristocrático. El viento de la estepa la dejaría aterida y yerta. Se encogería todo su cuerpo y moriría. ¡Si lo sabría él, que estuvo a punto de casarse con ella! Sorprendióle como inoportuno aquel pensamiento, mas no le fue fácil desprenderse de su imagen, que le seguía, como él la pista oculta de Bram, Seguramente lo tenían olvidado muchos amigos. Un lustro son muchos años, y en la clase social a que él pertenecía, las amistades no se hacen famosas por su longevidad. Tampoco el amor; Mignon se había encargado de convencerle. Hizo una mueca y rió, despreciando las dentelladas del viento. ¡Qué pintoresco le resultaba! A él le había favorecido con una ligera neumonía, de la que luego se mostraron resentidos sus pulmones con ese algo que hunde las mejillas y quita la sangre de las venas. Entonces fue en aumento cada día el horror que tan lindamente se pintaba en los ojos azules de Mignon, grandes ojos de niña, hasta que, con franqueza infantil, le anunció lo molesto que era para una oír decir a los amigos que iba a casarse con un tísico.

Este recuerdo le arrancó tan grande carcajada, que Bram la hubiera oído a cien metros entre el bramido del viento. ¡Tísico! Felipe dobló los brazos distendiendo los músculos hasta hacerlos crujir. Llenó de aire sus pulmones y lo expelió como vapor escapado a presión por una válvula. El Norte había obrado aquel milagro; el Norte, con sus admirables selvas, su incomparable cielo, sus ríos, sus lagos y sus compactas nieves; el Norte, que resucita a un muerto por poco que se le ayude. Por eso lo amaba, y porque lo amaba y gustaba de sus aventuras se incorporó a la Policía, dos arios atrás. Algún día volvería a divertirse con sus amigos de casino, y Mignon, la de ojos de niña, moriría despecho viéndole rebosante de salud.

Abandonó estos pensamientos para volver al hombre que perseguía. Durante los dos años de servicio recogió fragmentos de la historia de Bram y de los Johnson, sus ascendientes, ocultando el vivo interés que le inspiraban. A veces se entusiasmó discutiendo la mentalidad de Bram, sin lograr que prevaleciera su opinión. Para indios y mestizos, Bram era un monstruo en toda la extensión de la palabra, un hechicero con todo el poder de encantamiento del demonio. Para la Policía era el criminal más peligroso de las vastas regiones del Norte, cuya captura —vivo o muerto— valdría al dichoso aprehensor el ascenso a sargento: esperanza que animó a muchos valientes, hasta que cundió la creencia de su muerte.

No era ambición lo que empujaba a Felipe al interior del desierto. Pronto expiraba el plazo de su servicio y tenía otros proyectos para lo futuro. Desde el momento, en que sus manos tocaron la trenza de oro, sintióse invadido de una rara y desconocida emoción, que ahora aumentaba, aunque no la había formulado en palabras. Ni a Pedro habló de los sentimientos que le embargaban. Acaso era ridículo, pero tenía

imaginación y le inspiraban profunda simpatía los animales y cierta clase de hombres. Ya no era el policía frío y calculador dedicado a la caza de sus semejantes. No ignoraba que su deber era capturar a Bram y llevarlo preso al cuartel general, y estaba pronto a cumplirlo si llegaba el caso... a no ser que hubiese adivinado el significado del lazo de oro. ¿Pero lo había adivinado? Dentro de su intensa emoción se removía una duda tremenda. Bram podía haber obtenido de mil modos los cabellos que le sirvieron luego para un lazo, y hasta podía llevarlos desde mucho tiempo atrás como un amuleto de poderosa virtud contra enfermedades y contra el mismo diablo, ya que semejante hombre había de ser, naturalmente, muy dado a supersticiones.

Con todo, no quería admitir tal conjetura, y cuando a mediodía se paró a encender fuego para hervir el té y calentar un puré, sacó el haz de cabellos y lo examinó con más detenimiento que la víspera. Viéndolos lucir y fulgurar al pálido sol del meridiano, diríase que un día antes estaban creciendo en una cabeza de mujer. Admiraba su longitud y sutileza y la textura maravillosa de cada hebra.

Comió y reanudó su marcha. Tres días de tempestad habían borrado toda huella de Bram y sus lobos, pero persistía en su convencimiento de que aquél no se alejaba del límite del bosque donde iba a morir la estepa. La Gran Estepa del Norte, ignorada en las cartas geográficas, era el océano de nieve donde Bram hallaba refugio contra las leyes. Aquellas vastas soledades que se extendían hasta quinientas millas al Oeste, y desde el grado sesenta hasta el océano Ártico, ofrecían a sus correrías ancho campo, como el Pacífico a los piratas de otros tiempos. Felipe no pudo reprimir un estremecimiento de espanto al pensar que estaba penetrando en los imponentes dominios de Bram, sin alma viviente, en absoluta desolación, más inhospitalarios que las regiones árticas, donde al menos puede contarse con la compañía de los esquimales.

Reconoció que era ardua su empresa. Sólo confiaba en la bonanza y en descubrir un rastro de Bram y de sus lobos; un rastro, por viejo que fuese, le guiaría a otro reciente. Estaba decidido a no apartarse del bosque, porque, si era el retiro de Bram, un día u otro se cruzaría con sus huellas, a menos que se hubiera lanzado en derechura a lo interior de la blanca planicie, después de acampar junto al bosque vecino a la cabaña de Pedro. En tal caso, Bram tardaría semanas en acercarse a los matorrales.

Por la noche se calmó el viento, que rugió durante días, y siguió una semana de buen tiempo con cielo despejado. El frío era intenso, mas no nevaba, y Felipe pudo avanzar ciento veinte millas hacía Poniente.

La octava noche, estaba Felipe sentado junto al fuego entre una espesura de enanos abetos, cuando ocurrió lo que Pedro Breault hubiese atribuido a la fatalidad, hija de la superstición que le dominaba. Y no deja de ser curiosa que la misma noche y en la misma hora en que sucedió aquello estuviera entregado Felipe, con nimias atenciones y grandes trabajos, a trenzar los cincuenta cabellos, volviéndolos a la forma de un lazo de oro.

Capítulo V

El encuentro

ERA tan clara la noche, que en la nieve se recortaba vivamente la sombra de los abetos. El cielo, tachonado de millares de estrellas, se abría como un mar en calma, Y la Osa Mayor brillaba como una constelación de menudos soles. La tierra no necesitaba luna. A doscientos cincuenta metros de distancia, Felipe hubiese visto correr un alce. Sentado junto al fuego, cuyo calor irradiaba la superficie ennegrecida de un peñasco, remataba pacienzudamente el lazo, que le tenía ocupado una hora, sin dejar de oír el curioso y monótono siseo de la aurora, la «música del firmamento», compendio de infinitos sonidos de la tierra que se recogen en los espacios locales y repercuten como el maúllo de un gato apocado, a veces, y otras, como el suave bordoneo de un abejorro.

Absorto en su tarea, no le llegaba el otro ruido, y hasta que, terminado el lazo, lo guardó en la cartera, no empezó a concretársele distintamente el que, sonando más cerca, parecía venir de más lejos.

Se irguió cómo electrizado y escuchó. Sobrecogido de alarma, levantóse, dejando el matorral para adentrarse unos cincuenta pasos en la blanca planicie.

Llegaba el ruido de muy lejos, de una milla, quizá de dos; pero lo distinguía bien: era el aullido de los lobos.

Muchas veces lo oyó en sus dos años de servicio, pero nunca le impresionó como ahora. La sangre se le alborotó en las arterias, golpeándole en los pulsos, al apreciar que venían en su dirección. En un decir Jesús, recordó cuanto le había dicho Pedro sobre la manera de cazar practicada por Bram. Éste se le acercaba; no cabía duda.

Volvió a su tienda, y después de calentar en el fuego la recámara del fusil, lo extinguió arrojando nieve. Luego salió al llano y se apostó junto al abeto más grande, que le permitiría encaramarse a doce pies de altura si se viese en peligro.

Pero el peligro se le venía encima con la rapidez del viento. La manada, dirigida por el hombre o por el monstruo, se precipitaba hacia aquel paraje, y sólo les separaba una cuarto de milla cuando Felipe se resolvió a trepar por las ramas. Su respiración se aceleró, el pecho le latía con estruendo, porque lo endeble de su refugio, de un tronco apenas del grueso de un brazo, le recordó los cedros robustos,

donde había colgado a veces mil libras de anta, y los lobos que acudieron por la noche royeron el tronco como si fuese de tiras de papel. Desde una frágil rama, a diez pies del suelo, escudriñó la estepa, alumbrada por la luz de los astros.

Le llegó otro ruido, un vivo *chap, chap, chap* de pezuñas que rompen la ligera costra de la nieve, y se destacó una sombra. Felipe reconoció un caribú que huía de la muerte y respiró aliviado viendo que el animal corría en sentido paralelo a la faja del bosque, donde él había plantado su tienda, para alcanzar las malezas una milla más abajo. Y le sorprendió de pronto no oír el aullido de los lobos. Seguramente se debía su silencio a la proximidad de la presa. Apenas hundido el fugitivo en las sombras, aparecieron las grises siluetas de los delanteros, que venían en dos bandos, y pasaron cerca como almas que lleva el diablo, tan cerca, que pudo oír su pataleo y el jadear de sus abiertas fauces. Eran veinte, acaso treinta, y desaparecieron como arrastrados por el huracán.

Felipe abandonó su incómodo refugio y se tumbó en la nieve. Con la ventaja de trescientas o cuatrocientas yardas que el caribú llevaba a las fieras, calculaba que aún podía correr una buena milla y casi llegar al bosque antes de dejarse atrapar. Escondido en la sombra del abeto, no se le ocurrió analizar la tranquilidad y confianza con que esperaba a Bram, y cuando, por fin, oyó el curioso *cip, cip, cip* de los patines que se acercaban, su corazón latió con más violencia que en los primeros momentos de expectación: ¡tan seguro estaba de que el hombre a quien perseguía iba a dejarse ver inmediatamente a la claridad de las estrellas! En el breve espacio transcurrido desde el paso de los lobos, había apreciado la situación. Estaba de suerte. Las complicadas estratagemas a que temió tener que recurrir para apoderarse de un hombre rodeado de fieras, que a una voz de su mando se lanzarían contra cualquier enemigo para destrozarlo, se reducían ahora al sencillo plan de cortarle el camino y hacerlo preso.

Se puso en pie sin dejar la sombra del árbol y, como el fusil no le hacía falta, empuñó el revólver y aguardó con ansiedad a que apareciese Bram por donde habían llegado los lobos. De pronto tuvo un sobresalto tan tremendo como inesperado. Los ruidos de la estepa burlaban sus sentidos. Mientras él atormentaba su vista mirando lejos, por la llanura vagamente alumbrada, Bram se le apareció en persona por la linde del bosque, a veinte pasos de distancia.

Felipe apenas pudo reprimir el grito que le subió a los labios, y en aquel mismo instante Bram se detuvo, erguido, inmóvil, resonante, bañado de tibia claridad, atento a los ruidos de su manada. Acaso la pálida luz de la noche agrandaba su figura. Caíanle por los hombros las desgredadas matas de su cabellera como algas secas. Su barba era espesa y breve, y Felipe vio el fulgor de las estrellas en sus ojos, ojos brillantes, de felino. Su cara daba una impresión terrible de alarma, de eterno sobresalto, de animal que caza con el temor de ser cazado, de una criatura mitad hombre, mitad bestia. Nunca jamás podría olvidar Felipe lo que vio en aquel rostro de

brutalidad, de desolación y abandono; nunca olvidaría aquel escudriñar anhelante de su mirada, aquel resuello de su agitado pecho.

Felipe comprendió que era tiempo de poner manos a la obra y salió de su escondite con los dedos crispados en la culata del revólver.

Bram lo hubiera podido ver si en aquel instante no hubiera echado atrás la cabeza para lanzar un alarido espantoso, como Felipe no oyó otro de persona ni de bestia; un ululato cavernoso, salido de lo más profundo de su pecho y terminado en un lamento que debía arrastrarse a millas de distancia por la vasta llanura: era el grito del amo a su manada, del hombre bestia a sus hermanos, y acaso le asaltó el repentino e instintivo presentimiento de un peligro inminente, porque se le cortó la voz en un silbido, y antes de que Felipe se recobrase de su pasmo, ya Bram se había lanzado a la carrera, trocando el alarido en aquella extraña risotada que Pedro Breault describía temblando de miedo.

Sin dar un paso, Felipe le gritó:

—¡Bram! ¡Bram Johnson! ¡Alto! ¡En nombre del Rey!

Era la vieja fórmula, las palabras que llevaban la majestad y el poderío de las leyes a las más apartadas regiones del Norte. Bram las oyó, pero lejos de pararse, aceleró la marcha. Felipe gritó su nombre:

—¡Bram! ¡Bram Johnson!...

Por toda respuesta le llegó la risotada, horrible, cavernosa, como un sarcasmo infernal.

Felipe levantó el revólver y sin fijar la puntería disparó dos veces en la dirección del fugitivo.

—¡Bram! ¡Bram Johnson! —gritó por tercera vez.

Dejó caer el brazo y se quedó mirando al coloso, que ya no era más que una sombra que pronto se confundió con las tinieblas de la lejanía. Una vez más se hallaba solo bajo el cielo estrellado, absorbido en un mundo de desolación y silencio. En seguida se percató de la locura de su acto. Rabiase conducido como un niño; su voz tembló al gritar el nombre de Bram. Y hasta Bram, el mismo Bram, se le había reído.

Pronto pagaría su estupidez y su falta de energía. Ahora sí que le golpeaba la sangre con rudeza. Antes de amanecer volvería Bram, y con él, los lobos.

Se estremeció pensando en el cabo Lee y volvió al peñasco que había elegido para vivaquear. Le molestaba haberse arriesgado a la misma suerte de los desgraciados de Churchill, por falta de prudencia; pero guardábase de darlo todo por perdido, porque, hombre de temple y de dominio, mientras le quedase un hálito de vida conservaría la esperanza de salir airoso en aquella empresa. Durante unos minutos permaneció pensativo junto al hogar apagado, que aún despedía una cinta de humo que se le deshacía en la cara, tratando de coordinar sus dispersos pensamientos, determinándolos a un acto lógico y eficaz. Bram no le daba miedo. Aunque era un

gigante, con gusto hubiera luchado con él a brazo partido. Así discurría, mientras acariciaba el fusil y escuchaba.

Pero la lucha no sería con Bram, sino con los lobos. A Bram quizá ya no lo viese más; en todo caso oiría su risotada o su vozarrón azuzando la hueste contra él, como la habían oído el cabo Lee y la otra víctima.

Ni por capricho de la imaginación pensó un momento en que Bram no se le volviese, vengativo. Con sus disparos había denunciado claramente sus intenciones, Y loco sería Bram si no corriera a deshacerse de un enemigo peligroso.

Y de pronto se le representó el hombre tal como lo vio poco antes a la luz incierta de los astros, y le sorprendió que Bram estuviese desarmado. Este hecho animole de nueva esperanza y le hizo poner los ojos en el árbol más alto. Desde allí podría tumbar uno a uno todos los lobos. El fusil, el revólver y la abundancia de municiones que traía consigo le darían toda la ventaja. ¿Pero y si, una vez encaramado, resultaba que Bram tenía un fusil...?

Se puso el grueso paletó que había dejado junto al fuego, se llenó los bolsillos de municiones y buscó el árbol que deseaba. Lo halló a cien metros de distancia: en abeto corpulento y nudoso que se alzaba en un claro, lugar a propósito para exterminar a toda la manada. Por el contrario, si Bram iba armado, se trocarían los papeles. Sobre el árbol y destacándose en el claro azul, ofrecería un blanco muy fácil para que Bram le atravesase el corazón de un balazo sin necesidad de dejarse ver. Pero no le quedaba más recurso y lo aceptaba.

Capítulo VI

Se truncan los papeles

AL cabo de una hora, Felipe consultó el reloj. Era cerca de medianoche. Sus nervios amenazaban rompersele, como cuerdas tensas de guitarra. Todo ruido que venía de la llanada o del bosque le causaba un vivo sobresalto, alterándole la sangre y las facultades. Pensaba que Bram y sus fieras llegarían en silencio, sin que él oyese las pisadas del hombre ni el pataleo de las bestias hasta tenerlos allí mismo. Un búho de la nieve voló dos veces por encima de su cabeza, y la tercera vez se arrojó sobre una liebre blanca que corría entre los arbustos, y Felipe creyó llegada la hora. Con frecuencia aparecían menudas zorras blancas retozando por el claro; Felipe sentía por la espalda el cepillo calofriante del espanto, y más de una vez le hicieron trepar más arriba.

Tras una hora de angustiosa espera, empezó a reaccionar y a calmarse, concibiendo la posibilidad de escapar a la terrible prueba que había aceptado como irremediable. ¿Mas era posible que sus disparos hubiesen atemorizado a Bram? No, aquel hombre que se le destacó en la noche de estrellas no podía ser cobarde. Imaginándolo vivamente, en la serenidad que le dejaba la disipación de las primeras emociones que enturbiaban sus sentidos, descubría en aquella cara salvaje el inefable sentimiento de un alma desolada, que le hizo deponer toda actitud agresiva, aunque siempre manteniéndose alerta contra cualquier acometida del desgraciado, No se explicaba cómo se dejó avasallar tan repentinamente por aquel sentimiento de simpatía hacia Bram Johnson.

A medida que pasaba el tiempo, iba librándose del miedo a los lobos y haciéndosele más clara la personalidad de aquel hombre con su aspecto de acosado, de solitario que recela del silencio que lo envuelve y no fía más que de las fieras, sus amigas. A pesar del agudo grito con que llamó a la manada y de la insensata risa con que contestó a los disparos, no lo creía loco. Sabía de hombres a quienes mató la soledad. De memoria se había aprendido el diario que Pelletier, abandonado en las soledades árticas del cabo Fullerton, dejó escrito en la puerta de su choza. Aquello era peor que la locura. La muerte fue para Pelletier una libertadora, una buena amiga. Y Bram era lo mismo, muerto desde hacía años para la sociedad. Pero...

Felipe recordó la trenza de mujer. Delante de Pedro Breault se calló la sospecha que cruzó por su mente, y el mestizo no se atrevió a preguntar por miedo. No ignoraba que el pelo guarda su color y su flexibilidad durante años y años, y que bien podía Bram haber conocido y amado a una mujer blanca, de la que guardase aquel recuerdo, por motivos de fetichismo amoroso o de superstición, desde antes de ser declarado fuera de la ley; mas ahora Felipe no razonaba sólo con el cerebro y le daba el corazón que aquella mata había sido cortada recientemente de la cabeza de una rubia. No tenía razones en que basar tal creencia, pero tampoco podía dejar de creer, plenamente. Bram vivía o había vivido con una mujer. Y se estremeció imaginándose la situación: ¡Bram con una mujer y mujer de espléndida cabellera, larga y brillante como un haz de sol!

Bajó del árbol y por espacio de una hora estuvo paseando fuera del bosque, sin alejarse mucho, oído atento y ojo avizor. Luego volvió a encender el fuego, parándose a cada momento para recoger cualquier ruido sospechoso. El frío era crudísimo. La música del cielo polar apenas se percibía como un suspiro agonizante: Los astros se iban empañando y semejaban alejarse del mundo. Felipe se embelesaba con los ojos puestos en lo alto, viendo extinguirse las luminarias. Era uno de los maravillosos fenómenos de las regiones árticas. Parecía que mil labios invisibles fuesen soplando las luces, primero de una en una, luego de dos en dos y, por fin, constelaciones enteras. Durante media hora o más se quedó el mundo sumido en la densa oscuridad que precede a la aurora boreal, y en las impenetrables tinieblas se avivaron los temores de Felipe, que vigilaba junto al fuego.

Bram podía estar esperando aquella hora para sorprenderle en la oscuridad. Felipe sacó el reloj. Eran las cuatro. De nuevo subió al árbol. Durante un cuarto de hora no pudo distinguir ni el abeto vecino. Bram no venía. Empezaron a recortarse las sombras en las primeras claridades del alba y, cansado de esperar, Felipe bajó del árbol y encendió el fuego por tercera vez, para cocer el desayuno y preparar el café, muy fuerte, con doble cantidad. A las siete, bien reconfortado, se dispuso a reanudar la marcha tras la pista de Bram.

Tenía por descontado que una fuerza misteriosa impidió a Bram aprovechar la oportunidad de deshacerse aquella noche de un enemigo. Él mismo no sentía ahora el menor deseo de apoderarse de Bram como criminal. Algo se mezclaba en aquella aventura que le interesaba ya mucho más que el proscrito: el lazo de oro. No descubriría la verdad deteniendo a Bram, sino siguiéndolo hasta el término de su ruta. Allí se le revelaría el misterio o la tragedia que envolviese todo aquello. No ignoraba que siguiendo a Bram hasta su guarida, veríase al fin en situación menos ventajosa, teniendo que librar irremediable batalla con los lobos.

Y de lo que podía ser esta batalla no tuvo cabal idea hasta que llegó, después de media hora de marcha, al lugar donde la manada abatió al caribú y vio los estragos que con él hicieron. Había caído el animal a cincuenta yardas de la franja del bosque, y en veinte pies a la redonda la nieve estaba batida por las patas de las bestias,

salpicada de manchas sangrientas y sembrada de trozos de carne, huesos rotos y tiras de piel. Felipe pudo ver el sitio donde se detuvo Bram a sacudir sus raquetas antes de mezclar sus huellas con las de los lobos. Era evidente que llegó a tiempo de salvar la parte trasera del caribú y la arrastró lejos de la feroz carnicería; las estrellas serían luego testigos de lo que allí pasara. Los famélicos lobos lo devoraron todo menos las entrañas, que quedaron esparcidas. En el punto a donde Bram arrastró la carne marcaban un círculo las impresiones de sus patines, y algunos despojos desdeñados indicaban que también el hombre había celebrado un festín.

La nieve contaba cuanto allí sucedió como pudieran contarlo las páginas de un libro, y Felipe quedó horrorizado.

Aún contaba algo más la nieve. Bram poseía un trineo, donde colocó la carne restante, y por el rastro se deducía que el trineo era del tipo *ootapanask*, pero más ancho y largo que todos los que hasta entonces había visto. No hacía falta ser adivino para reconstruir todo el episodio, porque aparecía muy claro. Bram lanzó su manada tras la caza, y una vez cobrada ésta y satisfecha el hambre de lobos y hombre, éste fue con aquéllos en busca del trineo, dando una gran vuelta para evitar al enemigo que se escondía en el bosque. Felipe no pudo reprimir un estremecimiento al pensar que no podía tener las fieras muy lejos. Luego volvió la manada con su amo, que la unció al trineo, y después de cargar la carne y de subir él mismo, arreó a través de la estepa en dirección al Norte.

Felipe lanzó un profundo suspiro. Empezaba a estudiar a Bram Johnson. El hombre del desierto no tenía miedo, ni su desaparición podía llamarse huida, porque con miedo a ser capturado no hubiera vuelto a buscar la carne. Pedro Breault dijo que Bram podía cargarse las ancas de un buey como un niño se pone al hombro su escopeta de juguete, y era raro que no hubiese transportado aquella noche la carne al trineo, para ganar tiempo y distancia. Había de concederle cierta estrategia, cuyos motivos no se le alcanzaban. Alguna razón tendría para no atacarlo, como la tendría también para dar tan gran rodeo en busca del trineo, en vez de cargarse la carne que no pesaría más de setenta libras, carga insignificante para los vigorosos hombros de aquel Hércules.

En la entrada del bosque, donde tenía a mano combustible para el fuego, Felipe encendió una hoguera y coció alimento para seis días. Durante tres, seguiría a Bram en campo raso a través de la Gran Estepa, sin nombre en la Geografía. Más allá era imposible seguir sin perros y trineo. Tres días de ida y tres de vuelta, y aun durante este tiempo se jugaría a cada instante la vida. Porque podría presentársele otro peligro más terrible que Bram y sus lobos: la tempestad.

El corazón se le encogió al emprender la marcha guiándose por la brújula. Era un día gris, sin sol. Ante él se extendía el desierto como un blanco sudario que en el confín se encendía con la línea rojiza del horizonte. Tras una hora de marcha se encontró rodeado de una hosca monotonía y un silencio de muerte. La verde franja del bosque había desaparecido. El cielo era como una plancha plomiza, más ancha

cuanto más avanzaba. Bajo aquel cielo, oprimidos por aquella cárcel circulante, comprendía que muchos hombres se hubiesen vuelto locos. Ya sentía la opresión de aquella espantosa soledad y durante una hora hubo de apelar a toda su energía para resistir el impulso de volver atrás. Ni una peña, ni un arbusto rompía la monotonía del paisaje; sólo rodaban negros nubarrones venidos del Noroeste, y tan bajos y densos, que le parecía poderlos agujerear de una pedrada.

En aquellas dos horas confrontó seis veces con la brújula la dirección que seguían las huellas de Bram, apreciando que no se desviaban nunca de la línea Norte. Sin una piedra, sin un árbol que señalase el camino, Bram se orientaba instintivamente en el grisáceo claror con la misma seguridad que a él le daba el instrumento que traía consigo.

Al cabo de tres horas de incesante camino, a siete u ocho millas del punto de partida, llegó donde el trineo había hecho alto por primera vez. Las patas de los lobos no rompían el orden de la marcha. Adivinábase que Bram sólo hizo parar el tiempo necesario para calzarse las abarcas y seguir a pie. Entonces pudo Felipe calcular cuidadosamente la velocidad a que andaba el forajido y su manada. Los pasos de Bram eran de doce a dieciséis pulgadas más largos que los suyos. Casi no dudaba que hacía seis millas por cuatro de las suyas.

A la una, Felipe se detuvo a comer. Calculaba estar quince millas del bosque. Comió, preocupado de haberse metido en una aventura que a la postre sería desastrosa para él. Ahora le llenaba de inquietud pensar en la provisión de carne de Bram, porque le abría los ojos a la realidad, poniéndole de manifiesto que el hombre y sus lobos tenían comida para tres o cuatro días, tiempo suficiente para cruzar aquel desierto de desolación que se extendía hasta el Ártico y durante el cual, azuzado por la necesidad, Bram avanzaría ciento cincuenta millas, mientras él podría andar cien.

Hasta las tres de la tarde prosiguió en su animada marcha, y aún hubiera avanzado una hora más si un torbellino de nieve no le hubiese cortado el paso. En la imposibilidad de desafiar la tormenta, decidió construirse un refugio donde pasar la noche; cosa fácil, aprendida de los esquimales. Con el hacha que pendía de su cinto rompió la dura costra de la nieve, procurando que la «puerta» que así se abría no fuese más que lo suficiente grande para dar paso a su cuerpo. Sirviéndose de una de sus raquetas como pala, fue sacando nieve interior y haciendo un agujero de dos pies de ancho y de más profundidad que su cuerpo, que luego fue agrandando hasta poder estirar su manta de dormir. Menos de una hora le llevó aquella tarea, y cuando se sentó a la entrada de su igloo, su semblante recobró la expresión de optimismo que todo el día le abandonó. Al menos tenía una casa donde no entraría ni el frío ni la tormenta.

Tuvo la precaución de recoger en el bosque leña fina y seca y un manojo de astillas resinosas de abeto, que le sirvieron para hacerse una hoguera, sobre la que colgó de un tronco traído a propósito, la tetera llena de nieve. El crepitar de la lumbre le hizo silbar de alegría. Las tinieblas de la noche se precipitaron tan aceleradamente

que cuando hirvió el té, parecían una negra cortina que se podía rasgar con el cuchillo. Ni una estrella asomaba en lo alto. A veinte pies de distancia no podía distinguirse ni la nevada superficie. De vez en cuando echaba combustible a las brasas, y, mientras se consumían las últimas astillas y se fumaba una pipa, sacó de la cartera el lazo de oro y lo contempló enroscado en la palma de su mano, moviéndolo y haciéndolo destellar como un raro metal. Hasta que no se extinguió la última llama no lo volvió a guardar.

Al apagarse el fuego, se apretaron contra él las tinieblas abismales. A tientas, se arrastró a lo hondo de su huronera, levantando la seda de la tienda, que utilizó como puerta, y, acomodado en su petate, sorprendióle un agradable bienestar. Desde que dejó la cabaña de Pedro Breault no había gozado de un lecho tan dulce, y llevaba una noche sin dormir. En un momento quedó como un tronco.

Pasó las horas de la noche sin despertarse ni oír el mugido del viento que se levantó con la aurora. Y cuando al alba sucedió el día, vinieron otros ruidos que tampoco oyó. La subconsciencia, que velaba su sueño, le evitó repetidas veces a despertar, dándole palmaditas en la cabeza, y tanto le importunó, que por fin empezó a agitarse. Sus ojos se abrieron de pronto como espantados. La luz del día llenaba la cueva.

La tienda había desaparecido de la entrada.

En su lugar se dibujaba una cabeza hirsuta, gigantesca, y Felipe se quedó inmóvil con los ojos hincados en los de Bram Johnson.

Capítulo VII

Rendición

YA estaba hecho Felipe a las sorprendentes contrariedades con que tropiezan los servidores de la Ley en las regiones septentrionales; pero nunca sintió una sacudida tan fuerte como al hallarse metido en aquel agujero a merced del hombre a quien debía dar caza.

Hay momentos en que el entendimiento humano adquiere una lucidez extraordinaria para comprender, con la velocidad del relámpago, sin necesidad de lógica ni razonamientos, el aspecto de una situación por absurda que parezca, y Felipe pasaba por uno de estos momentos. Lo primero que se le ocurrió al ver aquel rostro salvaje en la entrada de su huronera fue que hacía rato que Bram lo miraba, mientras él dormía, y que si el forajido hubiera pensado matarlo, lo hubiese hecho sin el menor reparo. Al mismo tiempo observó que la tienda que tapaba la entrada y el fusil que puso encima como sostén habían desaparecido. Bram se había adueñado de todo.

Ni esto ni aquello motivó su sorpresa, sino el aspecto de Bram, la intensa y misteriosa formalidad que había en su mirada, mirada libre de recelos, de odio y de alegría; ni en el más ligero rasgo podía suponerse un sentimiento de enemistad, antes bien era fiel expresión de una embarazosa incertidumbre, de una inquietud motivada por un problema que no se atina a resolver. Ni una línea de aquel rostro escapó a la observación de Felipe los abultados pómulos, los grandes carrillos, la frente estrecha, la nariz aplastada, los labios gruesos. Sólo los ojos desmentían la ferocidad de aquella cabeza, ojos glaucos, rasgados y hermosos que debió de heredar de alguna abuela y que en otra cara hubiesen suscitado la admiración de las mujeres.

Durante un minuto, ni una palabra se cruzó entre ellos. Felipe empuñó instintivamente el revólver sin intención de usarlo. Luego pareció que lo más natural cuando dos hombres se encuentran es saludarse.

—¡Hola, Bram!

—Bonjou, *m'sieu!*

Bram sólo movió sus gruesos labios. Su voz era baja y gutural. Y casi inmediatamente desapareció.

Felipe se movió con rapidez en la manta, instigado por un ruido nuevo que le llegaba a través del agujero, el espantoso arrufo de las fieras. A Bram no se le oía.

A pesar de la confianza que le inspiraba la presencia de Bram, una onda de frialdad le recorrió la espalda al aproximarse a gatas a la entrada empuñando el revólver en su diestra. Estaba allí como una rata caída en una trampa. ¡Si Bram soltase los lobos, bonita diversión iba a ofrecerles! Tumbaría dos o tres a lo sumo, pero los otros lo arrollarían como un torrente impetuoso. Por segunda vez había obrado como un loco, saludando a Bram en vez de incrustarle una bala entre ceja y ceja.

Los gruñidos de la manada parecían sonar lejos, y cuando asomó la cabeza por el agujero practicado en la costra de nieve, sólo pudo ver la gran extensión del Páramo blanco y las huellas de Bram mezcladas a las suyas en las dunas.

De pronto sonó la voz de Bram:

—*M'sieu*, el revólver... el cuchillo... o le mato. Los lobos tienen hambre...

Bram se mantenía fuera del campo visual de Felipe. No habló en voz alta ni amenazadora, pero sí con un acento de fría calma y voluntad firme, contra la cual hubiera sido locura toda resistencia. Felipe lo trataba con más consideración que a un criminal ordinario. Sus lobos no sólo le daban ventaja, sino completa seguridad, y si alguna duda podía caberle sobre esto, se hubiera desvanecido al ver aparecer a treinta pies del agujero tres de los lobos, que gruñían mirándole y enseñando sus largos colmillos. Eran ejemplares gigantescos. Se les juntó otro y luego otro, viendo después Felipe que acudían de dos en dos y de tres en tres, hasta que tuvo ante él una fila apretada de veinte, inquietos y plañideros, moviendo sus quijadas con un ruido de siniestras castañuelas. Vio aquellos veinte pares de ojos fulgurantes hincados en su refugio e instintivamente retrocedió al interior, huyendo a sus miradas. Aunque no se dejó oír ni una palabra ni una voz de mando, sabía que Bram los mantenía a raya. Desde lo hondo de su agujero vio la sombra ondulante de una serpiente y restalló la tralla del enorme látigo de piel de caribú por encima de la manada. Este aviso bastó para que las bestias se desperdigasen, y entonces sonó de nuevo la voz de Bram:

—*M'sieu*, el revólver... el cuchillo... o dejo los lobos en libertad...

Aún no había acabado de hablar, cuando el revólver volaba por el aire y caía en la nieve.

—Ahí lo tienes, amigo. Y ahí va también el cuchillo.

Éste cayó envainado sobre la blanca superficie.

—¿He de arrojar también mi cama? —preguntó Felipe, esforzándose en mostrarse alegre.

Mas no podía olvidar que la noche anterior disparó contra Bram, y, por tanto, no era descabellado suponer que éste esperaría a que asomase la cabeza para abrasarle los sesos. Su pregunta acerca de la cama no había obtenido respuesta, lo que no era, por cierto, tranquilizador. La repitió en voz alta y le contestó el mismo silencio.

Sus temores no llegaban a aturdirlo hasta el punto de olvidarse de plegar el cobertor, pensando en el extraordinario informe que dirigiría a la jefatura en caso de que saliera con vida de aquello. Y habría mucho de cómico en el papel que le tocaba: ¡hundirse bajo nieve como una marmota que se dispone a invernar, y ser invitado a salir para almorzar con un hombre armado de un garrote y rodeado de fieras que le enseñaban los colmillos como estiletes de marfil! Un momento después, al sacar su cobertor bien arrollado, pudo ver que Bram recogía el revólver y el cuchillo. En una mano llevaba el garrote y el látigo.

Felipe aprovechó la oportunidad para arrastrarse fuera, y cuando el otro se volvió, ya estaba de pie junto al boquete.

—¡Buenos días, Bram!

A su salutación contestó un coro infernal de aullidos que heló su sangre en las venas; pero trató de ocultar su emoción a los ojos de Bram, aunque todos sus nervios parecían agujas que se le clavaban en la carne. Bram lanzó una articulación aguda en lengua esquimal y volvió a restallar el látigo ante los lobos.

Entonces miró fijamente al que se le rendía y Felipe vio por vez primera ensombrecerse aquella cara con la expresión por él temida. Un fuego azulino inflamaba su vista, sus gruesos labios se oprimían, la aplastarla nariz pareció aplastarse aún más, y con un ligero estremecimiento observó Felipe que la enorme y nudosa mano que empuñaba el garrote se crispaba hasta poderse ver los nervios como cuerdas tensas bajo la piel. En aquel momento estaba pronto a matar. La menor palabra fuera de tono, el menor gesto de amenaza, le costaría la muerte. Felipe lo adivinaba.

Con su misma voz áspera y gutural y en su mismo *patois*^[9] de mestizo, preguntó:

—¿Por qué disparó la otra noche?

—Porque quería hablar contigo, Bram —contestó Felipe calmamente—. No tiré a darte. Apunté por encima de tu cabeza.

—Deseaba... hablar —dijo Bram, como si le costase pronunciar las palabras. — ¿Para qué... hablar?

—Quería preguntarte por qué mataste a un hombre en la región del lago de Dios.

Apenas pronunciadas estas palabras, Felipe se arrepintió. Un rugido como el de una fiera salió del pecho de Bram y el fuego azulino de sus ojos se avivó de resplandores.

—¡El policía! —dijo—. El policía de Churchill que mataron los lobos.

Felipe, con la mano hundida en el bolsillo, no osaba volver la cabeza a la manada, que permanecía en fila tras él en un silencio que le llenaba de miedo. Esperaban, atentos y vigilantes, comprendiendo con su animal instinto que la orden que estaban anhelando temblaba ya en los labios de su amo. El fusil y el cuchillo cayeron de la mano de Bram, que sólo se quedó con el látigo y el rebenque.

Felipe sacó la cartera.

—La noche que acampaste cerca de la cabaña de Pedro Breault —dijo con voz que le pareció extraña y gruesa—, perdiste algo. Te he seguido para entregártelo. Te hubiera podido matar, si tal hubiese sido mi deseo..., cuando disparé sobre tu cabeza. Pero quería que te parases porque deseaba darte... esto.

Y alargó a Bram el lazo de oro.

Capítulo VIII

El término del viaje

BRARN se quedó como petrificado, con la mirada fija en la trenza de cabellos relucientes. Por vez primera se desplegaron sus gruesos labios, que mantuvo entreabiertos; parecía haber perdido la respiración; sus manos crispadas fueron aflojándose, y el látigo y el rebenque que empuñaba cayeron a la nieve. Sin apartar los ojos del lazo, como si éste ejerciera sobre él una fascinación poderosa, avanzó un paso y luego otro, hasta llegar junto a Felipe. Entonces alargó la mano y le quitó el objeto, sin decir palabra. Inmediatamente desapareció el ominoso centelleo de sus ojos, se suavizaron los rasgos de su cara, y sus labios perdieron el sello de crueldad para torcerse en una mueca que Felipe hubo de interpretar como la única sonrisa que podía esperarse de Bram, cuya vista no se apartaba de los cabellos, en que la luz del día ponía vislumbres movedizas.

Sin pronunciar palabra, aquel hombre enigmático arrolló la sedeña trenza a uno de sus enormes dedos y se la guardó en un bolsillo interior de su paletó. Parecía olvidado por completo de la presencia de Felipe, Recogió el revólver, lo miró detenidamente, y con un gruñido que parecía el compendio de sus reflexiones, lo arrojó a gran distancia sobre la planicie. Los lobos se lanzaron tras el proyectil en carrera desenfrenada. El cuchillo siguió al revólver, y luego, con la misma serenidad con que partía una rama para echarla al fuego, el gigante tomó el fusil, lo apoyó contra una rodilla y lo rompió en dos trozos por la caja.

—¡Diablo! —gruñó Felipe.

Sintió una oleada de cólera y por un instante el impulso ciego de arrojarse sobre Bram para defender lo que era suyo. Si impotente se sintió antes, ahora quedaba indefenso por completo; pero la resolución de Bram significaba la garantía de su vida por el momento. De otra manera, no hubiera tomado aquellas precauciones.

La inutilidad de hablar le mantenía cerrados los labios. Bram le miró y señaló las raquetas que Felipe había dejado al pie de la duna. Era una invitación a que se las calzase y un anuncio de partida.

Los lobos volvían cautelosos y alerta. Bram los saludó con un chasquido, y cuando Felipe estuvo calzado le indicó con un ademán que rompiera la marcha hacia

el Norte. Bram seguía a diez pasos y a veinte de éste continuaba la manada. Felipe, ya recobrado de su torpeza, y casi normalizados los latidos de sus arterias, empezó a darse cuenta de la situación. Era evidente que Bram no lo aceptaba como compañero de viaje, sino como un prisionero, y también estaba convencido de que el lazo de oro le salvaba la vida en un momento crítico, aunque por motivos ignorados.

Pronto vio que la estrategia de Bram era superior a la suya. A dos millas de distancia encontraron el trineo que Bram y sus lobos habían abandonado para dar un rodeo y sorprenderle por la retaguardia. Aquella maniobra le dejaba pasmado. Bien se veía que adivinándose Bram perseguido por el enemigo, maniobró con toda prudencia y sabiduría. ¿Por qué no le atacó después de descuartizar el caribú?

Observó a Bram mientras aparejaba el atelaje, enganchando al trineo los lobos, que le obedecían como perros. Entre ellos y el hombre lobo, que era su amo, existía una rara camaradería y hasta un vivo afecto. Bram les hablaba en esquimal... y sus palabras sonaban rápidas: *dac-clac-clac*, como ruido de huesos secos chocando unos con otros, muy diferente de aquel sonido gutural que usaba al hablar el *chippewyano* y el *patois* de los mestizos.

Ante aquel silencio opresor, Felipe hizo un esfuerzo para inducir a Bram a que hablase, y con un gesto y una sacudida de hombros, preguntó indicando la manada antes que ésta arrancase:

—Si creías que intentaba matarte la otra noche, ¿por qué no soltaste los lobos contra mí, Bram, como hiciste con aquellos dos en el páramo, al norte del lago Kasba? ¿Por qué has esperado hasta hoy? Y dime, dime, ¡en nombre de Dios!, ¿adónde vamos?

Bram alargó un brazo.

—¡Allá!

Fue lo único que contestó, apuntando en dirección norte con la exactitud de una brújula. Luego, como si le hubiesen despertado el buen humor las otras preguntas, lanzó una carcajada. ¡Dios! Era espantosa la risa en una cara como la de Bram, porque alteraba sus facciones dándole la horrorosa semejanza de una *gárgola* de vieja catedral. Oída de cerca, aquella risa hizo estremecer a Felipe, provocándole a un impulso de sacudir a compañero hasta arrancarle unas palabras de sus apretados labios. Aún sonaba la risa, cuando pensó en Pelletier. Así debía reír Pelletier cuando escribía en la puerta de su cabaña sus desatinos de loco.

Bram no estaba aún loco, pero luchaba contra el mal que causó la muerte a Pelletier: la soledad. Una maldición pesaba sobre él como homicida: la Ley le ahuyentaba de sus semejantes.

Vuelto a su aspecto impassible, dio a entender con el gesto a Felipe que montase en el trineo, mientras él se ponía a la cabeza del tiro. Chasqueó la tralla, los lobos tendieron sus patas y el trineo se puso en marcha.

Felipe no salía de su asombro. Bram caminaba a grandes zancadas, encorvado de hombros, y los lobos seguían al trote, avanzando a ocho millas por hora. Durante

unos minutos no apartó Felipe su vista de Bram y de los grises lomos, como si ejerciese sobre él una misteriosa fascinación el común esfuerzo realizado por hombre y bestias para atravesar en fraternal armonía aquel mundo de silencio y abandono. Era magnífico y al propio tiempo enternecedor. A tal condición había reducido la Ley al hombre.

Luego empezó a examinar el trineo. Había un lío de pieles de oso. Era el lecho de Bram. Una de ellas, blanca era de oso polar. A un lado estaban las ancas del caribú, y al alcance de su mano halló el garrote y un fusil viejo de un solo tiro, que se cargaba por la culata. Felipe se preguntaba por qué Bram no se habría apropiado el suyo en vez de conservar aquella antigualla, con la que, sin embargo, hubiese podido cazarlo a la luz de los astros cuando estaba en el árbol.

El garrote parecía más usado que el fusil. Era de abedul y de tres pies de largo. Tenía el mango pulido, grasiento y negro como el ébano. En la parte extrema se veían las señales de los terribles golpes que con él se habían dado y manchas de sangre que Dios sabe de qué luchas hablaban. Por más que miró no vio ni un utensilio de cocina ni otro alimento que la carne fresca caribú. En la parte trasera había un haz de leña resinosa de abeto, entre la que lucía la hoja mellada de un hacha.

Lo que más le impresionó de todo esto fue el arma y la piel de oso blanco y, especialmente, la seguridad de no errar el tiro si cogía el fusil y lo disparaba contra la espalda del hombre, que le ofrecía un blanco magnífico. Sin duda, Bram olvidaba el arma, a no ser que tuviese absoluta confianza en sus lobos... o fiase en la lealtad de su preso. Esta conjetura le intrigaba, deseando que fuese lo cierto. Ni quería mal a Bram ni pensaba huir. En cuanto a sus intenciones, ya ni se acordaba de su servicio, ni de que debía llevar al cuartel general a Bram, vivo o muerto. Bram dejaba de ser un criminal para convertirse en otro Pelletier, por el cual se veía él hundido en plena aventura, de la que podía esperar sensaciones completamente desconocidas en su oficio de cazador de hombres.

Sin el lazo de oro, sin la honda impresión que conmovió su alma al verlo lucir bajo la lámpara, en la mesa de Pedro Breault, sus relaciones con Bram hubieran quedado en algo material, y hasta hubiese aceptado entonces la tentación del fusil, como puesto al alcance de sus manos por obra de la Providencia.

Mas ahora sabía que estaba corriendo hacia el descubrimiento del enigma. La transformación operada en Bram por el lazo de oro lo afirmó en su anterior creencia. ¿Cuánto tiempo duraría aquella carrera? ¿No sería aventurado suponer que Bram se dirigía en dirección al golfo de la Coronación y a la tierra de los esquimales? La piel de oso polar era nueva, de un animal recién desollado. Recordando sus conocimientos de geografía, sacaba la conclusión de que si continuaban adelante, pasarían al este del Gran Esclavo y del Gran Oso, y llegarían al Ártico entre Melville y el río de Cobre. Distaban quinientas millas largas de los primeros poblados esquimales, que Bram y sus lobos podrían salvar en diez días y quizás en ocho.

Si no andaba errado en sus conjeturas y el golfo de la Coronación era la meta de Bram, se explicaría lo de la trenza de cabellos de oro.

La muchacha o la mujer a quien pertenecía debió llegar al Norte a bordo de un barco ballenero. Probablemente sería la hija o esposa del patrón. El barco se perdería entre los hielos; ella sería salvada por los esquimales, y entre ellos estaría con otros blancos. Felipe se lo imaginaba todo con vivo colorido. ¡Era terrible!

Esforzábese en suponerla en compañía de hombres blancos, como un consuelo al tormento de creerla en posesión de Bram; pero cuanto más procuraba librarse de esta idea, con más tenacidad se le aferraba, produciéndole una opresión angustiosa. «¡Qué monstruosidad!», pensó apretando los puños. Su imaginación no alcanzaba a que tal cosa pudiera suceder; y, no obstante, sabía que sí, que podía suceder. ¡Una mujer abandonada a Bram! ¡Una mujer adornada de una cabellera de hebras de sol, con un hombre medio loco y enorme como un gigante!

Con los puños cerrados y el pecho palpitante de furiosa ira hubiera saltado del trineo para arrojarse sobre Bram y arrancarle la verdad, si no le hubiese quedado la suficiente serenidad para apreciar la insensatez de tal arrebato. Sólo de su diplomacia dependía llevar a cabo la misión que la suerte le había encomendado.

Durante una hora comprobó con su brújula la dirección que seguía Bram. Ni un momento dejaba de dar cara al Norte. Luego Bram modificó la marcha, tomando asiento en el trineo, detrás de Felipe, y haciendo restallar el látigo sobre los lobos, que emprendieron un galope de más de diez millas por hora. Unas veinte veces intentó Felipe entablar conversación; pero Bram no articuló una sílaba de réplica, ni abrió los labios más que para animar a los lobos en esquimal. De vez en cuando agitaba sus brazos, chasqueaba el látigo y rompía el silencio el estruendo de su pavorosa risotada. Dos horas habían viajado así, cuando, a una voz de mando, se paró el tiro repentinamente. A otra orden, gruñida en esquimal con acompañamiento de un latigazo, las bestias jadeantes se abatieron de vientre en la nieve.

Felipe brincó del trineo. Bram se arrodilló inmediatamente junto al fusil y, sin tocarlo, estuvo examinándolo con gran atención. Al levantarse miró a Felipe, sin revelar el menor síntoma de locura en sus recias facciones y en las cuerdas palabras que pronunció.

—No ha tocado usted el fusil, *m'sieu*. ¿Por qué no disparó cuando iba yo delante, a la cabeza de los lobos?

La lógica de esta pregunta, después de un silencio tan obstinado, sorprendió a Felipe.

—Supongo que por la misma razón que no me has matado tú mientras dormía —respondió Felipe.

Y súbitamente se abalanzó contra Bram y asiéndole del brazo, le pidió:

—¿Por qué diablos eres tan reservado? ¿Por qué no hablas? Ahora ya no te persigo; la policía te cree muerto, y no seré yo quien la saque del error. ¿Por qué no te muestras más humano? ¿Adónde me llevas, y por qué, truenos...?

No acabó. Bram echó atrás la cabeza, abrió la boca y soltó la risa. Pero esta vez no era una risa sardónica, sino espontánea, salida de dentro, sin freno de ninguna clase, y Felipe se quedó paralizado viendo, que aquel hombre iba a coger el arma y volvía a su lado para poner ante sus ojos la recámara vacía. ¡Bram había puesto la tentación a su alcance para probarlo!

Aquella estratagema no era propia de un loco ni de un degenerado, y con todo, Felipe no dudó, al mirarlo ahora, de que estaba vacilando al borde mismo de la locura.

Luego de dejar el arma en su sitio, Bram se dedicó a cortar pedazos de carne con un gran cuchillo. Sin duda creía llegada la hora del almuerzo suyo y de los lobos. Y cuando hubo dado a cada uno su porción, se sentó en el trineo y empezó a devorar una tajada de carne cruda, dejando hundida en la carnaza la punta del cuchillo, como una invitación a que Felipe se sirviera. Pero se sentó junto a Bram, y abriendo su mochila, empezó a poner los víveres entre los dos por si el otro quería participar. Las mandíbulas de Bram cesaron de ronzar, y cuando Felipe levantó la cabeza, se quedó espantado. Los ojos de Bram ardían con un fuego rojizo, hincados en los alimentos cocidos. Jamás vio Felipe una mirada como aquélla.

Se inclinó para coger un trozo de galleta, y estaba a punto de morderla, cuando Bram dejó la carne y se lanzó sobre él con un rugido de fiera. Antes de que Felipe pudiera levantar el brazo para defenderse, se sintió agarrotado y abatido, y sin tiempo para darse cuenta cómo sucedió aquello, el gigante lo levantó sobre su cabeza y lo arrojó al suelo. El topetazo contra la nieve dura lo dejó aturdido, y cuando pudo levantarse, esperando otra acometida que acabase con él, vio a Bram, arrodillado en el trineo y murmurando una jerigonza incoherente, mientras hacía inventario del matalotaje, olvidado por completo de su dueño. Sin dejar de murmurar, sacó el fardo de pieles, lo desenrolló fuera del trineo y quedó a la vista un saco grasiento y andrajos. Felipe creyó que estaba vacío, pero Bram le desengañó sacando del fondo varios paquetes, envueltos en papel unos y otros en cortezas. Felipe no reconoció más que uno de aquellos paquetes: media libra de té, como lo ofrece en trueque la Compañía de la Bahía de Hudson en sus almacenes. Bram guardó en el saco todas las provisiones de Felipe, hasta el más pequeño trozo de galleta y encima puso los paquetes que había sacado; hecho lo cual, envolvió el saco en las pieles y lo colocó todo en su puesto.

Aun obstinado en su murmuración, se restituyó a su asiento, sin prestar atención a Felipe, y acabó de comerse el crudo tasajo.

—¡Pobre hombre! —murmuró Felipe sin darse cuenta de sus palabras.

A pesar del rudo batacazo, que aún le tenía medio aturdido, le era imposible sentir rencor ni deseos de venganza. Al recoger las provisiones, Bram las contemplaba con mirada de animal famélico, y sin probar bocado, las guardó con tal afán, que Felipe creyó inútil reclamar su propiedad si estimaba en algo su vida.

Bram pareció no advertir la presencia de Felipe cuando lo tuvo a su lado; pero cuando éste cortó un pedazo de carne cruda, los ojos del hombre lobo se volvieron a él con un centelleo. Se colocó adrede delante de Bram para comer la carne, fingiendo hallar placer en aquel desabrido manjar como prueba de que no le guardaba rencor. El otro no esperó a que terminase; apenas engullido el último bocado, se levantó y azuzó a gritos a la manada, que inmediatamente estuvo presta y emprendió la marcha. Felipe volvió a ocupar su sitio de antes, con Bram a su espalda.

Nunca olvidaría Felipe aquella jornada. Parecíale fuera de lo natural el esfuerzo desplegado por hombre y bestias, corriendo horas y horas sin descanso. Bram subía al trineo de vez en cuando por breves momentos.

Casi siempre corría detrás o delante de los lobos. Los lobos trotaban, trotaban sin parar, y cuando, rendidos, iniciaban cierta lentitud en la marcha, restallaba el látigo encima de sus pardos lomos, y la voz de Bram retumbaba por la helada planicie, animándolos y poniendo presteza en sus patas. Era tan dura la corteza de nieve, que hacía innecesario el uso de raquetas, y Felipe saltó más de una vez del trineo para correr junto al hombre lobo hasta perder el aliento.

A media tarde, su brújula le indicó que ya no se dirigían al Norte, sino recto a Poniente. Consultó la aguja cada cuarto de hora y comprobó que no dejaban aquella orientación.

Entre tanto, había llegado al convencimiento de que un anhelo extraordinario impelía a Bram y que tal anhelo lo dominaba desde que descubrió las provisiones de su mochila. De vez en cuando, le oía aquel soliloquio incoherente, sin entender ni una palabra.

El cielo opaco ennegrecía cuando, por fin, se detuvieron.

Y de manera tan sorprendente como antes, Bram pareció volver a la razón por un rato.

Señaló a Felipe la carga de leña, y como si hubieran estado conversando todo el día, le dijo:

—Fuego, *m'sieu*.

Los lobos se habían echado con sus peludas cabezas entre las patas delanteras, extenuados por completo, y Bram les pasó revista, dirigiendo a cada uno palabras amistosas. Luego volvió a caer en su imbécil mutismo. Sacó de bajo las pieles un caldero, lo llenó de nieve y lo colgó sobre la hoguera que Felipe encendió valiéndose sus propias teas.

—¿Cuánto hemos andado, Bram? —le preguntó.

—Cincuenta millas, *m'sieu* —contestó Bram sin vacilar.

—¿Y cuántas nos quedan aún?

Bram lanzó un gruñido por respuesta, y con cara de idiota se quedó mirando el cuchillo que tenía en la mano. Por fin, apartó los ojos de aquel objeto para fijarlos en Felipe.

—Maté al hombre del lago de Dios porque me robó el cuchillo... y me llamó embustero. Lo maté así.

Y cogiendo una rama, la quebró, y lanzó una risotada siniestra.

Luego se entregó a cortar pedazos de carne para los lobos y durante mucho tiempo cualquiera lo hubiese creído mudo. Felipe hizo los mayores esfuerzos para arrancarlo a su taciturnidad. Rió, silbó y hasta recurrió a cantar la canción del caribú, que tantas veces habría oído Bram. Mientras se asaba la carne, habló de la estepa y del rebaño de caribues que había visto muy al Este; le preguntó por el tiempo, los lobos y las regiones del Norte y del Oeste. A ratos, era indudable que Bram escuchaba con atención, pero sólo de vez en cuando contestaba con un gruñido.

Durante una hora, después de cenar, estuvieron fundiendo la nieve para ellos y los lobos, y abrevándolos les sorprendió la noche. A la luz del fuego, Bram practicó en la nieve un hoyo que le sirviera de cama y volcó encima el trineo como techo. Felipe se acomodó también como pudo bajo la tienda, envuelto en sus frazadas. Se extinguió el fuego, y el lento respirar de Bram indicó que el hombre lobo dormía. Felipe tardó mucho en conciliar el sueño.

Dormía profundamente, cuando sintió que una garra nervuda le sacudía el brazo, y despertó oyendo la voz de Bram, que le gritaba muy cerca:

—Arriba, *m'sieu!*

Era la noche tan negra, que al levantarse no vio a Bram, aunque le oyó hablando a los lobos y comprendió que los estaba apercibiendo para reanudar la marcha. Recogió su cama, y después de colocarlo todo en el trineo, encendió un fósforo y consultó el reloj. Eran las doce y cuarto.

Durante dos horas avanzaron hacia el Oeste, envueltos en tinieblas. Luego empezaron a encenderse luces en el cielo y una tierna claridad bañó de plata la inmensa planicie. Continuó Felipe encendiendo de vez en cuando un fósforo para cerciorarse de la dirección seguida y de la hora. A las tres, siempre en la misma orientación, sorprendióle un bosque de abetos achaparrados y maltratados por el viento, que, aunque no tenía más de medio acre de extensión, era anuncio seguro de la próxima selva.

Aún continuaron una hora por la blanca estepa, desviando la ruta hacia el Norte, antes de que apareciese la franja del bosque, de árboles muy diseminados al principio, pero que se iban espesando a medida que se internaban. Ocho o diez millas habían recorrido por mitad de la selva cuando se levantó la aurora y, bañada de su medrosa claridad, se les presentó de pronto una cabaña.

A Felipe le dio un brinco el corazón. Su primer pensamiento fue de que allí se encerraba el misterio del lazo de oro, que por fin le sería revelado. Pero al acercarse le acogió el más tremendo desengaño. No había vida allí dentro; no humeaba la chimenea, y la puerta desaparecía casi por completo sepultada en un gran montón de nieve. El estallido de la tralla ahuyentó sus pensamientos. Los lobos apresuraron la marcha y retumbó por la selva la destemplada y pavorosa carcajada de Bram.

Desde que dejaron atrás la casa silenciosa, Felipe ya no llevó cuenta ni del tiempo ni de la dirección, seguro de que Bram llegaba al término de su viaje. Los lobos estaban muertos de fatiga y el mismo Bram se rezagaba, no obstante haber subido con más frecuencia al trineo desde medianoche, pero seguía animando a la manada. Felipe no apartaba la vista del frente, escudriñando entre los árboles.

A las ocho —dos horas después de encontrar la casa abandonada— salieron a un claro del bosque en cuyo centro se alzaba otra cabaña. Felipe vio en seguida que estaba habitada. De la chimenea subía lindamente una espiral de humo. Sólo se descubría el techo de troncos, porque el resto lo ocultaba por completo la empalizada de seis pies que rodeaba la vivienda.

A veinte pasos de la puerta del cerco, Bram mandó parar; se adelantó, y pasando todo el brazo por un agujero, abrió por dentro. Casi por espacio de veinte segundos estuvo mirando intensamente a Felipe, quien observó el extraordinario cambio operado en el rostro de aquel hombre, de donde había desaparecido su bestial impasibilidad. Sus ojos lucían con una luz nueva; sus labios se entreabrían como si fuesen a hablar; su pecho jadeaba con una celeridad que no podía atribuirse a fatiga. Felipe permaneció mudo, inmóvil. Oía a sus espaldas el inquieto plañido de los lobos. El gozo íntimo que se pintaba en el rostro de Bram le causó un dolor que le hizo apretar los puños. Bram no lo notó, porque en aquel momento se volvió a contemplar la espiral de humo que se elevaba de la chimenea.

Luego se dirigió a Felipe, diciendo:

—*M'sieu*, vaya usted a la cabaña.

Y le abrió la puerta para que pasara. Felipe se detuvo a examinar su intención, pero el hombre lobo tendió un brazo indicando la cerca.

—En el patio suelto los lobos, *misieu*.

Felipe comprendió. El recinto era el corral de las bestias, y Bram le aconsejaba ganar la cabaña antes de que les diera libertad. Se dirigió, pues, a la entrada procurando ocultar su emoción; pero le golpeó el corazón con violenta celeridad al oír el ruido de calzado ligero que denunciaba unos pies femeninos. Aun entonces resistióse a sus esperanzas. Probablemente sería una india que vivía con Bram o una muchacha esquimal que se habría traído del Norte.

Se acercó sin hacer ruido y, abriendo sin llamar, entró con el permiso que Bram le daba.

Éste, que esperaba en la puerta del cerco, al ver que la puerta de la cabaña se cerraba a espaldas de Felipe echó atrás la cabeza y lanzó tan formidable risotada de triunfo, que hasta los fatigados lobos atiesaron las orejas para oír.

Al mismo tiempo, Felipe descifraba el enigma del lazo de oro.

Capítulo IX

Ante un enigma

LA hoguera del sol de invierno parecía arder detrás mismo de la ventana, inundando de claridad rojiza una habitación que se abría frente a la entrada, a cuya puerta estaba de pie una joven.

Los rayos de luz, que le daban de lleno, semejaban incendiarla toda al reflejarse en el prodigio de su cabellera, que le caía desprendida por hombros, senos y caderas como un torrente del mismo oro del lazo misterioso. Felipe pensó que la había sorprendido en el momento de hacer su tocado, y que por eso permanecía inmóvil y mirándole, muda de asombro. Bajo aquella cascada de luz se barruntaba la blancura de sus desnudas espaldas, y Felipe levantó los ojos poniéndolos en el rostro de la muchacha.

La sangre se le heló en las venas al encontrarse ante un alma atormentada. Nunca vio en ojos tan bellos, ojos de amatista, una expresión tan viva de angustia. Su cara, de singular belleza, estaba pálida como la muerte. Y era joven, no contaría más de veinte años; pero se adivinaba que había pasado ya por las torturas del infierno.

—No se alarme por mí —le dijo con dulzura—. Soy Felipe Raine, de la Real Policía Montada.

Ella no le contestó. Tampoco sorprendió a Felipe su mutismo, porque en aquel momento leyó toda su tribulación en aquellos ojos que lo miraban alborotándole la sangre. ¿Para qué preguntarle nada si todo lo adivinaba? En un instante concretó una resolución: estaba dispuesto a matar a Bram Johnson cuando llegase el momento.

Procuró tranquilizarla repitiéndole las mismas palabras, y el pecho de la joven, que se mantuvo hasta entonces en una inmovilidad espasmódica, se levantó bajo los cabellos en un suspiro, aunque sus ojos conservaron la misma mirada pavorosa. De pronto corrió a la ventana y se asomó, con las manos crispadas en el antepecho. Bram estaba metiendo los lobos. Y ofrecía la muchacha tal aspecto de terror al volverse, que Felipe mismo se quedó asustado. Avanzó un paso y ella retrocedió, encogiéndose despavorida como bajo la amenaza de un látigo. Felipe creyó ver un ángel horrorizado. La muchacha alargaba sus desnudos brazos para rechazarlo, y como el hombre siguiese queriendo inspirar confianza, ella lanzó un grito articulado.

Felipe se detuvo como atravesado por una bala. ¡Ella había dicho algo que él no entendió! Se desabrochó el *paletó*^[10] doblándolo a la altura del pecho, y el sol puso relumbres en la insignia de su cargo. El efecto que produjo en ella lo dejó aún más sorprendido que el miedo súbito que le había inspirado. En seguida se le ocurrió pensar que dos semanas sin haberse afeitado le darían, un aspecto feroz. Hasta que vio la insignia, le había causado él tanto miedo como Bram.

—Soy Felipe Raine, de la Real Policía Montada —le volvió a decir y he venido especialmente para ayudarla, si lo necesita. Me hubiera podido apoderar de Bram sin venir tan lejos, pero tenía una razón para seguirlo hasta su cabaña, y la razón era usted. ¿Por qué está aquí con un loco y asesino?

Ella lo escuchaba atentamente sin apartar los ojos de sus labios. Su hermoso rostro, de tan intensa palidez poco antes, empezaba a colorearse, y el espanto desaparecía de su mirada, sustituido por, una emoción anhelante. Afuera se dejaba oír la voz de Bram. La muchacha se asomó a la ventana, y luego empezó a hablar rápida y agitadamente en una lengua tan extraña para Felipe como el enigma de su presencia en la vivienda de Bram Johnson. Vio ella que no la entendía, y de repente se le acercó y le puso en los labios un dedo, que luego se llevó a los suyos, al tiempo que movía la cabeza negando. Felipe se quedó pasmado ante la terrible verdad. Aquella mujer intentaba hacerle comprender algo en un lenguaje que nunca él había comprendido; y se la quedó mirando como un idiota.

Sonaron cerca de la puerta las rudas pisadas de Bram, y al momento se apagó la alegría en los ojos de la muchacha, y se precipitó al cuarto vecino, a cuya puerta la halló Felipe. Al correr, su cabellera flotaba en el aire como una nube de oro.

Se abrió la puerta y entró Bram. Felipe pudo ver en aquel instante junto al umbral un grupo de lobos que lanzaban al interior de la cabaña sus famélicas miradas. Bram se doblaba bajo la carga recogida del trineo; la dejó caer en tierra, y sin hacer caso de Felipe fijó su mirada en la cortina que ocultaba la habitación interior a través de la cual se oían los movimientos de la muchacha.

Entrambos permanecieron un rato como hipnotizados; Bram mirando a la puerta y Felipe mirando a Bram. En aquel momento, si el policía hubiese tenido un arma, hubiera decidido la cuestión, porque el fulgor de los ojos del hombre lobo le aferraba a sus peores suposiciones; pero con las manos vacías no podía medir las fuerzas con aquel gigante. Por primera vez pasó una mirada cautelosa por la estancia. Junto a la estufa se amontonaba la leña. Un tronco de aquéllos podría serle de gran utilidad, cuando llegara el caso.

De pronto creyó que los nervios le iban a saltar rotos. La muchacha apareció en la puerta con radiante sonrisa... ¡dirigida a Bram! Como olvidando la presencia de Felipe, adelantó un poco los brazos y se puso a hablar en un idioma que éste no entendía; pero ni era *cree*, ni *chippewa*, ni esquimal, ni francés, ni alemán, ni otra lengua de la que hubiera podido coger alguna palabra. Pronunciaba con dulzura y claridad, con ligero temblor y agitada respiración; pero sin que se le notara ya el

espanto que manifestó al principio. Se había peinado y sus trenzas, enroscadas artísticamente, le daban el aspecto de una linda efigie escapada de un cuadro. El color de su tez y su abundante cabellera no permitían afiliarla a ninguna de las razas que habitan en las regiones norteñas. Después de contemplarla bien, Felipe se fijó en Bram. El hombre lobo estaba transfigurado. Sus ojos lucían de un gozo íntimo, su semblante le asemejaba a un perrazo contento de volver a ver a su amo y se movían sus labios como repitiendo lo que la chica decía.

¿Sería posible que la entendiese? ¿Era aquél el lenguaje usado entre los dos? Felipe tuvo que suponerlo así, y todo el castillo de sus ilusiones se vino abajo con estruendo. La muchacha parecía alegrarse del retorno de Bram. Con el alma en suspenso, aguardó, pues, a que éste hablase y actuase.

Cuando ella acabó, el hombre lobo contestó con una exclamación gutural que equivalía a un himno de triunfo, y en seguida se arrodilló para ir vaciando el mugriento saco de todo el contenido sin cesar de mascullar ininteligibles palabras.

Felipe se volvió a la muchacha, que le estaba mirando, puestas las manos sobre el pecho en una actitud que suplicaba comprensión. Y Felipe comprendió de repente. Ella misma se imponía aquella conducta por razones que tendría; se obligaba a sonreír, a mostrarse contenta y comunicativa. Y ahora trataba de explicarle la significación de todo aquello, e indicando a Bram, que continuaba encorvado sobre el saco de provisiones, exclamó en voz baja y concentrada:

—*Tossi-tossi-han er tossi!*

En vano; Felipe no entendía y le fue imposible ocultar su contrariedad. De pronto se le ocurrió una idea. Mientras Bram estaba vuelto de espaldas y agachado, él señaló al montón de leña. La mímica no podía ser más clara. ¿Le rompía de un estacazo la crisma, mientras estaba arrodillado?

Pero ella contestó a la pregunta mostrándose muy alarmada y negando con la cabeza, mientras profería palabras incomprensibles. Juego repitió indicando a Bram:

—*¡Tossi-tossi-han er tossi!*

Y entonces, llevándose las manos a la cabeza, hundió sus finos dedos en el peinado y se dilataron sus ojos. Por fin, él comprendió; le estaba diciendo lo que ya sabía: que Bram estaba loco. Repitió él mismo Tossi, tossi, tocándose la frente e indicando a Bram, y sí, era eso; pudo verlo en la expresión de alivio que se pintó en el rostro de la joven. Realmente, ésta temía que atacase al hombre lobo y ahora manifestaba su alegría por haberle dado a entender que no debía causarle ningún daño.

Pero lejos de esclarecer con esto el misterio, se hacía más impenetrable. Cuando el hombre lobo se levantó sin dejar de murmurar en su insensata exaltación, aún Felipe le daba vueltas a la misma pregunta: «¿Qué será esta mujer para Bram, para este loco forajido, a quien teme y a quien al propio tiempo no quiere que se haga daño?».

La vio mirando fijamente lo que Bram había dejado en el suelo, y en aquella mirada se pintaba el hambre, hambre que dominaba su vida como la locura dominaba la de Bram, y contemplándola, Felipe creía estar presenciando la tragedia del lazo de oro. Aquella mirada le impresionaba más hondamente que todo lo que había observado en Bram. Ante sus ojos se descubría la increíble realidad, algo del infierno de tormentos por que había pasado aquella muchacha. ¡Tenía hambre... de algo que no fuese carne! Ahora se explicaba por qué el hombre lobo se aventuró tan al Sur y por qué le agredió para arrebatarse las provisiones. Eran para ella, que sólo por puntillo femenino refrenaba el impulso de arrojarse sobre los alimentos. ¡No se atrevía ante él! Sus miradas se encontraron y ella enrojeció como una confesión de su vergüenza. Su instinto femenino la acusaba de haberse traicionado como una bestia, dando motivo a que el forastero la considerase loca como a Bram.

Capítulo X

La galantería de Bram

HASTA que sintió el calofrío del brazo de la chica bajo su mano, no comprendió Felipe el riesgo que corría tocándola. Se volvió inmediatamente a Bram para ver cómo tomaba aquella familiaridad, y como en su semblante no distinguiera ni asomos de locura, le tendió la otra mano.

—¡Se está muriendo de hambre, Bram! —exclamó—. Ahora comprendo para qué querías mis provisiones. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no hablas, por qué no me dices quién es, qué hace aquí y qué quieres de mí?

En vano esperó la respuesta. Bram se limitó a mirarlo fijamente.

—Te aseguro que soy un amigo —añadió Yo...

No pudo acabar, porque la cabaña se llenó de la insensata risa de Bram, que retumbó más espantosa que en el páramo y en la selva, haciendo estremecer a la joven, que se refugió medrosamente tras él, sin dejar de sonreír a Bram. Él se volvió a mirarla y la vio blanca como la muerte. Bram siguió riendo, mientras con ojos encendidos de un fuego verdusco se acercaba a la estufa, ante la que se arrodilló para atizarla. ¡Era terrible aquella risa y el pálido semblante de la muchacha!

Ya no se preguntó más quién ni por qué estaba allí. Bastábale el hecho abrumador de verla en la guarida de aquella fiera, mostrándole en lo hondo de la transparente amatista de sus ojos adorables el calvario de su alma. El corazón de Felipe se endureció viendo al coloso doblado sobre la leña. La oportunidad se presentaba magnífica. De un brinco podía saltar al cuello del forajido. Aquella ventaja igualaría la lucha a cuerpo descubierto.

La mujer debió adivinar su pensamiento, pues lo asió del brazo, apartándolo del hombre lobo para decirle algo que él no pudo entender. Bram se levantó, cogió un cubo y salió de la cabaña sin mirarlos. Pronto se le oyó reír entre los lobos.

Viendo ella a Felipe agitado otra vez de sospechas atroces, procuró darle a entender con gestos y ademanes nerviosos que Bram la había respetado, y llena de ansiedad, le cogió de una mano y le condujo al cuarto interior. Su mímica resultaba para Felipe clara y elocuente. Le estaba mostrando lo que Bram había hecho por ella. Le había destinado aquel cuarto, dividiendo la cabaña con un tabique, y para que

estuviera más ancha le había construido una pieza adosada a la pared principal, a la que daba acceso una angosta puerta fabricada de ramas, que aún estaban verdes, como los troncos de la nueva construcción. Por todo mobiliario y aderezo había una tarima arrimada a la pared, que servía de lecho, una silla de tosca hechura y media docena de pieles de oso, que alfombraban la habitación. Colgaban en las paredes algunas prendas de vestir, una capucha de piel, un impermeable con una faja encarnada por cinturón y un pequeño lío de ropa, cuidadosamente atado.

—Ya, ya comprendo —dijo él, mirándola en los ojos, de un brillo de cielo purísimo. Quieres probarme con esto que no debo retorcerle el cuello a Bram cuando esté de espaldas ni nunca; quieres hacerme, creer que no te ha puesto las manos encima. No obstante, tiembles de miedo. Comprendo. No hace mucho estabas blanca como la cera; mas ahora, ahora, nunca he visto una cara tan hermosa como la tuya. Vamos a ver, niña, vamos a ver...

Y se estremeció de delicia ante el movimiento voluptuoso que ella imprimía a su esbelto cuerpo al escuchar.

—Me tienes hechizado —prosiguió con, franca sonrisa—, al menos en este momento. Quizás esté un poco tocado del caletre, como Bram, y no me haya dado cuenta. Figúrate. Salí en persecución de unos indios y me encontré con un loco, y resulta que en la cabaña del loco te me apareces tú como un ángel de luz a las puertas del... del... bueno; ya que no me entiendes, puedo decirlo: ¡a las puertas del infierno! Pues bien; si Bram no te da miedo ni te ha causado ningún daño, ¿por qué pones esa cara? Me dejas estupefacto, de veras, aniquilado por completo. Un millón de dólares ofrecería para hacer hablar a Bram. Ya me fijé en su mirada, en aquella mirada que te dejó sin sangre en las mejillas, como si tu corazón hubiera cesado de latir, y con, todo, tratas de demostrarme que no te ha tocado. ¡Dios mío! ¡Si yo pudiera creerlo!

En el rostro de la mujer vio reflejarse el cambio operado en el suyo y siguió hablando como si, al expresar en palabras sus pensamientos, pudiera arrojar un poco de luz a la situación.

—Estás a más de mil quinientas millas de todo ser humano, y con esos ojos y con esa cabellera. ¡Si tuvieses alguna fealdad!... Pero, ¡vive Dios!, eres blanca como una estatua de mármol y rubia como el oro. Si a Bram le diese por hablar, me diría que has caído de la luna, que una *chasse-galère* te ha traído por el aire en un carro de nubes para que cuides de su aseo. ¡Caramba! ¿No puedes darme una idea de quién eres y de dónde vienes?

Y esperó la respuesta, que fue una sonrisa dulce y conmovedora. Felipe sintió que una emoción inefable lo transportaba y por un buen rato hasta se olvidó de Bram.

—No entiendes una maldita palabra de lo que te digo —añadió cogiéndole una mano entre las suyas y estrechándosela—. Ni una palabra. Pero poco a poco se funde la nieve y llegaremos a entendernos. Ya sé que estás aquí hace tiempo y que desde que la *chasse-galère* te arrebató de la luna para dejarte aquí, tus dientes no han tocado

más que carne y, probablemente, sin sal. Ya he visto con qué anhelo te hubieses arrojado sobre los alimentos que hemos traído. ¡Vamos a almorzar!

La llevó a la primera estancia y en seguida se puso ella al trabajo, ayudándole a recoger los paquetes esparcidos por el suelo. Felipe se sintió aliviado de una fuerte opresión y siguió charlando mientras preparaba el almuerzo, sin mirarla mucho, porque temía avergonzarla del afán que ponía en su diligencia el hambre. Ella veía en situación mucho más embarazada. Felipe se sintió dominado de una dulzura inexplicable y cuya causa no quería analizar por entonces. No más sabía que la muchacha le había demostrado tan claramente como era posible la respetuosa conducta de Bram.

—Si hubiera osado tocarte, me hubieses permitido romperle la cabeza. ¿No es cierto? —dijo, mientras removía el puré de patatas que se calentaba en la cacerola.

Y la vio mirándolo con ojos brillantes y boca entreabierta. Estaba encantadora, poniendo en tensión toda sus facultades para entenderle. Se le había desenroscado la trenza y le caía por la espalda, recia como el puño. Nunca vio ni soñó Felipe una mata de pelo de tan vivo reflejos de oro aterciopelado. De repente se levantó animado por una idea súbita, y golpeándose el pecho, dijo:

—Me llamo Felipe Raine, Felipe Raine, Felipe Raine.

Y repitió su nombre muchas veces, señalándose siempre. En el rostro de la joven brilló una luz, como si en aquel instante se derribase el muro interpuesto entre los dos. Ella repitió el nombre, lenta, dulce, claramente, y luego, llevándose ambas manos al pecho, dijo:

—Celia Armin.

De buena gana se hubiera él levantado para estrecharle la mano, pero las patatas estaban chirriando en la cacerola. ¡Celia Armin! Repitió el nombre sin dejar remover las patatas, y cada vez que lo decía, ella afirmaba moviendo la cabeza. Realmente, era un nombre, francés, pero cuando él recurrió a ciertas frases aprendidas de Pedro Breault, pudo convencerse de que ella no entendía palabra de francés.

Luego la llamó:

—¡Celia!

Y en el mismo tono contestó la joven:

—¡Felipe!

Les llegó una gritería de aullidos y ululatos de la manada anunciando el regreso de Bram; sonaron cerca la recias pisadas de éste, y el hombre lobo apareció en la puerta. Felipe no se volvió a mirarlo ni a ver el efecto que causaba su entrada en Celia Armin. Continuó atento a su trabajo, y se puso a silbar una canción. Sólo cuando las patatas estuvieron en su punto se volvió para decir:

—Sirve el café, Celia. ¡Ya podemos empezar!

Y entonces la vio un poco pálida, pero serena, mientras llevaba la cafetera a la mesa.

Luego Felipe miró a Bram.

El hombre lobo estaba de espaldas contra la pared, inmóvil, contemplando los movimientos de los otros con cara de estúpido, sosteniendo en una mano una caldera con agua y en la otra un pescado helado.

—Demasiado tarde para el pescado, Bram —dijo Felipe—. No podemos hacer esperar más a la señorita. Además, creo que ya está harta de carne y pescado. Ven a almorzar.

Llenó un plato de puré de patatas con trocitos de galleta de avena y de arroz, que ya había tostado en la planicie, y lo ofreció a la muchacha. Preparó un segundo plato para Bram y otro para él mismo. Bram, que hasta entonces había permanecido impassible, sin mover un músculo, dejó el caldero y el pez en el suelo, con un gruñido que pareció subirle del fondo del pecho, y se acercó a la mesa. Con mano ruda, que más parecía la zarpa de un oso, agarró a Felipe por un brazo, y oprimiéndoselo sin aparente esfuerzo hasta casi romperle un hueso, lo apartó atrás, mientras sus ojos se hincaban en la muchacha y con la otra mano le acercaba los dos jatos. Luego miró a Felipe, diciendo:

—¡Nosotros comeremos el pescado, *m'sieu!*

Se expresó sin el menor asomo de locura. Pero aún o había salido Felipe de su asombro, cuando el gigante echó atrás la cabeza y su bestial carcajada retumbó en el ámbito. Fuera, en el corral, contestó un coro de alaridos espantosos.

Felipe tuvo que apelar a todas sus fuerzas para mantener su serenidad. En un momento de lucidez, Bram había mostrado una galantería que la muchacha no podía dejar de agradecer en lo profundo de su corazón. Y, en efecto, sus ojos brillaban de triunfo, contenta de que Felipe se convenciera por sí mismo de la verdad que ella procuró hacerle entender. Bram se portaba bien con ella en su misma locura.

Felipe no quiso resistir el impulso del momento, se apoderó de una mano de Bram y se la estrechó acaloradamente. Bram no pareció percatarse, abstraído en los pensamientos que mascullaba después de la risa, y mientras Felipe preparaba el pescado, se recostó en la pared sobre los talones, a la manera india, sin apartar los ojos de la muchacha. Felipe le presentó la mitad del pescado. El otro no le hizo más caso que si se lo ofreciera a una esfinge, pues se enderezó y, cogiendo lo que quedaba del caribú, abandonó la cabaña, murmurando.

Poco después se juntaba su risa a la gritería de los lobos.

Capítulo XI

Empieza a descifrarse el enigma

APENAS se cerró la puerta, Celia se acercó a Felipe y lo empujó a la mesa. Mientras Bram estuvo fiscalizando su almuerzo, ella comió, sin cuidarse de otra cosa, para no molestarle; mas ahora se empeñaba en que el otro comiese patatas y galleta con el pescado, y le sirvió una taza de café.

—Dios te bendiga. ¿Conque no quieres que me prive de un buen almuerzo? —le dijo sintiendo un loco deseo de asirla por la cabeza y darle un beso—. Pero si estoy ya cansado de galleta... —y cogió un trozo para que mejor le entendiese—. Mañana, tarde y noche, la he tenido que engullir, y tan hastiado me tiene, que sólo al verla suspiro por los pepinillos encurtidos de mi madre. El pescado de Bram es para mí un regalo, y este café que tan gentilmente me has servido...

Sentada frente a él, pudo observarla detenidamente mientras comía. Le sorprendió verla más hermosa cada vez que la miraba. Ya no podía dudar que era extranjera en aquellas tierras del Norte. También se afirmó en la idea de que no pasaba de los veinte años. Luego se le ocurrió calcular el peso de su grácil cuerpo en ciento veinte libras, comprometiéndose a no equivocarse en mas de cinco. No recordaba haber visto nunca ojos de aquel color azul violeta. Estaba sola y abandonada, completamente sola en aquel lejano rincón de la tierra, tan fuera de lugar como un lujoso vestido de baile o un fino jarrón de porcelana china. Pero, al fin, allí estaba como un enigma que él debía descifrar y que ella misma deseaba revelar, según se leía en sus ojos y en la viva agitación de su pecho. Claro estaba como la luz que se esforzaba tanto como él para descubrir un camino por donde poder explicar quién era, por, qué estaba allí y la ayuda que él podía prestarle.

De pronto, Felipe pensó en el lazo de oro. Después de todo, sería la única clave del secreto. Se levantó de la mesa y llevó a la joven a la ventana. Desde allí vieron a Bram en el corral; estaba repartiendo tajadas de carne entre la manada que le rodeaba. Cuando Felipe vio, con gran contento, que la joven comprendía el propósito de llamar su atención sobre Bram y no sobre los lobos, se puso a deshacerle la trenza, sintiéndose enrojecer, y sin poder evitar que sus dedos temblasen, al notar que ella lo miraba con ojos de admiración. Apartó una mata, y luego de dividirla en tres partes,

se puso a entretejerla en una trenza algo más gruesa que el lazo del hombre lobo. Mostró su obra a la muchacha y después señaló a Bram. El rostro de la joven resplandeció de inteligencia.

Valiéndose de la mímica, contestó que ella o Bram habían cortado en su cabeza los cabellos con que estaba fabricado el lazo de oro, y no sólo uno: de su cabeza habían salido muchos lazos, como lo demostraba bajándola y descubriendo los claros apenas notables en diferentes sitios.

Felipe casi tuvo una decepción, porque ya todo aquello lo sabía o lo adivinaba.

Y ya iba a decirle algo, cuando le sorprendió una viva agitación en el rostro de la joven, inspirada de súbito por una idea genial. Levantó sus manitas hasta casi apoyarlas en el pecho del hombre y exclamó:

—¡Felipe Raine... Amerika!

Y añadió luego, oprimiéndose el pecho:

—¡Celia Armin... Danmark!

—¡Dinamarca! —repitió Felipe—. ¿Es cierto, niña? ¿Eres de Dinamarca? ¿De Dinamarca?

Ella afirmó, bajando la cabeza:

—*Kobenhavn—Danmark.*

—Copenhague, Dinamarca —se tradujo él—. ¡Gran Dios! ¡Estamos hablando, Celia! ¡Celia Armin, de Copenhague, Dinamarca! ¿Pero cómo diablos estás aquí? —preguntó señalando el suelo y abarcando las cuatro paredes en un amplio ademán. ¿Cómo has llegado?

La contestación le llenó de pasmo:

—*Kobenhavn, Muskvas, St. Petersburg, Rusland, Sibirien, Amerika.*

—Copenhague, Muskvas (fuera lo que fuese), San Petersburgo, Rusia, Siberia, América —repitió él, mirándola con cierta incredulidad—. ¡Celia, si me quieres, no digas locuras! ¿Vas a hacerme creer que viniste a la cabaña de ese loco, a quien Dios perdone, desde Dinamarca, a través de Rusia y Siberia? ¡Ea! No puedo creerlo. Aquí hay un engaño. Veamos...

Recordó un atlas de bolsillo que le habían entregado, en la Administración de policía como parte de su equipo, y en un momento lo desplegó ante los ojos de la muchacha, que puso el índice sobre Copenhague. Encorvado, él sobre la espalda de la joven de modo que le aplastaba con el pecho los cabellos, sintió un vivo deseo de hundir la cara en aquella cascada de oro y estrechar a la mujer en sus brazos, importándole muy poco durante un momento que viniese de Copenhague o de la luna; lo esencial era haberla encontrado. Su corazón brincábale de regocijo con la exaltada complacencia del explorador que se siente dueño de un tesoro por derecho de descubrimiento; pero se esforzó en retener hasta el aliento, siguiendo aquel dedito que le contaba toda su tragedia, moviéndose por el mapa.

De Copenhague se dirigió a Moscú —que debía ser Muskvats—, de donde se deslizó a San Petersburgo, y de aquí se fue arrastrando por Rusia a Siberia hasta el

mar de Bering.

—Skunnert —pronunció dulcemente.

Y el índice encontró la mancha verde donde se leía Alaska. Allí se detuvo como tropezando en algo. Era evidente que ya no estaba segura de la ruta que había seguido después. Al menos, ya no se lo podía indicar en el mapa. Y como viera que él comprendía, se turbó. Luego le empujó suavemente a la ventana y le indicó los lobos. Después de Alaska, los perros y el trineo. Felipe estaba extrañado. Celia Armin era natural de Copenhague, había llegado a Alaska a través de Rusia y Siberia, y después había proseguido el viaje en trineo. Pero, ¿por qué venía y qué aventuras la dejaron en poder de Bram? Ella trataba de contárselo con gestos y ademanes, y casi llorando de emoción. El júbilo de Felipe trocóse de repente en una dolorosa compasión viéndola demudada. Algo horrendo le habría sucedido. El espantoso terror que asomaba a sus ojos hablábale de las torturas que revivía su alma al recordar alguna horripilante tragedia que se esforzaba en hacerle comprender. Y de pronto, la infeliz rompió en un sollozo y ocultó su rostro entre los brazos.

Fuera estalló la risa de Bram como una burla, como un insulto. Felipe sintió que la sangre se le agolpaba en los ojos cegándole la ira. De un brinco se acercó a la estufa, cogió un tizón encendido, y lanzándose a la puerta la abrió y salió corriendo. Un grito de horror, de desesperación, sonó casi a su espalda, y aún no había dado diez pasos fuera de la cabaña, comprendió el significado de la advertencia. La manada, que lo había visto desde el ángulo extremo del patio, se le venía encima, corriendo en masa compacta.

Bram no les daba el alto. Celia apareció en la puerta y, helada de espanto, lanzó un chillido de horror que se confundió con la risotada del hombre lobo. Felipe levantó el leño inflamado sobre su cabeza y lo arrojó contra la manada; aprovechó el momento de desorden que se produjo entre las fieras para girar sobre sus talones y ganó de un brinco la puerta, que Celia cerró con la rapidez de un relámpago. Al portazo siguió inmediatamente el estrépito de veinte cuerpos chocando contra la madera en furiosa embestida, ruido de quijadas y ululatos de rabia. Los dos se quedaron petrificados, mirándose. Jamás había visto Felipe un semblante tan pálido como el de la joven, que acabó cubriéndolo con sus manos y rompiendo en sollozos entrecortados de violentas sacudidas.

Demasiado claro veía Felipe el cuadro horroroso, que ella procuraba apartar de la imaginación, tapándose los ojos. Un momento de duda le hubiera puesto a merecer de aquellas fauces sanguinarias, y entonces...

Lanzó un profundo suspiro y apartó del rostro de la muchacha aquellas manos adorables que temblaban entre las suyas, y en las mismas fauces de la muerte sintióse venturoso y galardonado por la mirada de unos ojos bellos.

—¡Celia, mi mujercita misteriosa! —exclamó oprimiéndole las manos casi hasta hacerle daño—. Me alegro que no puedas entenderme, pues nada tendría de particular que te intimidase un hombre que te declara su amor a las dos horas de conocerte. Y

yo te amo. En mi vida amé con el deseo ardiente que tú me inspiras; pero es necesario que te lo oculte, si no quiero que me tomes por un bruto como Bram.

Se oyó la chillona voz de éste gritando en esquimal a los lobos, que se apartaron de la puerta, aullando protestas. Celia se desasíó de las manos de Felipe y corrió a quitar el pasador de madera, al notar que Bram estaba forcejeando para abrir. Cuando entró el hombre lobo, Felipe, que estaba en guardia, presto a jugarse el todo por el todo, se quedó pasmado oyéndole murmurar con sorna de zafio, como si le hubiese divertido el reciente espectáculo. Celia hincó las uñas en el brazo de Felipe, mirándolo despavorida, como advirtiéndole que no había que fiar en la sonrisa solapada de aquel bruto. De pronto lo dejó y corrió a su cuarto para volver a salir un minuto después. Bram seguía mascullando sin hacer maldito caso de Felipe.

La joven se acercó al hombre lobo y puso ante sus ojos un hacecillo de doradas y sedeñas hebras, que tuvieron la virtud de acallar su murmuración. Como un avaro su tesoro, tomó el gigante aquel delicado objeto en sus deformes manazas y un mundo de felicidad se pintó en sus rudas facciones al entrar en posesión del fetiche. Felipe crispó los puños y apenas pudo contener un grito de advertencia al ver que la muchacha sonreía como inconsciente del peligro. Su copiosa cabellera le ondulaba, desprendida por hombros y senos como una cascada de luz glorificadora. ¡Y los ojos de Bram retozaban por aquel tesoro de belleza! ¿Podía concebirse que el loco no se percatase de su ventajosa situación, que le no se le ocurriese pensar que tenía al alcance de sus burdas manos, siempre que quisiera, un tesoro mil veces mas precioso que el que ahora se le ofrecía? ¿Y era posible que la chica no atinase en el peligro que la cercaba? No podía explicarse Felipe la intensa palidez y la extraña sonrisa que hermanaba en su rostro al congraciarse con el hombre lobo, moviendo la cabeza en señal de amistad.

El coloso se acercó a paso lento a la ventana, donde se le oyó salmodiar quedamente un rato; luego se sentó recostado contra la pared y, cruzando las piernas, se entregó a la tarea de partir en tres el haz de seda y trenzarlo con todo primor, fabricando un lazo. Cuando, después de contemplarlo en su faena, se volvió Felipe a Celia, ya la muchacha iba recobrando los colores. Felipe no se disgustó cuando ella le dio a entender por gestos y ademanes que se retiraba a su cuarto por algún tiempo; comprendía que la extraordinaria agitación de aquellas horas la tenía rendida.

Entonces aprovechó él la ausencia para rasurarse, sacando, al efecto, de la mochila todo lo necesario, y al verse en el espejo quedó espantado de si mismo. ¡No era de admirar que Celia se horrorizase al verlo! Media hora le costó afeitarse y lavarse, y en todo el tiempo ni alzó Bram la vista del trabajo en que estaba absorbido por entero. Celia no volvió a salir hasta que el hombre lobo, terminado el lazo, abandonó la cabaña, y al fijarse en la transformación agradable del aspecto de Felipe, manifestó tan vivo placer, que hasta él enrojeció.

Desde la ventana vieron como Bram reunía los lobos y se dirigía con ellos a la puerta, llevando consigo las raquetas y el látigo. Después de él, pasaron uno a uno los

lobos, hasta el número de diez. Luego cerró la puerta, dejando los restantes dentro.

Celia corrió a su cuarto, de donde salió agitando en su mano un trozo de papel y un lápiz, con aire de triunfo. Por fin podrían entenderse de algún modo. El papel traía ya el tosco dibujo de una cabeza de caribú; esto significaba que Bram partía a cazar.

Pero Bram dejaba la mitad de los carniceros en el corral, y esto tampoco ofrecía dudas para Felipe, eran los huéspedes de confianza del loco, sino sus presos.

Capítulo XII

Inesperado ataque

FELIPE parecía clavado junto a la ventana, sin acordarse de que la muchacha estaba tras él. Desde que Pedro Breault le enseñó el lazo de oro, no se había encontrado en situación tan enigmática como ahora. ¿Estaba Bram rematadamente loco o le gastaba la más pesada de las jugarretas? Se estremeció al recordar las palabras de un amigo alienista con motivo de una discusión acerca de la responsabilidad de un hombre cuyo crimen dejó consternada a la comarca: «Un loco nunca olvida». Y era verdad. Cuando el loco concibe una idea, ya no puede desprenderse de ella: se le aferra como un pulpo, siendo su obsesión y el motivo principal de su existencia. En su mente enferma jamás se desvanece una sospecha. El miedo se conserva allí como un rescoldo. El odio de loco nunca muere.

¿Pero se conduciría así Bram Johnson si estuviera loco? El que estuvo en un tris de matar a Felipe para arrebatarse hasta la última migaja con destino a la muchacha, lo abandonaba ahora todo a merced de aquél. Más de diez veces había cambiado su mirada recelosa por una expresión pacífica o de estúpida indiferencia. ¿Recelaría verdaderamente y la indiferencia sería un disimulo solapado? ¿Pero cómo se explicaba entonces...?

Un hecho estaba fuera de duda. Bram no había causado el menor daño a la joven, en el sentido temible para Felipe; Bram no la amaba con deseo carnal —Celia así se lo dio a entender— aunque a veces la contemplase con la muda adoración de un bruto. Sólo se había transfigurado cuando Celia le ofreció la trenza de su cabellera. Mas tampoco este caso era sospechoso, porque de agitarse una pasión carnal en el pecho del hombre lobo no hubiera llevado a la cabaña a un temible rival ni los hubiera dejado solos.

Un mar de encontrados pensamientos se agitaba en su cerebro. Ya no quería continuar más aquella situación, de la que Bram era el dueño. Necesitaba deshacerse de él, a pesar de las protestas de la joven, en la primera oportunidad. Ya había dejado pasar demasiadas.

Brillándole en los ojos esta decisión, se volvió a Celia, y como se hallase con la mirada intensa de la joven, creyóse descubierto en sus más ocultos designios. Mas no

por eso los abandonaría. Antes que nada y aprovechando la ausencia de Bram, debía registrar la vivienda, y poniendo manos a la obra, procuró dar a entender a Celia su intención:

—Sin duda tú habrás hecho esto mismo antes —le dijo—, y no habrá rincón que no hayas escudriñado; pero quién sabe si no encontraré yo algo olvidado por ti... algo que pueda sernos de gran utilidad.

Seguido por ella, fue registrando todos los rincones no conforme con esto, examinó el suelo, madera por madera, donde veía una rendija o un hueco. Ya casi daba por terminada su inútil inspección al cabo de media hora, cuando lanzó un grito de alegría. Bajo una manta vieja, en un ángulo de la estancia, apareció un revólver marca «Colt». Estaba descargado y en toda la habitación no había un cartucho, y no faltaba por registrar más que la yacija del hombre lobo. Allí solo encontró lo que en un principio le emocionara tanto: tres lazos de oro, hechos de cabellos de Celia Armin.

—No lo toquemos —murmuró dejando caer la piel de oso que los ocultaba—. No es propio de hombres corteses curiosear los secretos de otro, aunque este otro sea Bram. Esto no puede ser más que obra de un loco. Pero...

Y súbitamente se volvió a Celia.

—¿Crees que te teme? —le preguntó—. No ha dejado ni el cuchillo. ¿Acaso teme que te dé la tentación de atarle mientras duerme?

Una contienda suscitada entre los lobos lo llevó a la ventana. Dos de aquellas bestias reñían. Celia entró en cuarto para volver a salir con un fajo de papeles, mientras Felipe se quedaba contemplando la manada y reflexionando cómo podría deshacerse de carniceros tan feroces si llegaba el caso de tenérselas que haber con ellos, una vez reducido o muerto Bram, cuyos guardianes eran. Si Bram dejase el fusil en la cabaña, sería cosa fácil, en su ausencia, matar a los lobos uno a uno. Sin arma era problema arduo, casi irrealizable. Toda la manada se fue moviendo hacia un ángulo de la casa y se la perdió de vista. Sólo quedaba un lobo grande y flaco que, mientras los otros seguían la riña, atacaba con afán de famélico los colgajos de un hueso. Felipe oía el tremendo ruido de sus formidables quijadas royendo lo duro, y esto le hizo acudir la idea de una posible salvación. ¡A los lobos se les podía matar de hambre! Resistirían una semana, quizás más, pero encerrados en el corral acabarían por perecer. Había que inducir a Celia contra Bram. Esto pensaba cuando se volvió, sorprendido al oírse llamar por su nombre.

Halló a Celia Armin presa de una agitación parecida a la suya, indicándole unos trozos de papel esparcidos por la mesa, mientras repetía su nombre, mirándole. La vio esforzarse en callar lo que no podía hacerle comprender con palabras, y se lo estaba diciendo por medio de aquellos papeles, que para él significaban mucho menos que su nombre oído de labios de la joven. De nuevo lo repitió ella como un suspiro de amor, mientras con la mano le señalaba los papeles en un dulce balanceo de su blando

cuerpo, que le recordó la primera vez que la halló hermosa entre todas las mujeres. Quince o veinte eran los papeles y en cada uno había un dibujo.

Cuando, por fin, se decidió Felipe a examinarlos, ella dio un suspiro tan hondo, que el corazón del hombre aceleró la marcha. Una ojeada le bastó para comprender que Celia le estaba contando su historia en aquellos torpes diseños: quién era, por qué se hallaba al lado de Bram Johnson y cómo había llegado allí. Así al menos lo creyó él de pronto. Observó que los papeles estaban manoseados y no pudo reprimir la exclamación que le arrancó el descubrimiento.

—Tú has dibujado esto para Bram —dijo, fijándose más en ellos. Lo cual quiere decir que Bram no sabe de ti gran cosa más que yo. Barcos, perros, hombres... y luchas, repetidas luchas... y...

Reparó en un dibujo y le dio un vuelco el corazón. Cogió el papel, que había sido parte de un cucurucho, y lentamente fue acercando a la joven su mirada. Ella temblaba de anhelo de hacerse entender.

—Esta eres tú —le dijo tocando con el índice la figura central e indicándola a ella con el gesto—. Eres tú con los cabellos desprendidos y en lucha contra una caterva que parecen querer matarte a garrotazos. ¡Por Dios! ¿Qué significa esto? Y en el ángulo hay un barco, supongo que llegaría antes. Tú bajaste del barco, ¿verdad? Del barco, del barco, del barco...

—¡*Skunnert!* —dijo ella dulcemente, tocando el barco con el dedo—. ¡*Skunnert!* ... ¡Siberien!

—*Skunnert*, —la goleta Siberia —tradujo Felipe—. A lo que veo, parece que... Espera, Celia. —Y sacó otra vez el atlas, abriéndolo por el mapamundi—. ¿De dónde zarpaste y adónde arribaste? Porque será mejor empezar.

Doblados sobre el mapa los dos, ella recostó su cabeza en el brazo del hombre, que una vez sintió en sus labios la seda de la cabellera, haciéndolo estremecer de una emoción fogosa y del deseo de enlazarla. Percatóse ella del contacto y se apartó un poco. Su lindo dedo iba trazando la ruta marina en el mapa. Se habían hecho a la mar en las bocas del Lena, en Siberia, sin perder la costa hasta llegar al mar de Alaska. Aquí se paró el dedo de Celia, mientras dirigía al hombre una mirada embarazosa, como indicando que no sabía más. No podía fijar el punto donde tocaron las costas americanas, pero fue cogiendo ordenadamente los papeles que ilustraban la continuación de una historia, por cierto bastante rota y desordenada. Con todo, producía en Felipe una impresión inefable de misterio. Celia Armin había viajado desde Dinamarca por Rusia hasta el río Lena, y desde aquí un barco la llevó a las costas de América, donde había tenido que sostener luchas cuyo alcance no podía suponer. Como capítulo final, la joven trazó para Felipe un dibujo en que aparecía un gigante y una manada de bestias. Era Bram y sus lobos, y entonces comprendió Felipe el interés que ponía Celia en librar al hombre de todo mal. Bram la había salvado del peligro que expresaban a medias los otros dibujos; Bram la había

escondido en su oculta guarida, donde la retenía por alguna razón que no dejaban entrever los diseños.

A pesar de todo, Celia Armin continuaba siendo un enigma. ¿Por qué había ido a Siberia? ¿Quién la había conducido a las desiertas tierras americanas del Ártico? ¿Quiénes eran los enemigos de cuyo poder la había librado Bram? ¿Y quién... quién...?

Felipe volvió a mirar un dibujo que casi estrujaba en su mano, donde se presentaban dos figuras. Una no podía confundirse, porque le colgaba la lengua cabellera deshecha: era Celia. La otra era un hombre, un hombre que la abrazaba, y ella misma se había pintado así; correspondiendo al abrazo, colgándose al cuello del hombre. Felipe pasó la vista del dibujo a los ojos de la muchacha, y la expresión que descubrió en ella y en todo su semblante, le heló la sangre en las venas. Todas las ilusiones, toda la esperanza a que había dado ya entrada en su alma se le desvanecía en un chasco que lo dejaba a oscuras y con el corazón oprimido de un triste sinsabor.

Para desahogarse a solas, se dirigió lentamente a la ventana.

Y de pronto, Celia se estremeció del grito que dio Felipe y corrió a su lado. Al joven se le había caído el papel de sus manos, que ahora mantenía incrustadas en las maderas, mientras miraba afuera como quien no da crédito a sus ojos.

—¡Dios mío! ¡Mira! ¡Mira eso!

No había percibido el menor ruido, pero ante su vista, tumbado sobre la nieve sucia y hollada, aparecía rígido, muerto, el lobo que poco antes roía un hueso; su hocico, entreabierto, mostraba sus recias quijadas; bajo su cabeza se deslizaba una sierpe de sangre. Pero no era el muerto lo que retenía la atención de Felipe, sino el instrumento mortífero. El enorme lobo estaba atravesado por una lanza.

En seguida reconoció Felipe el arpón naval, largo y delgado como una jabalina, que sólo usa un pueblo en el mundo: los *kogmollocks*, gente desmedrada y asesina, de cara bruna, que puebla el golfo de la Coronación y la tierra de Wollaston.

E inmediatamente, Felipe se apartó de la ventana arrastrando a Celia.

Capítulo XIII

Los kogmollocks

LOS *kogmollocks*! Los diablillos desencadenados, los corazones más negros para traficar con sus mujeres y para armar pependencias dijo Felipe, algo corrido del temor que le apartó de la ventana Perdona, querida, mi precipitación atolondrada; pero reconocería esa arma mortífera en cualquier parte del mundo. Yo he visto lanzarla a cien metros como una flecha y estoy seguro de que vigilan la ventana.

De la misma Celia se había apoderado una palidez cadavérica, al ver el lobo muerto y la jabalina que lo atravesaba de parte a parte, y recogiendo un dibujo de la mesa lo puso en manos de Felipe.

—¿De modo —dijo él sonriendo y procurando que su voz sonase fuerte y serena— que te buscan a ti? Y, ¡diablos!, que ponen saña en su persecución, porque nunca oí decir que se aventurasen en sus correrías tan al Sur. Mucho interés deben tener en apoderarse de ti. ¿Por qué será eso?

Hablaba con calma, satisfecho al descubrir que inspiraba serenidad a Celia, la cual escuchaba atentamente sin quitar la vista de sus labios. Se comprendía su disposición de ánimo; si a no se asustaba, ella tampoco se mostraría cobarde; sus ojos estaban confesando toda la confianza que ponía en él, y eran tan bellos en su mirar, que el hombre cogió aquella cabecita entre sus manos, riendo de dulce contento, sin dejar de temer a cada instante el estropicio de los cristales rotos por una jabalina.

—¡Cuánto me gusta ver esa mirada en tus ojos! —prosiguió—. Casi estoy contento de que no me entiendas, porque no te podría engañar cien veces seguidas. Ahora comprendo todo el significado de tus dibujos, ahora que los dos nos hallamos en un infierno sin salida. Los esquimales os han seguido, a ti y a Bram, desde el Norte y me jugaría una oreja a que éste no vuelve de su caza.

Si fuesen *nanamalutes* u otra tribu, no lo aseguraría; pero son *kogmollocks*, más astutos en sus emboscadas que los mismos salvajes filipinos, y o yo no entiendo nada, o Bram está a estas horas atravesado por una jabalina.

Apartó sus manos de la cara de la joven, que había recobrado su color, sin dejar de sonreír mientras hablaba. De pronto Celia inició un movimiento hacia la ventana, y en el instante mismo que él la retenía, les llegó un alboroto de mil demonios,

producido por los lobos en el corral. Felipe persuadió a su compañera a quedarse junto a la mesa, y se acercó a mirar. Toda la manada se había aglomerado junto a la puerta de la cerca, y dos o tres lobos parecían enloquecidos dando brincos contra la empalizada, con ganas de escapar. Entre la cabaña y la puerta yacía otro lobo sobre la nieve. Felipe formuló in mente una conclusión: Los esquimales habían preparado a Bram una emboscada y creían sola a la muchacha en la casa; pero inspirándoles los lobos del loco un temor supersticioso, los iban matando uno a uno por detrás de la cerca.

De pronto vio aparecer sobre los troncos de la valla una cabeza y unos hombros y, como un rayo, brilló en el aire una jabalina que se perdió en lo compacto de la manada. Simultáneamente desaparecieron arma y cabeza, y en aquel momento Felipe se volvió al oír un grito ahogado a su espalda. Celia estaba allí y lo que había visto la llenaba de coraje. Con gran sorpresa por parte de Felipe la vio respirar anhelante, con las mejillas encarnadas y encendidos los ojos, mientras lo asía del brazo con una mano hasta hincarle las uñas en la carne. Se la quedó mirando un momento, mudo de extrañeza por aquel cambio. Parecía dispuesta a la pelea, a ofrecer su ayuda en un pacto tácito contra sus enemigos. Luego lo dejó para correr a su cuarto y salir inmediatamente empuñando un revólver minúsculo.

Era un juguete de niña, del calibre 22 y bueno para herir a una perdiz a quince o veinte pasos, que en otras circunstancias le hubiera divertido mucho. Pero no eran aquellos momentos de risa, sino de graves apuros, y aquella arma no resultaría del todo inútil contra las jabalinas. Al menos alcanzaría más allá de la empalizada y hasta tumbaría a un hombre según dónde le diese. En ultimo caso, haría ruido.

¡Ruido! Lleno de satisfacción, miró a Celia por si descubría en ella la idea que acababa de cruzarle por la cabeza, y la viva agitación que iluminaba su hermoso rostro no sólo le decía que coincidía, sino que por eso le entregaba el revólver. En ausencia de Bram, los esquimales la suponían sola y que, una vez quitado el estorbo de los lobos, la joven caería fácilmente en sus manos. Dos o tres tiros y la aparición de Felipe en el corral les haría perder la confianza, advirtiéndoles que Celia no estaba sola y que su protector era temible. Felipe dio gracias al Señor de que el juguete tuviera un disparo tan ruidoso, aunque su bala no hiciese más daño que la picadura de un mosquito.

Se asomó a la ventana con precaución. La última jabalina había atravesado a otro lobo, que se arrastraba hacia el centro del corral. Los otros siete se habían corrido a otro lado, lejos de la puerta, donde aullaban y saltaban para ganar la empalizada. Felipe dedujo que el próximo arpón se arrojaría por allí y se lanzó a la puerta. Celia lo seguía a un paso de distancia fuera de la cabaña, apretándose contra la pared, mientras Felipe se acercaba a la esquina para atisbar.

—¡Cuidado! ¡Que no te vean! —le hizo él comprender—. Si me ven a mí solo, podrán creer que tú no estás aquí. No deben de ser muchos, porque ya habrían exterminado a los lobos. Pero...

—¡Ss! ¡Ss! —siseó Celia advirtiéndole.

Una cabeza negra iba apareciendo sobre los leños. Felipe se adelantó y esperó, conteniendo el aliento, a que el esquimal blandiese la jabalina. Entonces lanzó un grito formidable que pareció romperle el pecho, disparó el arma y el esquimal cayó de la empalizada como una bola golpeada por un mazo. Los lobos, enfurecidos por su impotente lucha, se volvieron con la rapidez del rayo.

Aconsejado por la experiencia, Felipe se había precipitado a la puerta y, empujando a Celia, ganó la cabaña, que cerró dando a los lobos en los hocicos.

—¡Vaya una lucha que se nos presenta! —rió él, manteniendo aún el brazo ceñido al talle de la muchacha—. Si al menos esos brutos de lobos comprendiesen que somos hermanitos de Bram, esto se convertiría en un circo. ¿Has visto cómo ha saltado aquél la empalizada? No creo que le haya dado y hasta, lo deseo. Si descubren la picadura que causa esta arma, se nos echarán todos encima, riéndose de nosotros. ¡Pero qué ruido mete!

Y Felipe aprovechó el momento de turbación en que la ponía el peligro para retenerla enlazada en su brazo comiéndosela con los ojos mientras le hablaba. Era un momento de espléndida hipocresía. Agitada, haciendo esfuerzos enormes para entender algo de lo que le decía la joven ni se percataba del abrazo del hombre, cuya sangre se enardecía ante aquella gozosa ventaja.

—Presiento el peligro de nuestra situación —dijo con acento que pudiera impresionarla—. Soy capaz de luchar a brazo partido con veinte de esos demonios por saber los sentimientos que te dominarán cuando nos veamos libres de todo enemigo, y lucharía solo contra diez por saber quién es ese del dibujo. Me dan tentaciones de alzarte en mis brazos y darte a conocer lo que siento, llenándote de besos. Ahora mismo lo haría sin esperar a lo que pueda sobrevenir. Pero, ¿me comprenderías? ¿Comprenderías que te amo con todas mis potencias y facultades o me considerarías un bruto que abusa de la situación? Esto es lo que me da miedo, aunque me gustaría que supieses lo que siento antes de que se presente la lucha final y decisiva, que se acerca ya, si han matado a Bram. Esta noche seguramente derribarán la puerta o la incendiarán, y muertos los lobos, asaltarán la cabaña. Y entonces...

Lentamente dejó suelto el talle de la muchacha, reflejándose en su rostro la reacción de sus pensamientos.

—Estoy aprovechándome de los derechos de ese otro —dijo acercándose a la ventana en el caso de que le pertenezcas. ¿Y si no, por qué lo abrazarías tan dulcemente mientras él te levanta?

Recogió el papel que había estrujado y tirado al suelo poco antes y lo alisó en sus manos, mientras atisbaba el corral. Los lobos habían vuelto a la empalizada y, al verlos diseminados, dedujo la retirada de sus enemigos.

Celia contemplaba a Felipe, sin moverse, y cuándo el hombre volvió a su lado descubrió en sus ojos una mirada ansiosa e interrogante. Diríase que había

sorprendido en él algo hasta entonces no observado, algo que no acababa de comprender exactamente. Por vez primera se encontró Felipe en situación embarazosa ante la mirada de la mujer. ¿Habría entendido alguna de sus palabras o adivinado alguno de sus pensamientos? No podía creerlo, pero la intuición de una mujer llega a tanto...

Le tendió el dibujo, que ella cogió y estuvo mirando un rato sin alzar los ojos, y cuando por fin los apartó del papel para buscar los suyos, vio Felipe asomarse a ellos un alma tan pura y diáfana, que a pesar de avergonzarse de su reciente hipocresía, se sintió sumergido en las delicias de aquella mirada. Celia había adivinado.

—*Min fader* —pronunció dulcemente, con la punta del índice en la figura que representaba al hombre—. *Min fader*.

Felipe creyó que hablaba en inglés.

—*Your... father*^[11]?

Ella asintió con la cabeza.

—*Oo-ee, min fader!*

—¡Alabado sea Dios! —suspiró Felipe. Inmediatamente añadió—: Celia, ¿tienes más cartuchos para esta escopeta? Me siento con ánimos de hacer frente al mundo entero.

Capítulo XIV

En alas de la tormenta

FELIPE trataba de ocultar su exaltado júbilo hablando de cartuchos, aunque en realidad olvidóse de Bram, de los esquimales que cercaban la casa y de la situación desesperada. ¡Su padre! De buena gana se hubiera puesto a bailar arrastrando a Celia en su arrebatada alegría; pero el cambio observado en la muchacha le aconsejaba prudencia; temía ver la luz celestial que brillaba en aquellos preciosos ojos de amatista enturbiada por una sospecha, quizás por un temor, si él se propasara. El gozo que le causó la revelación de que aquel hombre era su padre no pasó inadvertido para la muchacha; pero si su alegría lo traicionó, tampoco hubiera podido mostrarse triste en el momento en que dos seres nacidos en tan apartadas tierras llegaban a entenderse mutuamente sin necesidad de un lenguaje común. ¿Acaso no produce esto una emoción inefable? He aquí que mientras dirigía la palabra, en la absoluta confianza de no ser comprendido, ella le estaba leyendo el pensamiento en el semblante, y él entonces se le ponía a hablar de cartuchos como un atolondrado imbécil.

Pero no había más cartuchos que los cuatro que quedaban en la recámara. Ella se lo hizo comprender y, a decir verdad, no lo sintió mucho Felipe, convencido de que una estaca era preferible a un arma tan inocente. En caso de ataque, un garrote infundiría más respeto a los esquimales. Empezó a mirar por la cabaña en busca de algo a que echar mano, y de la tarima que servía de lecho a Bram arrancó una rama de abeto, tierna, de cuatro pies, recia como el puño en un extremo, y de fácil manejo.

—Ahora, que vengan —dijo blandiendo el garrote sobre su cabeza en el centro de la habitación—. Como no nos achicharren dentro, no pasarán la puerta. Con la ayuda de Dios, te prometo, Celia, que no te han de tocar.

Celia lo miró, encendida de alegría. Su compañero disponíase a luchar y casi estaba deseando que atacasen la puerta. Actitud tan denodada le inspiró una absoluta confianza que la hizo reír con una risita dulce, nerviosa e irrefrenable. Felipe se volvió a mirarla y sintió el pecho inundado de una satisfacción tan embriagadora, al verla más hermosa e inteligente que nunca, que dejó caer el garrote para tenderle la mano, diciendo:

—Celia, choquémosla. Estoy encantado de que pretendas que seamos buenos amigos. Ella le ofreció la mano, y en el apretón que se dieron, aun sintiéndose acechados por la muerte, cruzaron una sonrisa de felicidad.

Felipe cayó entonces en la cuenta de que aun no había mirado la grave situación con la frialdad propia de quien llevaba su uniforme. Celia tenía la culpa de aquella distracción; se lo confesaba a sí mismo, satisfecho. Ella le había atraído, ella llenaba su pensamiento y toda su vida, y por ella estaban los dos, arrojando aquella aventura tan peligrosa. Si, atendiendo a su deber profesional y a su primer propósito, se hubiera apoderado de Bram Johnson cuando lo tuvo a su alcance, el resultado hubiese sido muy diferente.

Retirada Celia a su cuarto, Felipe estuvo observando desde la ventana los movimientos de los lobos por el corral. Ahora veía sus mejores amigos en las bestias de Bram, que poco antes pensaba cómo exterminar. Quedaban siete. Felipe confiaba que avisarían cuando los esquimales se acercasen a la empalizada. ¿Pero volverían? Sólo uno había tirado contra los lobos, señal evidente de que no eran muchos, quizá sólo tres o cuatro. Si hubieran sido muchos, en un momento hubiesen acabado con los lobos. Supuso, como si lo viera, que Bram cayó víctima de una sola jabalina y que la patrulla de *kogmollocks* intentó completar el triunfo apoderándose de Celia y llevándola ante el destacamento general; pero habiendo fracasado en su intento por la resistencia que les opuso un inesperado enemigo, volvían en busca de refuerzos.

Si fuese así, no más quedaba una esperanza: huir inmediatamente de la cabaña. ¡Pero entre ésta y la libertad de la selva estaban los siete lobos de Bram!

Con una mueca de disgusto, casi de cólera, sacó del bolsillo la diminuta arma de Celia y la miró en la palma de su mano. ¿De qué servían los cuatro proyectiles que quedaban contra las siete fieras, si no les harían las balas más daño que cuescos de almeza disparados por cerbatana? ¿Y qué podría contra ellos su garrote? Contra dos o tres aún se atrevería, pero contra siete...

En su fuero interno maldecía a Bram, deseando al propio tiempo que no hubiera sido víctima de los esquimales. ¿Acaso era descabellado suponer que los *kogmollocks*, viéndole alejarse, habían aprovechado la oportunidad para asaltar la cabaña, creyendo que sería empresa hacedera? Admitiendo como la más lógica esta conjetura, el corazón de Felipe empezó a latir con violencia al ver lo que sucedía fuera. Las tinieblas se precipitaban sobre la tierra, el cielo se iba aplanando por su misma pesadez. Media hora más tarde se desencadenaría la tormenta prevista por los esquimales. Ellos sabían que las huellas dejadas en la lucha desaparecerían a los ojos de Bram y al olfato de los lobos cuando le hubieran arrebatado a Celia. Por eso elegían aquella ocasión, antes que Bram regresase.

¿Pero qué diablos querían de Celia aquellos enanos salvajes del Norte? La riña que había dibujado la muchacha no le daba la clave; pero sabía que sus maldades daban mucho que hablar hacía tiempo. Un año antes habían asesinado en las costas del océano Ártico a doce blancos, entre los que se contaban dos exploradores

americanos y un misionero. Tres expediciones habían salido desde agosto hacia el golfo de la Coronación y el canal de Bathurst, y él mismo estuvo a punto de incorporarse a la primera de ellas, mandada por el sueco Olaf Anderson. Poco antes de salir de Churchill para hundirse en la estepa, empezó a correr el rumor de que Olaf y sus cinco hombres habían sido aniquilados; no era, pues, de admirar que los esquimales hubieran atacado al padre de Celia y a todos los que con él desembarcaran. El placer que encontraban en el derramamiento de sangre de blanco, y en el pillaje, a que se entregaban con delirio, explicaba que trataran a los extranjeros como víctimas propiciatorias; pero lo que no se explicaba era el encono en perseguir a la muchacha, que les arrastraba muy lejos de sus límites naturales. Felipe los conocía bien para suponerles dotados de la ardiente pasión de un blanco. Para ellos las uniones matrimoniales eran, más que un goce de la vida, una necesidad impuesta por la naturaleza, y era increíble que una mujer, ni aun de la belleza de Celia, hubiese despertado entre ellos el deseo de la posesión.

El cariz que tomaba la tormenta lo distrajo de sus preocupaciones. La rapidez con que se desplegaba el negro tendal bajo la luz turbia del día, envolviéndolo todo en densa obscuridad, lo dejó entre amedrentado y embelesado, y estuvo a punto de llamar a Celia para enseñarle aquel fenómeno. La tempestad se fraguaba en la inmensa planicie y se precipitaba hacia el Norte en una calma y en un silencio opresivos. Las copas de los abetos parecían fantasmas paralizados por el espanto; en el corral pasaban los lobos como sombras de condenados. Felipe no oyó que Celia se acercaba ni la vio hasta que la tuvo al lado. En aquel mar de negrura que inundaba la tierra flotaba una sensación de angustioso terror que les acercaba en aquel momento, y, sin decir palabra, Felipe se apoderó de una mano de la joven y la retuvo en la suya, les llegó entonces un sordo rumor salido del silencio inmenso de la inmovilidad de todo, que parecía rodar a una distancia incalculable, pero tan grande, que llenaba todo el universo y crecía por momentos, hasta convertirse en un coro de voces salmodianes, en un mugido cavernoso, en una infernal gritería de lamentos, gemidos y llanto, como si todas las aflicciones y dolores corrieran delirantes sobre la faz de la tierra... y la primera ráfaga chocó contra la cabaña, sacudiéndola con ímpetu en sus fundamentos. En ninguna parte adquieren las tempestades la violencia que presentan en la Gran Estepa; en ninguna parte se acompañan de aquel tumulto de voces espantosas. Bien lo sabía Felipe, que había experimentado el horroroso efecto de mil criaturas llorando bajo los densos nubarrones que ruedan como monstruos hasta el suelo y el de un ejército de locos escondido en las tinieblas insondables, que ríen y chillan hasta desgañitarse: tempestad negra, ceñuda, penetrada de clamores de hombres y estridentes chillidos de mujeres desesperadas. Aquello había enloquecido a muchos. Durante la noche interminable del invierno, en que desaparece el sol por cinco meses, hasta los esquimales de pequeña talla y rostro bruno pierden la cabeza y se aniquilan entre sí, tocados de la locura de estas tormentas.

Tembló la cabaña al embate del viento. Celia ahogó na exclamación de miedo en la garganta. Tan densa la oscuridad, que Felipe ya no veía de la mujer más que la pálida sombra de su rostro destacándose en la negrura, aunque sentía el temblor de su cuerpo amparándose en su fortaleza de varón. ¿Era posible que no más se conociesen de un día? ¿No hacía mucho tiempo que se le había ofrecido ella en cuerpo y alma, haciéndose parte de él? Felipe abrió sus brazos. Desfallecida, trémula, incapaz de resistir, se refugió en ellos entre la densa oscuridad. El alma de Felipe dejóse arrebatado en alas de la tormenta. La estrechó contra su corazón y le dijo:

—Nada temas, querida; nada, nada.

Era sencillo decir esto y sólo esto, y lo repitió estrechándola con más fuerza cada vez, hasta que sintió latir contra el suyo el corazón de Celia.

—Nada temas; nada, nada...

Inclinó la cabeza y, como ella tuviera la cara levantada hacia él, se estremeció al sentir el dulce y cálido contacto de sus labios. La besó sin que ella hiciese el menor movimiento de protesta. En las tinieblas le vio el incendio ruboroso de su cara.

—Nada temas; nada, nada... —repitió, casi llorando de felicidad.

Una ráfaga sacudió la cabaña como a un árbol tierno y en aquel momento sonó afuera un grito penetrante como Felipe no había oído nunca, y como eco de aquel grito, dominando el tumulto de la tempestad, se oyó el aullido de los lobos de Bram Johnson.

Capítulo XV

La conflagración

DURANTE un buen rato, Felipe creyó que el grito era de Bram, que volvía con sus lobos huyendo de la tormenta. Sin romper el abrazo, los dos aguardaron, conteniendo la respiración, a que se repitiera el grito o golpearan la puerta y en el apretado silencio que siguió por un raro fenómeno de aquella tempestad, sólo llegaba el latido de sus corazones. El de Celia batía su pecho como un martillo, y Felipe, juntando rostro con rostro, se echó a reír de aquel espanto.

—Ha sido el viento, querida —le dijo ¡Jamás he visto una cosa igual, jamás! Hasta a los lobos les ha entrado el pánico. ¡Y tú, qué asustada estás, corazón mío! ¿Vamos a encender las velas de Bram?

Fueron a tientas, cogidos de la mano, adonde Bram guardaba las candelas de grasa de oso que él mismo se fabricaba. Celia tomó dos, que Felipe encendió, y una luz amarillenta alumbró tan divina expresión en el rostro y en los ojos de la muchacha, que Felipe, que permanecía en la penumbra, estuvo tentado de volverla a estrechar en sus brazos con candelas y todo, mientras iba ella a dejarlas sobre la mesa. Él siguió encendiendo luces hasta que chisporrotearon media docena iluminando toda la estancia. Era un derroche inútil, pero bien había de celebrar su alegría con luminarias y mostrarse pródigo en algo. Cuando tuvo colocadas a su gusto las luces y se volvió a Celia, viola junto a la mesa mirándole tan tranquila, tan serena y tan admirablemente confiada, que dió gracias a Dios con toda su alma por no haberla besado mas que una vez... ¡sólo una vez! ¡Oh, qué dulce emoción, que ella se supiese amada! Era indudable que lo sabía, y sólo al pensar en lo que hubiera podido hacer prevaliéndose de la oscuridad y del desamparo de la joven, le repugnaba. Ahora podía mirarla cara a cara, sin avergonzarse, contento de su caballerosidad. Tampoco ella sentía vergüenza, aunque estaba un poco encendida de rubor. Entrambos coincidían en un mismo pensamiento, y los ojos femeninos y el leve temblor de una sonrisa en los gustados labios le mostraban la alegría de su alma. Su abundosa cabellera le caía por el pecho como un prodigioso aderezo, flameante a la luz de las candelas. ¡Cómo la hubiera estrechado en un abrazo! ¡Cómo la hubiera besado en la

boca y en los ojos! Pero no; se acercó a ella y, cogiendo una mata de aquella seda, se la llevó a los labios con graciosa gentileza.

—¡Te amo! —pronunció quedamente—. ¡Te amo!

Y permaneció un momento inclinado, gozando la caricia voluptuosa de aquel tesoro, como quien aguarda en rendido acatamiento una bendición. Luego ella habló con voz trémula y, antes de que él pudiera leerle el pensamiento con los ojos, se volvió a la pared, cogió el capote de uniforme y lo colgó de modo que tapase ventana.

Hecho esto, le miró con expresión radiante de alegría y señaló a las luces.

—No hay miedo —le dijo él, comprendiendo—. Mientras dure la tormenta no son de temer las jabalinas. ¡Oye!

Los lobos aullaban en el corral, y sus aullidos fueron apagados por una ráfaga violenta que empujó la cabaña como lo hubiera hecho la mano de un titán. De nuevo se levantó aquella gritería infernal de todos los demonios amotinados, que impresionó enormemente a Celia, a pesar de su ánimo esforzado y valeroso. Felipe volvió a sacar el atlas, movido de súbita inspiración, y lo abrió por el mapa del Canadá, que era el más grande de todos.

—Vas a ver por qué ruge el viento así. Mira: aquí está la cabaña —dijo, haciendo un punto con el lápiz de Celia y trazando un círculo en el aire que comprendía las cuatro paredes de la casa, para que la muchacha entendiese—. Y aquí tenemos la inmensa estepa —continuó señalando en el mapa con el lápiz—. Aquí arriba, ¿ves?, está el océano Ártico, el Roes Welcome y la bahía de Hudson. Aquí se fraguan las tempestades que se lanzan a la planicie sin hallar en quinientas millas ningún obstáculo.

Le explicó el fenómeno de las corrientes atmosféricas que arrastran las nubes en sentidos contrarios, las acumulan y las abaten hasta el suelo. Durante un rato estuvo hablando sin mirar a Celia, en cuyo rostro se dibujaba un interés distraído de lo que Felipe decía, sin apartar la vista del punto señalado como lugar que ocupaba la cabaña. ¡Conque ahí estaba ella! Por vez primera se situaba y empezaba a tener una idea de la ruta que allí la condujo desde el azul del océano Glacial. El cartógrafo había trazado claramente el curso del *Coppermine*^[12]. De pronto, con una leve exclamación, interrumpió las profusas explicaciones de Felipe sobre el origen de los ruidos tempestuosos y, cogiéndole de un brazo, le indicó con el dedo el río.

—¡Aquí... aquí es! —le dijo, con tanta claridad como si le hablase en su propia lengua—. Aquí desembarcamos. La *skunnert* fondeó en la desembocadura del Coppermine, y luego fuimos subiendo, subiendo... —Y la yema del dedo se deslizaba poco a poco río arriba.

Él repitió el nombre:

—El Coppermine.

Asintió ella con voz entrecortada de creciente agitación. Era de admirar lo bien que se daba a entender. Felipe comprendió perfectamente que donde ella puso una cruz tuvieron el primer encuentro con los pérfidos *kogmollocks*. Con el lápiz

describió Celia el combate que se entabló, y luego el punto donde volvieron a encontrarse y combatir por segunda vez. Allí se había presentado Bram, llevándosela, y allí había quedado su *father*. Esto era lo que más le interesaba que comprendiese Felipe. ¡Su padre! Seguramente lo creía aún vivo, a juzgar por la excitación que la dominaba al hablar de él, pues, de otra manera, se hubiese mostrado triste y dolorida. Una onda de ardorosa emoción inundó el pecho de Felipe al no poder compartir su creencia. Pero le parecía imposible que viviera su padre. Los negrillos esquimales no sólo lo habrían matado; sino descuartizado, según su feroz costumbre. Aun con amigos armados era inconcebible que se hubiera librado de la muerte. Si Olaf Anderson y sus compañeros habían sucumbido, a pesar de ser todos hombres bragados, ¿cómo podía esperarse otra suerte del padre de Celia?

El gozo que reveló la muchacha al verse comprendida añadió amargura a la incertidumbre que empezaba a torturar a Felipe después de un día tan dichoso. La veía confiada en él como una niña, sin miedo a Bram, ni a los lobos, ni a la tormenta, ni a sus misteriosos enemigos del Norte. Se le había entregado por entero en aquel abrazo amoroso. Mas la dicha inefable que todo esto le causaba se enturbiaba con la seguridad que ella a de que él había de acompañarla, si escapaban de ram y de los esquimales, en busca de su padre, a lo largo del Coppermine. Los planes que tenía Felipe para la huida ya ofrecían bastantes peligros. Sólo les quedaba el recurso de atravesar la estepa y seguir por la franja del bosque hasta la cabaña de Pedro Breault. Tomar la dirección opuesta, encaminarse al Norte sin perros y trineo, era suicidarse.

Varias veces estuvo a punto de desengañarla sobre la suerte de su padre, a quien él daba por muerto sin la menor duda; pero el convencimiento de Celia no sólo lo embarazaba, sino que acabó por intrigarle. ¿Y si los esquimales tenían alguna razón para no matar a Pablo Armin, y Celia lo sabía? Mas todos los esfuerzos que realizó para descubrirlo, preguntándole de mil maneras por qué la deseaban los esquimales, resultaron inútiles; siempre le respondía ella con un gesto de impotencia, significándole su ignorancia. Nada más pudo Felipe sacar en limpio que Pablo Armin estaba en compañía de dos hombres blancos.

Sólo el reloj de bolsillo podía decirle si era de noche, y a las siete acompañó a Celia a su cuarto y la persuadió a que se acostase. Durante una hora estuvo él escuchando detrás de la puerta, hasta que la creyó dormida, y entonces se apresuró a poner en práctica la arriesgada operación que tenía trazada de antemano. Se puso el capote y el sombrero, y, empuñando el garrote que cogiera de la tarima de Bram, se acercó a la puerta del corral y la abrió con toda precaución. Un momento después se hallaba fuera, con la puerta cerrada a su espalda y azotándole el rostro la tempestad.

A ocho metros no hubiera oído la voz de un hombre que gritase, pero se quedó escuchando con todos los nervios en tensión y apretando su puño en el mango de la estaca. Era el momento solemne, de intensa angustia, de quien se prepara a saltar una sima sin ver claro el lado opuesto. En el corto recinto, no sabía dónde, estaban los lobos de Bram. ¡Dios quisiera que no se calmase durante los cinco minutos siguientes

la tormenta! Sólo por ella confiaba evitar la terrible acometida de las fieras, que no podían verlo, ni oírlo, ni husmearlo con aquel torbellino preñado de ruidos, mientras no se los tropezase en el trecho que había de caminar hasta la puerta de la empalizada. Un año de vida hubiese dado en aquel momento por saber de fijo dónde estaban. Casi sin respirar, para recoger el menor ruido de los lobos entre los confusos rugidos de la tormenta, dio el primer paso en el abismo de las tinieblas. Lejos de precipitarse atolondradamente, avanzó con la misma cautela que si hiciese una noche de silenciosa calma, con el garrote alzado, presto a descargarlo contra el primer bulto que se le acercase. Había medido bien la distancia, y, cuando alcanzó la estacada, comprendió que no estaba lejos de la puerta. La encontró diez pasos a la derecha y el corazón le dio un salto de alivio. La abrió fácilmente y la aseguró contra los embates del viento apuntalándola con la estaca.

Volvió a la cabaña empuñando el diminuto revólver. Cuando abrió la puerta, la macilenta luz de la candela alumbró su rostro, duro, feroz. En el centro de la pieza estaba Celia, tan pálida como él mismo, presa sin duda de un terror inmenso, como lo indicaba su indiferencia por presentarse en camisa y en actitud de estatua, con las manos unidas en la garganta y los ojos fijos en él, en muda interrogación. Él explicó lo hecho abriendo un poco la puerta y señalando con un ademán a la de afuera.

—En cuanto apunte el día se escaparán los lobos —dijo con aire de triunfo Les he abierto el paso. Ya nada se opondrá a nuestra marcha.

Ella comprendió, Separó las manos de la garganta, lanzando un suspiro, que se rompió en ligera exclamación, y se le acercó mirándole con ojos de cielo. Felipe temblaba de miedo de sí mismo al cogerle un brazo desnudo para llevarla hasta la puerta del dormitorio. Allí se detuvieron y ella alzó sus ojos para mirarle a la cara, mientras con un leve movimiento ponía en libertad su brazo para apoyar la mano en su hombro y murmurar algo que llenó de orgullo y de felicidad al joven, por la fe y la alegría que expresaba la mirada. Éste lentamente se inclinó sobre ella para darle tiempo de retirarse y la besó en los labios. La hermosa muchacha lanzó una exclamación leve como el pío de una avecilla y se hundió en la oscuridad de su aposento.

Gran parte de la noche rugió la tormenta sobre Felipe sin que él la oyera. Se acostó muy tarde, y antes de apagar la última vela, alimentó la estufa de Bram con buena cantidad de leña. Más de una hora le costó aún conciliar el sueño, pensando en Celia y en la inmensa felicidad conquistada en día. Por fin se durmió en un sueño agitado, lleno de visiones que se movían en su imaginación calenturienta. Había amainado el viento, mas ahora rompía contra la cabaña en creciente furia. Un puño parecía golpear los cristales de la ventana intentando quebrarlos. Un soplo huracanado penetró por la chimenea y abrió con violencia la puerta de la estufa, y un tronco encendido perdiendo apoyo, cayó al suelo y lució como un cuchillo de fuego en la densa oscuridad de la cabaña. Y todo esto se mezclaba confusamente a los sueños de Felipe, y en todos intervenía la muchacha, no ya como tal muchacha; sino

como su esposa, particularidad tan rara como la ausencia en ellos de troncos y de nieve. Estaba en su casa y Celia con él. Les había sorprendido la tormenta recogiendo flores silvestres y se habían refugiado en un pajar que se alzaba en mitad del campo. Celia temblaba, apretándose contra su pecho, y él acariciaba la seda de sus cabellos, mientras retumbaba el trueno sobre sus cabezas y los relámpagos amedrentaban a la amada, Luego, a principio de otoño, tostaban maíz con otros amigos. Él poseía un olfato muy sensible y no podía resistir el humo. Empezó a estornudar y a decir pestes contra el fuego, mientras Celia reía y el humo le perseguía a todas partes como un rapaz caprichoso, empeñado en atormentarle. Aquella noche el humo se mostraba terco como nunca y le perseguía con saña, hasta que la chica dejó de reír y, corriendo a sus brazos, le tapó los ojos con sus manitas. Felipe se agitó de veras en la tarima y hundió el rostro en la frazada que le servía de cabezal, y allí le alcanzó el humo, haciéndole toser en fuertes sacudidas, En aquel momento desapareció la imagen de Celia. Felipe dio un estornudo y... despertó.

Sus sentidos le advirtieron inmediatamente la realidad. El humo que llenaba el ámbito le cegaba, pero de vez en cuando atravesaba la niebla el fulgor de una lengua de fuego que se retorció hasta el techo y le llegaba claro el siniestro crepitar de las vigas devoradas por las llamas. De un brinco se levantó, algo aturdido; pero con la viva idea de que no había que perder un segundo, corrió a tientas al cuarto de Celia llamándola por su nombre. La halló despierta, asustada ante el fulgor horripilante de las llamas, y antes que la infeliz se diera cuenta de lo sucedido, la envolvió en una pesada piel de oso y, cogiéndola en brazos, se la llevó a través de la primera pieza, que ardía como una yesca. Veinte hombres no hubiesen podido dominar el fuego. Afortunadamente la dirección del viento lo apartaba de la puerta, pero ya en el dintel silbaba y humeaba la resina, mientras Felipe buscaba a tientas la cerradura.

Un momento después salía a la noche con su carga, mientras el viento, penetrando por la puerta, atizaba el fuego hasta convertir en poco tiempo la cabaña en una antorcha encendida. Felipe atravesó la puerta de la empalizada, alumbrado por el vivo resplandor de las llamas. Hasta que llegó a la entrada del bosque no se volvió a mirar. Rugía el viento entre las ramas de los abetos y, en el fragor de la tempestad, sobresalía el chisporroteo de la inmensa hoguera. Un sollozo le llegó de su pecho, contra el que oprimió aún más a la muchacha, besándola como para librarse del terror que se iba apoderando de él mismo. Dos brazos se levantaron de entre la piel de oso y se le ciñeron al cuello amorosamente, pero ni esto le alivió de la opresión que llenaba su alma de desesperanza más negra que la misma noche. La cabaña era un montón de ascuas y allí quedaba cuanto hubiera hecho posible su existencia. Alimento, abrigo, ropa... todo estaba perdido. En aquel momento, Felipe sólo pensaba en la joven, a quien había estrechado en un abrazo ardiente y cariñoso, prestándole su fortaleza en el horror de la tenebrosa tormenta, prometiéndole lo que no era verdad: que a su lado estaba segura, que nada había que temer. Sentía contra su cuerpo toda la dulzura de aquella carne blanda y palpitante, y le inspiraba un horror indecible saberla sin más

abrigo que una piel de oso. Momentos antes había tocado la frialdad de un pie desnudo.

Y, no obstante, decía y repetía entre beso y beso:

—Todo va bien, dulzura de mi alma. ¡Ya saldremos adelante... no temas!

Capítulo XVI

Esperando la aurora

PASADOS los primeros momentos de desconcierto, Felipe pensó en salvar algo del fuego. Hincó una rodilla en la nieve y, abrigando a la muchacha lo mejor que pudo en la piel de oso, la dejó recostada en el tronco de un árbol. Dando gracias a Dios de que la piel fuera una de las más grandes que había visto, de modo que la tapaba completamente, volvió al corral de la cabaña. Ya no eran de temer los lobos, pues aunque no hubiesen huido a la selva, no le atacarían ante aquel infierno de llantas, porque nada los amedrenta como el fuego. Pensó en los esquimales, que, por el contrario, podían ser atraídos por el resplandor de la hoguera, pero tenía que arrostrar este peligro como algo irremediable. Para estar mejor prevenido contra cualquier contingencia, se había acostado sin desnudarse, mas huyó sin capote ni sombrero. ¡Pero, Celia!... Lanzó un rugido de angustia ante la línea mortífera del horno inflamado que le cerraba el paso y, con las manos crispadas, maldijo su imprudencia, que arrastraba a la muchacha a una situación cien veces más peligrosa que la creada por los esquimales y por los lobos de Bram. Él solo era culpable. Él había provocado el fuego amontonando leños en la estufa, y luego, en la huida, le faltó serenidad para coger algo más que la piel de oso.

Inmóvil, ante las llamas devoradoras, como la estatua de la desesperación, sentía prendérsele en lo íntimo otro fuego que le consumía las entrañas. Encerrados en la cárcel de Bram, con sus lobos por guardianes, aún les quedaba abrigo, ropas y alimentos, un medio de vida, una posibilidad de lucha. Mas ahora...

Se llevó las manos a la cabeza, descubierta. El viento se había calmado y la nieve caía en más abundancia, prometiendo un descenso de temperatura. El termómetro no señalaría menos de veinte grados bajo cero y, si volvía a soplar el viento, estaba seguro de quedarse con las orejas heladas en menos de una hora. Pensó en los gruesos calcetines alemanes que llevaba, uno de los cuales le serviría de gorro. En su cerebro se revolvían mil ideas inspiradas por la apremiante necesidad de afrontar la situación de un modo u otro, procurando salvar a la muchacha, cuya vida dependía absolutamente de él. Sin su ayuda no podría la desgraciada moverse del árbol ni dar un paso sin hundir en la nieve sus desnudos pies, Si a él le sucedía algo, ella moriría

sin remedio. El estado indefenso de la muchacha le llevaba a una exaltación de ánimo; la idea de que era enteramente suya le disipó por un momento todo temor. Celia significaba algo más que la mujer amada: una niña que había de conducir en brazos, que había de proteger contra la intemperie, mientras corriese por sus venas una gota de sangre. Él le haría de madre hasta que la muerte los sorprendiera a los dos o un milagro los salvase. Entre uno y otro ya, no se interponía el menor obstáculo. No importaba que sólo se conociesen de un día: el mundo había cambiado, la vida era otra, había transcurrido un largo tiempo. Ella le pertenecía por entero como las estrellas al cielo, y en sus brazos encontraría la vida o la muerte.

Estaba dispuesto a la lucha. En la gran hoguera se consumía el miedo, arrojado por él como algo dañino, mientras volvía a la entrada de la selva. Hasta entonces no pensó en la otra cabaña, junto a la cual pasó con Bram al salir de la estepa, y su corazón dio un salto de esperanza que casi le arrancó un grito. ¡Allí estaba la salvación! La cabaña no distaría más de ocho o diez millas y estaba seguro de encontrarla.

Corrió dentro de la zona alumbrada por las llamas que subían del techo. Si los esquimales no estaban lejos, seguramente les llegaría la roja claridad que se reflejaba en las nubes, y esto significaría un peligro mortal. Al pasar entre los primeros árboles se volvió a mirar. Maquinalmente subió la mano y palpó a la altura del bolsillo donde traía siempre la caja de fósforos, y se estremeció de horror pensando en el cúmulo de peligros mortales que le cercaban. Su capote estaba en aquel infierno de resina crepitante, y en el capote había dejado las cerillas.

¡Fuego! Allí lo tenía en abundancia, si quería calentarse; en medio del claro se alzaba, poderoso, con un fragor de chasquidos que parecían burlarse de quien sentía necesidad de fósforos para encender una fogata. Podía aprovechar las brasas, mientras los esquimales, el hambre o la nieve no pusiesen fin a todo. Era inútil todo esfuerzo que no se dirigiese a encontrar la otra cabaña lo más pronto posible, y en caso de absoluta necesidad obtendría fuego a la manera de los indios, aunque siempre le pareció esto un milagro realizado sólo a fuerza de práctica.

Al acercarse, Celia le recibió alegremente llamándolo por su nombre, y su voz no temblaba de miedo, sino de alegría por tenerlo otra vez a su lado. La envolvió cómodamente en la piel, y luego, cogiéndola en sus brazos, la levantó hasta dejar inclinada la adorable cabeza en sus hombros, y antes de ponerse en marcha la besó en la boca, advirtiéndole que no hablase. Celia iba muy encogida en la piel, mas de pronto sintió él que luchaba por desprender una mano, que fue subiendo hasta tocarle una mejilla, de donde ya no la apartó. Al contacto de aquella mano sintióse Felipe comunicado de un valor suficiente para luchar contra el mundo entero. Avanzaron sin hablar durante un gran rato a la copa de los abetos gemís el viento desmayadamente. Felipe barruntó la palidez de la aurora por una brecha que se abrió momentáneamente entre el cúmulo de nubes, y un cuarto de hora más tarde la nevada caía en grandes y

esposos copos, como un diluvio blanco. Cuando amaneciese ya habrían desaparecido sus huellas a los ojos de los esquimales.

Felipe avanzaba con la rapidez que las tinieblas y la desigualdad del terreno le permitían, procurando no desviar la dirección hacia el Este. Apenas sentía el peso de la carga, y sólo a cosa de media milla de la cabaña en llamas se paró a descansar, sentando a Celia en el tronco de un árbol caído y sosteniéndola con un brazo, mientras con la otra mano indagaba a tientas si estaba bien protegida por la piel. Celia hizo un movimiento de contracción y en seguida se echó a reír. Felipe le había tocado un pie, asegurándose de que los tenía calientes, antes de reanudar la marcha.

A más de una milla, después de tres estaciones, encontraron un abeto gigantesco y de compacta fronda, donde no penetraba la nieve ni el viento. Bajo él fabricó Felipe una cama de ramas para Celia, y aguardaron el día. En las densas tinieblas que preceden a la aurora boreal, se mantuvieron atentos a los ruidos que rompen el hondo silencio. Les llegó claro el lastimoso aullido de uno de los lobos de Bram y por dos veces se figuró Felipe que oía la lejana voz de un hombre. Celia le, oprimió una mano, la segunda vez, significándole que también ella había oído.

Pasado un rato, Felipe dejó a Celia para volver al próximo claro de la selva y examinar el rastro de su paso. Apenas transcurrida media hora, se hacía imposible reconocer sus huellas, cubiertas por una espesa capa de nieve. Toda su esperanza estaba en que siguiese nevando durante una hora, pues entonces no quedarían huellas ni de hombres ni de bestias más que en lo intrincado de la selva, y no había que temer ni de indios ni de hombres blancos. Pero los esquimales eran sabuesos especializados en buscar en las tinieblas. Durante una noche de cinco meses su existencia dependía de la habilidad de sorprender la caza y tirar en lo oscuro. Si habían vuelto a la cabaña incendiada, seguramente les irían ya a los talones.

Felipe se armó de una rama nudosa y esperó, inmóvil, tendiendo el oído y esforzándose en penetrar con los ojos en las sombras que lo envolvían. Latió el pecho tan rudamente, que lo oía como un ruido de la selva anunciándole que estuviera presto a cualquier evento, que un gran peligro se acercaba cautelosamente. Sus músculos se distendieron asiendo la rama, presto a matar.

Capítulo XVII

Felipe vence el primer «round»

DIRÍASE que toda la Naturaleza retenía el aliento en la pasmosa expectación que inmovilizaba a Felipe. Una calma de muerte aplanaba la selva. Ni una rama se movía, ni un crujido rompía el duro silencio que se precipitó sobre la tierra inmediatamente después de la ruidosa tempestad, y aunque Felipe conocía este raro fenómeno del Ártico, experimentó en aquellas circunstancias un efecto espantoso. El blando rumor de la nieve que caía, su respiración, el latido de su sangre le parecían imponentes en aquel silencio, y en vano luchó por librarse de una emoción que le oprimía con ominosos presentimientos. Hubiese jurado que allí cerca, donde las sombras empezaban a apretarse, miraban unos ojos y escuchaban unos oídos con la anhelante intensidad que ponía él mismo en los suyos. Las tinieblas empezaron a retroceder dejando que las sombras se destacasen como fantasmas animados que salen del caos nocturno. Árboles y arbustos fueron tomando formas concretas, sobre la cabeza de Felipe se descubrían las nubes empujándose en la ruta que llevaban.

Ante el día naciente, Felipe no movió más que un pie para mejor ocultarse tras el tierno abeto que tenía delante. Aun pensando que Celia temblaría de espanto por su ausencia, no podía decidirse a retroceder ni avanzar un paso. ¡Algo se acercaba! Estaba de ello tan cierto, como de que tras la noche viene el día. Había luz bastante para apreciar cualquier movimiento a doce yardas, y Felipe no apartaba los ojos del claro por donde cruzó con Celia. Olaf Anderson le hubiera podido contar las angustias de una noche como aquella, pasada también al atisbo. Olaf sabía por experiencia que los esquimales, como los lobos, siguen la pista de dos en dos o de cuatro en cuatro y que, también como los lobos, no caminan precisamente sobre las huellas, sino a uno y otro lado y a más o menos distancia.

Pero Felipe no apartaba los ojos de la pista, y en esta vigilancia le asaltó la inexplicable certeza de que el enemigo se acercaba. Su imaginación, por una extraña paradoja, retrocedió a cien pasos de él, pensando en la muchacha, mientras crispaba los dedos contra la rama. Por Celia estaba dispuesto a pelear, a matar y a morir sin miedo. No sabía aún quién era, pero la amaba. La había estrechado en sus brazos, se habían confundido en un latido sus corazones, la había besado en los labios, en los

párpados y en el cabello, y Celia había correspondido buscando el refugio de sus brazos, confiándosele enteramente, dándosele, y para defender lo suyo lucharía con todas sus fuerzas. ¿Pero quién era? ¿Y por qué habían de perseguirla misteriosos enemigos a la turbia luz del alba?

De pronto oyó un sordo rumor. Su corazón cesó de latir, perdido el aliento. Era un rumor apenas perceptible entre el susurro del aire y dé los árboles, pero que impresionó sus sentidos como el estruendo de un trueno. Más que un ruido, era una presencia. En el claro del bosque nada se movía y su vista alcanzaba muy lejos, volvió la cabeza muy lentamente y sin mover el cuerpo, Y en aquel momento ahogó un grito en su pecho. A menos de doce pasos se mantenía firme sobre los pies una aparición encapuchada, baja, rechoncha, de ojos de/lego, con más trazas de monstruo que de hombre, a primera vista. Una fuerza más rápida que el pensamiento obró en Felipe: un subconsciente instinto de conservación le inspiró un movimiento ajustado a la visión que en él se impresionó con la rapidez de una máquina fotográfica. Simultáneamente, el monstruo encapuchado levantó el brazo rasgando la fría claridad del alba con algo que centelleó en el aire, y Felipe se dejó caer en la nieve, al tiempo que una jabalina hendía el espacio ocupado antes por su pecho.

Tan acertado estuvo Felipe en su movimiento, que creyendo el esquimal haberlo atravesado, lanzó un grito de triunfo. Era el *sakootwow* de los *kogmollocks*, el grito de sangre, un chillido estridente que rasgaba el aire a más de una milla y repercutía en otro grito. Felipe se levantó como movido por un resorte y, rápido como un rayo, manejó el garrote, descargándolo con ímpetu formidable. Fue golpe maestro. El esquimal se desplomó con un hombro roto para no levantarse más, porque un segundo porrazo en mitad del capuchón le arrancó el postrer gruñido. Tal fuerza puso Felipe en su segundo golpe, que se tambaleó sobre sus pies y, antes de recobrar el equilibrio, otros dos fantasmas salieron de la sombra, abalanzándose contra él con rugidos feroces. Sin tiempo para usar el leño, se arrojó contra el más cercano de sus enemigos y, hurtando el cuerpo a la jabalina contra él dirigida, le arreó un puñetazo tan estupendo en plena boca, que el esquimal dejó caer el arma y dio con su cuerpo en tierra. Enardecido por el furor de la pelea, Felipe lanzó un grito salvaje al verse trabado por unos brazos peludos que lo tumbaron de espalda.

Un estremecimiento de horror corrió por su cuerpo al verse impotente contra la astucia inimitable de los esquimales en sus luchas a brazo partido. Ya no había remedio. Lo que se practicaba con él era el secular *sasaki-wechikun*, o presa de sacrificio, que se transmite de padres a hijos a través de generaciones y generaciones, el *jiu-jitsu* del Ártico, por el cual un *kogmollock* sostiene a la víctima indefensa, mientras otro le parte el corazón. Inmovilizado así, de cabeza y espalda contra el suelo, Felipe oyó la chillona voz de mando del esquimal que lo agarrotaba, dando prisa al otro para que se acercase con el cuchillo. Contestó el otro gruñendo, y en aquel preciso instante Felipe sintió el contacto del diminuto revólver de Celia. Lo empuñó y, doblando el brazo hasta hacer crujir el codo, disparó. Fue un tiro

providencial. La llama de la pólvora chamuscó el rostro del asesino, que asomaba por la capucha de piel de foca. Felipe no oyó el menor grito, la menor queja, pero se sintió aliviado y libre. Dio media vuelta sobre sí mismo y se levantó. A cuatro pasos se acercaba a gatas el esquimal del puñetazo, aún no salido de su aturdimiento. Sobre la nieve estaba el garrote. Felipe tuvo tiempo de cogerlo y de guardar el revólver. Un golpe, en el momento en que el esquimal se levantaba, fue suficiente para terminar la lucha.

Apenas había durado tres minutos. Los esquimales parecían tres fardos sobre la nieve. Felipe estaba de suerte, Sólo por un milagro podía haberse librado de sus enemigos, dos de los cuales, al menos, yacían muertos.

Se mantuvo en guardia contra cualquier ataque imprevisto y, al volver la cabeza, lanzó una exclamación de estupor. A diez pasos estaba Celia, desnuda de la piel de oso, que había abandonado en el horror del momento, hundidos en la nieve sus desnudos pies y tendiéndole la blancura de sus brazos al llamarlo con voz que sonaba como la de un ave despavorida.

—¡Felipe, Felipe!

De un brinco se acercó a ella. ¡Para qué necesitaba más pruebas de amor, si creyéndolo en peligro corría a su lado de aquella manera! —«¡Celia, Celia!»—. Pronunciaba su nombre como un niño, entre sollozos de ternura, mientras la tomaba en brazos y la llevaba junto a la piel. La abrigó casi con rudeza y luego la estrechó con tal fuerza contra su pecho, que notó el esfuerzo de ella por respirar. Así permanecieron un rato escuchando los dos, mientras el día se abría y sus corazones sacudíanles el pecho con violencia en una misma alarma.

Llegábales claro, de muy lejos, el maullido salvaje, el *sakootwow*, el grito de sangre de los *kogmollocks*, un bramido que esperaba respuesta de los tres encapuchados que habían atacado a Felipe. Sonaba a una milla quizás, hacia el Este, y poco después llegaba débilmente, como un eco, de muy lejos. Felipe oprimió sus labios en las mejillas de Celia, mientras del fondo de su alma elevaba al cielo una plegaria. Sabía que la lucha apenas había comenzado.

Capítulo XVIII

Las huellas de sangre

FELIPE estaba seguro de que los esquimales acudirían al lugar de donde, a sus gritos, sólo contestaba el silencio, y entre tanto quiso aprovechar el botín de sus enemigos, en quienes no había puesto atención, distraído por la inesperada presencia de Celia. Volvió, pues, al campo de la lucha y, arrodillado junto al cuerpo menos tallado, le quitó el *bashlyk* o capuchón de piel de foca, lo despojó de sus vestidos y de sus abarcas de piel de gamo, todo relativamente nuevo, y volvió corriendo al lado de la muchacha.

No era ocasión de andarse con remilgos y elegancias, y aunque las ropas provenían de un cadáver, Celia las aceptó, llena de gozo, como un don providencial, dejando a Felipe admirado con su presencia de ánimo en momento tan peligroso.

En seguida empezó a vestirse, y mientras ella se entregaba a esta tarea, Felipe volvió a los tres esquimales. Se estremeció al comprobar que los tres habían muerto. Uno presentaba un pequeño orificio entre ceja y ceja; los otros dos, heridas contusas. Acarició el diminuto revólver, la cerbatana de que se había burlado y que en tan apurado trance le salvó la vida.

Después de un rápido examen, se apoderó del capuchón y el *temiak* o chaquetón del que había derribado de un puñetazo. El *temiak* no contenía bolsillos; pero todos los esquimales llevan pendiente del cinto una bolsa de piel de narval que hace las veces, y Felipe apartó las tres a un lado y buscó las armas. Halló media docena de jabalinas y dos cuchillos, uno de los cuales, del que se apoderó por ser más largo y afilado, estaba agarrado con la diestra del esquimal que se acercara a gatas para hundírsele en el pecho.

En las tres bolsas halló el indispensable cordel de cuero de caribú y un saquito impermeable de narval con los materiales que usan para encender fuego los *kogmollocks*. No traían consigo ni un bocado para comer, prueba de que no estaba lejos el campamento. Acababa de registrar los zurrones, cuando vio a Celia que se acercaba, y a pesar de la apurada situación se levantó para recibirla sonriente.

A cincuenta pasos, aun viéndola de frente, se la hubiera confundido con un esquimal, ya que el *bashlyk* de foca le dejaba la cara en sombra. Felipe le plegó hacia

atrás el capuchón y luego le fue sacando de las espaldas la mata de su cabellera, extendiéndosela por delante y por detrás como un prodigioso manto de luz, con el fin de que los enemigos conociesen su sexo de lejos y la librasen de las jabalinas en caso de emboscadas.

Celia, completamente ajena a la operación de su compañero, contemplaba en los tres cadáveres el peligro de muerte por que acababan de pasar y la horrible lucha que había sostenido Felipe, y, llena de agradecimiento, dejando escapar una exclamación inarticulada, se arrojó al cuello del hombre y rompió en sollozos contra su pecho. Ni el mismo Felipe podría decir las veces que la besó, porque de aquel momento sólo conservó el recuerdo de unos brazos que se le ceñían al cuello estrechamente, de un pecho que suspiraba su nombre, de unas manos que se hundían en sus greñas; se olvidó del tiempo, de lo caro que podía costarle perder un segundo. Un puñado de nieve que le cayó desde una rama alta lo volvió a la realidad como el aviso de un amigo, y entonces se apresuró a explicar a Celia que habían de huir sin tardanza de otros enemigos.

Colgó de su cinto una de las bolsas, recogió el bastón y, tras un corto titubeo, una de las jabalinas, sin remota idea de cómo utilizaría un arma tan endeble, que resultando mortífera a cien pasos en manos de un *kogmollock*, en las suyas apenas era temible a doce. Con intención de ayudarlo cuando se presentase ocasión de luchar, Celia se armó de otra jabalina, y dando la mano a Felipe, los dos emprendieron la marcha a través de la selva, en dirección a la cabaña que buscaban.

Felipe hubiera jurado que las dos cabañas no distaban más de ocho o diez millas; pero sentía no haber puesto más atención en la ruta seguida por Bram durante las dos últimas horas de viaje y cifraba toda su esperanza en el reconocimiento del lugar por donde habían entrado en la selva, cosa de media hora después de encontrar la primera cabaña.

Más que en llegar a la cabaña ponía su afán en escapar de los esquimales, que no habían de tardar media hora en descubrir los efectos de la lucha en el claro del bosque y lanzarse sobre las huellas de los fugitivos, con el designio de vengar la muerte de los tres, cuya causa deducirían del grito de triunfo que no se había repetido. Los piecitos de Celia, calzados con abarcas descomunales, dejaban en la nieve largos surcos y ponían torpeza y lentitud en su marcha. Felipe reflexionó sobre la situación comprometida en que se hallaban. Era imposible evitarla estratégicamente u ocultándose. Todo dependía del número de sus enemigos, que no osarían atacarles en descubierto si eran tres o cuatro; pero en tal caso resultaba temible una emboscada durante la noche.

Miró a Celia, que se esforzaba en seguirle, cogida de la mano, venciendo el embarazo de su traje de pieles, con la marcha penosa de una niña dócil que sabe la oportunidad del silencio. Era tremenda su responsabilidad, acuciada por el momento, transido de dicha, en que el hombre se siente amado con toda la fe, con toda la confianza de una mujer que espera de él toda la vida. Por ella lucharía, por ella

desplegaría fuerzas de gigante, por ella debía vencer, y más viéndola empuñar con mano fuerte la jabalina, dispuesta a luchar a su lado. La emoción misma le hizo reír, y ella levantó sus ojos, sorprendida de una risa tan inoportuna; pero debió de comprender, porque bajó la cabeza y apretó entre sus dedos la mano del hombre.

Caminaron un cuarto de hora con la rapidez que a Celia le permitían las piernas. Felipe confiaba que los esquimales cuyos gritos oyera acudirían al lugar de la lucha, atraídos por la voz de triunfo a que respondieron y se proponía ganarles ventaja. De vez en cuando se detenía tras algún matorral para ver si alguien les iba a la zaga, y durante la marcha procuraba evitar la proximidad de toda espesura, desde donde pudiera salir alguna jabalina traicionera. A cosa de otra media milla les sorprendieron huellas de raqueta, formando ángulo recto con las que ellos dejaban; Felipe lanzó un grito recordando que los esquimales no usaban raquetas, por estar avezados a caminar sobre nieve dura con abarcas, y pudiendo comprobar que aquellas impresiones no eran las de los *usamuks*^[13] de los esquimales. Largas y estrechas, las huellas denotaban ser de un calzado que podía llevar un esquimal, pero, al fin, calzado de hombre blanco.

Además descubrió otra cosa: la longitud de los pasos era enorme; él mismo no llegaba a dar tales zancadas. Este descubrimiento le comunicó una gran alegría, que no pudo menos de manifestar a Celia.

—El esquimal capaz de dar estos pasos aún ha de nacer —exclamó—. Corren, pero a pasos menudos. Por aquí sólo ha podido pasar un blanco, ¡a no ser que sean las huellas de Bram!

Celia dio un ligero grito al oír nombrar al hombre lobo y se agachó, para examinar las impresiones, con vivo interés. Inmediatamente sacudió la cabeza. ¡No, no eran de Bram! Señaló a la parte del talón de la huella y cogiendo una rama la quebró a los ojos de Felipe.

Éste comprendió en seguida lo que quería decirle. Las raquetas de Bram eran romas, y no curvas, como la que denunciaba la nieve hollada. No era Bram, pues, quien había pasado por allí.

Durante un rato quedó indeciso. Celia le miraba, que riendo adivinar por su expresión la tremenda importancia de aquel momento. La misma fuerza misteriosa que poco antes le impulsó a ponerle alerta contra los enemigos invisibles le movía ahora a seguir esta pista.

Quien dejó sus huellas impresas podía ser amigo o enemigo, pero al menos estaría armado, y la importancia que para ellos adquirirían en tales circunstancias un fusil y algunos cartuchos le decidieron.

—El desconocido —dijo volviéndose vivamente a Celia e indicándole el rastro se dirige al Este y nosotros debiéramos irnos al Norte en busca de la cabaña; pero hemos de seguirle. Necesito un fusil, lo necesito más que nada del mundo, ahora que te tengo. Sigamos las huellas.

Si alguna duda hubiese quedado, se le habría desvanecido en aquel momento. Detrás de ellos se elevó un alarido extraño como no habían oído nunca. Era un grito que resonaba como el redoble de un tambor y que helaba la sangre de espanto por su extraordinaria entonación. Venía de lejos, del Oeste:

—*Hum... hum... huuuummm...*

Y en un momento se oyó contestar de cinco o seis puntos diferentes, de lejos, de muy lejos, y luego parecía repetirse a su espalda.

Celia se le cogió del brazo, amedrentada, porque comprendía también como él. Un esquimal había descubierto sus muertos y convocaba a los otros para congregarse en torno a los cadáveres.

Capítulo XIX

Carrera de velocidad

AÚN no habían cesado los gritos, cuando Felipe aventó lejos la jabalina y el garrote para desprenderse de todo objeto que pudiera embarazarle la marcha.

—Vamos a emprender la carrera de velocidad más fantástica que se haya visto, y será necesario que venzamos —dijo sonriendo porque si no...

Celia lo miró, con ojos encendidos, admirando su excelente serenidad. Ni una línea del rostro de Felipe delataba la menor excitación, y aún sonriente, la tomó en brazos y se la cargó de tan resuelta manera, que Celia ahogó una exclamación de sorpresa, viéndose arrebatada tras las huellas que iban apareciendo delante. Más de cien metros corrió Felipe sin descanso, antes de aliviarse del peso de la muchacha, la cual, comprendiendo que debía tomar parte en aquella carrera decisiva entre la vida y la muerte, sin pararse a preguntar nada, echó a correr, cogida de la mano protectora, sin perder un segundo.

Con la rapidez de un hombre acostumbrado a las deducciones policíacas, calculó las ventajas que se ofrecían a su favor. Los esquimales se reunirían en torno a los cadáveres, para tener consejo, lo que le daba un tiempo precioso que debía aprovechar. La herida de bala en la frente de uno de sus compañeros les haría cautelosos y precavidos.

Celia le hubiera puesto en un apuro preguntándole qué esperaba ganar siguiendo el rastro de un desconocido. Confiaba en un resultado providencial como el del tiro con el revólver de Celia. Se le presentaban, además, una serie de probabilidades favorables; pensó que el hombre que se dirigía hacia el Este podría ser un miembro de la Real Policía Montada del Noroeste, y casi estaba seguro de que no llevaba jabalina, sino fusil, y tras éste más que tras el hombre, amigo o adversario, corría él. Lo que importaba era darle alcance cuanto antes.

—La ventaja que les llevaba el hombre podía calcularse con bastante exactitud, porque las huellas, apenas cubiertas de una ligera capa de nieve, indicaban lo reciente de su paso, después de la última ventisca; una hora aproximadamente habría transcurrido.

Felipe mantúvose a buen trote durante doscientos metros, sin que la esforzada muchacha se rezagase un paso. Cuando se detuvieron, ella jadeaba, falta de aire; se le había caído atrás la capucha y su rostro parecía una flor encarnada; sus ojos brillaban como dos luceros y sus labios se partían por la violencia de la respiración. Estaba tentadora como nunca, pero Felipe no podía perder un momento. Sin un beso, la volvió a coger en sus brazos y continuó su marcha. Desplegando todas sus energías, calculaba que podría aventajar a los esquimales un tercio de sus pasos, pero todo dependía de poder mantener mucho tiempo aquel empuje.

Celia adivinó sus propósitos como si él se los explicase de palabra, y después de ganar así unos cuatrocientos metros, le dio a entender que estaba dispuesta a dar otra corrida. Felipe la llevó aún cosa de cuarenta metros y la dejó caminar. Habían avanzado cerca de una milla, cuando la pista cambió de dirección hacia el Norte, con tal violencia, que Felipe quedó un momento desorientado. Allí debió de haberse parado el desconocido, sentándose en el tronco de un abeto derribado, bajo las ramas de otro árbol. Felipe observó que la nieve estaba moteada de puntos negros.

—Aquí ha tomado el hombre nuevo rumbo, después de cargar su pipa —dijo Felipe como si hablara consigo mismo—. Sus huellas están limpias de nieve. ¡Diablo! ¡No creo que nos lleve ni media hora de ventaja!

Sin atender a las protestas de la muchacha, que se veía con ánimos para seguir caminando, la cogió de nuevo y reanudó la marcha. La fatigosa respiración de Celia, la mueca violenta que se pronunciaba en sus labios, denotaban laxitud y flaqueza. Las grandes abarcas y el burdo traje que llevaba eran suficientes para rendir y extenuar a una mujer fuerte, aun caminando a paso normal. Felipe la levantó a la altura de su hombro, de modo que ella pudiera agarrársele a la espalda, centrando el peso de gravedad, para que la marcha resultase más cómoda, y al sentir el cosquilleo de su mata de pelo y el tibio terciopelo de sus mejillas, notábase como acuciado y fortalecido. Pero al cabo de trescientas yardas en esta guisa, Felipe se asfixiaba, falto de aire, y Celia lo persuadió de que la bajase. Corrieron los dos, pero pronto flaquearon las piernas de Celia, y cuando volvió él a cogerla sólo avanzaron sin descanso ciento cincuenta metros. Los dos se percataron de tan alarmante circunstancia, porque las piernas les gritaban lo que en vano hubiesen negado sus valerosos corazones. Celia, apagado el encendido de la flor de sus mejillas, mitigada la luz de sus ojos, contemplaba la palidez de Felipe sin saber que era reflejo de la suya. Entrambos se sentían extenuados o próximos a languidecer. Celia llevó sus manos, trémulas de excitación, a la cara del hombre y le sonrió, animadora, significándole que en aquel momento angustioso se sentía orgullosa de su protector.

Felipe no quiso mortificar más su deseo de atraerla contra su pecho jadeante, y besar aquellos labios, que se le ofrecían puros como en un pacto de mutuo sacrificio.

Miró el reloj. En cuarenta minutos habían caminado tres millas y distarían unas cuatro del lugar de la lucha. Los esquimales no podían haber hecho más de la mitad del camino y el desconocido no debía de andar muy lejos.

Siguieron como dos paseantes hasta llegar a un punto donde el desconocido se había vuelto a parar. Sin duda no tenía seguridad en sí mismo, pero las huellas seguían la orientación Norte sin desviarse.

Durante una hora caminaron en aquella misma dirección, sin concederse un segundo de reposo, pero siempre oído atento y ojo avizor por si veían u oían algo a la zaga.

A cinco millas de donde habían quedado los muertos encontraron una loma, que hizo saltar el corazón de Felipe de esperanza. Recordaba aquella loma, que semejava una espalda de cerdo, de nieve amontonada y endurecida, por haber pasado por allí con Bram poco después de dejar la cabaña. De ésta aún no había hablado a Celia para no perder tiempo, pero en el próximo alto que hicieron se la describió, dibujándola en la nieve como situada muy cerca de la loma, dándole a entender su creencia de que era el punto adonde se encaminaba el desconocido. Tuvo que ayudarla a subir a aquella altura, porque ni aun caminando despacio podía ya Celia con sus piernas. Estaba tan extenuada, que cuando quiso hablarle languideció su voz en un débil sollozo. La volvió a levantar en brazos y la animó, diciendo:

—Ya no puede estar lejos. Pronto le daremos alcance, querida, muy pronto.

Felipe deglutió una saliva espesa, que le tapaba la garganta, al ver la expresión de abandonada ternura y de algo más que se pintaba en el rostro de la joven. No era miedo: era el dulce reflejo de un amor intenso con que quería devolverle las energías que le quitaba con su peso en el último momento de una lucha titánica. La puso en pie, y al volverse los dos a recoger cualquier signo de vida, ella se apoderó de una de las manos del hombre y la oprimió contra su pecho, alborotado por la marcha impetuosa de su corazón.

Volvieron los dos a caminar, y de pronto apareció la cabaña. Celia hubo de sofocar un grito. Estaba a menos de cien metros, y una espiral de humo que subía lindamente de la chimenea era la única señal de que alguien vivía allí.

Felipe la estuvo contemplando un rato. Era su postrera esperanza. La vida o la muerte, todo cuanto el mundo podía ofrecerles en aquel momento, estaba en la cabaña. Dulcemente llevó a Celia al amparo de un matorral donde pudiera ocultarse, y despojándose del chaquetón lo echó a la nieve como quien se apercibe a la lucha. Ella leyó sus propósitos en la impetuosa expresión del hombre y palideció hasta tornarse tan blanca como la nieve que pisaba.

—Hemos llegado a tiempo —jadeó él más que pronunció—. Tú... tú, espera aquí.

Ella comprendió y le estrechó la mano. Quiso gritar pidiéndole que volviese o se dejase acompañar, pero se le anudó la garganta. Lo vio alejarse con el corazón palpitante de angustia. Comprendía que no le quedaba otro remedio. Pronunció su nombre en un sollozo que fue una plegaria. No ignoraba Celia lo que iba a suceder en la cabaña.

Capítulo XX

Una acogida demasiado calurosa

FELIPE se dirigió a la parte posterior de la cabaña, donde había visto, al pasar con Bram, un ventanuco. Acercóse con gran cautela por si podía ver algo sin que se notase su presencia. Estaba cerrado el postigo con ramas de abeto, y si nada pudo ver, le llegó del interior, claro, a través de los intersticios, el ruido de alguien que se movía. Latiéndole el corazón con violencia, volvió la cabeza en dirección a donde había dejado a Celia y la vio quieta y vigilante. Hasta su alma le llegó en una onda de emoción la ansiedad de aquellos ojos fijos en él.

Deseando salir cuanto antes de dudas, se movió hacia la puerta, procurando acallar la refriega de su sangre, agitada en un tumulto de incertidumbres. Aquel solitario podía muy bien ser un amigo. Pero ¿cómo lo sabría? Decidió obrar sin consideraciones que pudieran serle de fatal consecuencia en tan crítico momento. Una vez que él empuñase un arma de respeto, podría permitirse toda clase de explicaciones; pero mientras, con los esquimales a la zaga, toda cortesía era peligrosa.

Junto a la puerta, que no pudo aún distinguir si estaba abierta o cerrada, había un montón de leña sobre el que se apoyaban un par de raquetas y un haz de jabalinas, que pusieron en zozobra a Felipe, indicándole que no se las iba a tener con un hombre blanco, sino con un esquimal gigantesco que acaso se había anticipado al punto de cita de sus enemigos. Considerándose ya caído en la misma boca del lobo, todas las esperanzas se desvanecieron como ovejitas descarriadas. Las jabalinas eran una prueba de que hallaría otras armas al alcance de sus manos. Durante un breve espacio retuvo el aliento y husmeó en el aire como un perdiguero. La cabaña estaba abierta y por la puerta salía un aroma, mezcla de café y de tabaco. ¡Caramba! Un esquimal podía fumar y beber té, pero café... ¡nunca!

Cada gota de sangre era un puño que le golpeaba con rudeza, mientras avanzaba desde la esquina a la puerta, y ya tocando la jamba, hubo de cerrar los ojos un momento para librarlos del reflejo de la nieve, que lo alucinaba y no le permitía ver en la oscuridad. Luego fue mirando poco a poco el interior de la cabaña.

Era reducida, quizá no midiese más de diez pies de lado, y en el fondo había un fogón, con la chimenea de campana que rompía en el techo. Al principio sólo vio los objetos de una manera esbozada, mas pronto se le fue destacando la figura de un hombre encorvado sobre el fuego. Felipe pasó el umbral y se detuvo sin que el otro advirtiera su presencia. El desconocido se movió lentamente, retirando de las brasas una cafetera. Sus anchas espaldas y su corpulencia negaban que fuese un esquimal. Se volvió, y por espacio de un momento Felipe pudo ver, sin ser visto, que se hallaba en presencia de un blanco, de cara sumida en espesas barbas, y greñas que le caían desordenadamente por los hombros. De pronto, el gigantón vio al intruso y se quedó como petrificado.

Felipe le apuntó con el diminuto revólver de Celia.

—Soy Felipe Raine —dijo—, de la Real Policía al Servicio de Su Majestad. ¡Manos arriba!

Los dos hombres presentaban un cuadro magnífico de dura amenaza y de intensa expectación.

Creía Felipe que la sombra de su cuerpo ocultaría el tamaño de su revólver, que, a pesar de todo, era de efecto a tan corta distancia, y esperaba que el hombre levantaría las manos sobre su cabeza, una vez repuesto de su sorpresa, obedeciendo su orden. Todo podía esperarse menos lo que sucedió. El hombre levantó el brazo que sostenía el café recién hervido y lo arrojó con todas sus fuerzas contra la cara de Felipe, que se agachó para evitar el chorro ardiente, y disparó. Mas sin darle tiempo para otro tiro, el desconocido se le echó encima con tal ímpetu, que los dos cuerpos fueron a dar contra la pared y rodaron por tierra en salvaje lucha. Entonces se felicitó Felipe por la idea de aligerarse de ropa, para ser dueño de sus movimientos. Su enemigo era un hombre excepcional, que le hizo pensar en Bram al lanzar un grito de bestia feroz, cuando rodaron por tierra en un mortal abrazo.

Más de una vez, contemplando a Bram, pensó en las artes de que se valdría contra el gigante, si llegasen a una lucha cuerpo a cuerpo, para evitar que lo ahogase entre sus brazos hercúleos, y ahora se veía en aquel vaso con otro hombre igual a Bram en fuerza y corpulencia. Con la rapidez propia del boxeador que ha de ver en un abrir y cerrar de ojos los puntos flacos de su adversario para atacarlos, comprendió que debía inmediatamente descargarse del peso que lo abrumaba. De una sacudida se puso de espaldas y arreó a su enemigo tan formidable puñetazo en pleno rostro, que lo hizo ladearse y soltar su presa. Felipe aprovechó el momento y las fuerzas que le quedaban para ponerse en pie de un brinco, dando un respiro de triunfo.

Jamás como en esta ocasión se sintió tan satisfecho del resultado de su confianza y del dominio de sí mismo. En pie y en lucha descubierta, tenía la agilidad de un gato. Apenas se había levantado el gigante, sonaron sus carrillos de un puñetazo que le aplicó Felipe con toda la violencia de su cuerpo. Otro hubiera rodado por el suelo como un pelele, pero aquella mole de carne necesitaba otro golpe tan magistral para derrumbarse contra la pared como un saco de harina. El ardimiento, el ímpetu que

puso Felipe en su tercer golpe pudo costarle caro. Su puño rozó el hombro del otro y, perdiendo el equilibrio, cayó en el cepo de sus brazos. En seguida se sintió cogida la garganta por unas tenazas que lo estrangulaban.

Felipe se agarró con la izquierda al otro brazo, impidiéndole llegar al cuello, mientras descargaba con la diestra repetidos golpes, que el gigante recibía inmovible. La ineficacia de la ofensiva sorprendió al policía, que, temiendo el resultado de las dos manos aferradas a su garganta, resolvió cambiar la situación echando la zancadilla a su adversario al tiempo de empujarlo con todo el peso de su cuerpo. Los dos cayeron al suelo, rodando a los pies de Celia, que, con ojos desmesuradamente abiertos y paralizada de terror, estaba en la puerta, sin que ni uno ni otro la vieran.

La joven se hizo cargo en un momento de la situación. Vio el rostro ensangrentado y tumefacto del gigante, apuñeado constantemente por Felipe; sus dos manos, velludas y rojas de su propia sangre, hincadas como garfios al cuello de su amigo, a punto de estrangularlo. Lanzó un grito de horror, sus ojos se ofuscaron con una oleada de aire caliente de agresividad feroz y, cruzando la estancia, se armó de un leño y volvió al grupo que se revolcaba por el suelo. Felipe la vio entonces como un hada vengadora, con el leño en alto. Sonó un choque sordo y sintió que su cuello se aflojaba. Se levantó y, con ojos encarnados y una risa quebrada por la asfixia, abrió sus brazos. Celia se arrojó en ellos sollozando, jadeante. Los dos miraron al hombre de los pasos largos: parecía un muerto.

Felipe respiraba afanosamente, serenándose. Sus ojos, acostumbrados a la sombra, escudriñaron el interior de la cabaña, y de pronto dio un grito de alegría. Apoyado contra el fogón de piedra y barro había un fusil, de cuya boca pendía un cinturón y una funda, La funda ocultaba un revólver. Su respiración semejaba un sollozo cuando desenfundó el arma y a la luz de la puerta vio que era un hermoso «Colt» del cuarenta y cinco y completamente cargado. Se lo enseñó a Celia, movido de calurosa excitación.

—¡Alerta! —exclamó tendiendo el brazo hacia afuera—. Esperad dos minutos. Es cuanto necesito: dos minutos, y luego...

—Contó los cartuchos de la canana y se la ciñó. Había cuarenta. Dos terceras partes eran para el fusil con balas de punta mellada: Era un fusil magnífico del «0,303» y de fabricación modernísima. Examinó la recámara. Estaba cargado, a punto de disparar. Nada más necesitaba. Si en la cabaña hubiese hallado una mina de oro, no le hubiese puesto más contento.

Con aquellas armas se sentía capaz de llevar a Celia a través de una horda. Quería comunicar a la muchacha todo su optimismo y, no sabiendo cómo exteriorizar su entusiasmo, proclamaba su triunfo ante imaginarios enemigos.

—¡Venid ahora, demonios! ¡Venid, venid! —gritaba, y lanzaba rugidos de impaciencia contenida.

Desde la puerta, Celia lo contemplaba. A su palidez iba sustituyendo el color de sus mejillas y sus ojos brillaban con una luz de triunfo. De lo hondo de su pecho se escapó la inmensa dicha que la inundaba, en un grito que hubiera oído Felipe si en aquel momento no les hubiera llegado una voz que rasgaba el silencio de la soledad.

No venía de muy lejos. Era, sin duda, una respuesta al reto lanzado por Felipe.

Capítulo XXI

Blake se le desata la lengua

DE nuevo sonó el grito en medio, de la ansiosa atención de los amigos, pero Felipe percibió una nota en que no se había fijado. No era un reto, sino la respuesta de un esquimal al llamamiento de un camarada:

—*Ma-too-ee*.

—Cree que lo llama el hombre de la cabaña —observó Felipe, saliendo a mirar en la dirección que habían traído—. Si los otros no le advierten el peligro, antes de tres minutos habrá un esquimal menos en la tierra.

Un ruido atrajo la atención de Celia. El hombre a quien ella dejó sin sentido de un estacazo empezaba a moverse. Avisó a Felipe, y mientras él reducía a la impotencia al coloso, amarrándolo de pies y manos con los cordeles que había cogido a los esquimales, ella permaneció en la puerta de centinela. La luz caía de lleno en la cara y en el pecho desnudo del gigante, cuyas ropas se habían desabrochado durante la lucha. Un tatuaje de color rojizo despertó la curiosidad de Felipe, que apartó la ropa para verlo mejor. Representaba un tiburón con la enorme boca abierta, retorciéndose para librarse de un arpón que llevaba clavado, y debajo, apenas visibles, había unas letras, que descifró una por una B-l-a-k-e. La inicial G precedía a este apellido.

—Blake —repitió Felipe levantándose—. George Blake. Un marinero y un blanco.

Blake se recobraba y gruñía incoherencias. Celia llamó muy alarmada desde la puerta.

—*Oo-ee*, Felipe, Felipe. *Se det! Se! Se!!*

Y se acercó al joven para señalarle desde dentro un punto determinado. Felipe observó con precaución para no ser visto. A menos de ciento cincuenta yardas vio un tiro de ocho perros, en los que reconoció por el fino hocico la preciosa casta de los mares árticos. Arrastraban un trineo cargado y detrás venía el conductor, un hombre desmedrado, envuelto en pieles, que mandaba con la voz breve y gutural de Bram Johnson.

Un ronco gruñido hizo volver a Felipe la cabeza para encontrarse con los ojos encarnizados del hombre que forcejeaba a sus pies para romper las ligaduras,

poniendo una mueca de ferocidad en el esfuerzo realizado, mientras Celia lo miraba con ojos de espanto y se llevaba las convulsas manos al pecho, como si quisiera retener un grito de horror al reconocer al hombre cuyo rostro veía por primera vez a la luz. Durante un momento, aquel bruto que se retorció en el suelo y la delicada mujer se miraron, formando un cuadro patético, ante el cual Felipe se quedó pasmado. Entrambos se reconocían. La bestia lujuriosa asomaba a los ojos del hombre, helando de espanto al objeto de sus deseos. Llegó de cerca la voz del esquimal y el ladrido de los perros. Blake alargó la cabeza hacia la puerta, y los cordeles que lo ataban chasquearon como la cuerda de un látigo, movidos por las sacudidas musculares. Rápido como una flecha, Felipe le apoyó el cañón del «Colt» en la frente.

—Si gritas, eres hombre muerto, Blake —le advirtió—. Necesitamos ese trineo con su atelaje, y si dices una palabra, si haces el menor ruido, te abraso los sesos.

Ya se oía el estridor de los patines del vehículo sobre la nieve y el pataleo de los perros. De un salto, Felipe se plantó en la puerta, y de otro, delante del esquimal, que se quedó paralizado ante la boca de un revólver. No hacía falta hablar para darle a entender lo que se le pedía. Con el revólver a dos palmos del pecho fue reculando hasta la cabaña, donde Celia apuntaba el fusil contra Blake, temiendo que rompiera las ataduras. Felipe rió de alegría, viendo que la muchacha le entendió en seguida el deseo de que apuntase contra el *kogmollocks*, mientras él lo amarraba. Estaba admirable, jadeando de excitación. Blake se había estremecido bajo su amenaza, como ahora temblaba el esquimal, mientras le sujetaban las manos a la espalda. El corazón de Felipe brincó de satisfacción. ¡Aquella muchacha era una valiente!

Cuando Felipe terminó, Celia bajó el arma, dando un suspiro de alivio, y la apoyó contra la pared para acercarse a Blake. Señalando aquel rostro ensangrentado, se esforzó en dar a entender a Felipe el motivo de aquel emocionante encuentro que tanto le sorprendió. Felipe miraba a Celia y miraba a Blake sin comprender. Éste dejó escapar un siseo burlesco de sus torcidos labios. No manifestaba temor. Sus ojos se hincaban en la joven con un ardor repugnante. Luego miró a Felipe y soltó la risa.

—No la entiendes, ¿eh? Tampoco yo. Pero sé lo que quiere decirte. ¡Es chusco!

No cesaba de volver la cabeza a la puerta, brillándole en los ojos una luz de esperanza. De pronto, los volvió enfurecidos a Felipe para decirle:

—¿De modo que eres Felipe Raine, de la Real Policía Montada del Noroeste? Bueno, ya habrás leído mi nombre: Blake. Pero la G. no quiere decir George, si desatas los pies para que pueda levantarme o sentarme te diré algo. Ya ves que no puedo ser temible con las manos atadas con estos diablos de nudos; pero así tirado, no puedo hablar, porque me ahogo.

Felipe cogió el fusil y lo tendió a Celia, indicando que montase la guardia en la puerta.

—Vigila y escucha.

Desató los cordeles que amarraban los pies de Blake por los tobillos, y, cuando éste se levantó, ya Felipe le apuntaba el revólver contra el corazón.

—¡Ahora, habla! Te concedo un minuto para que me pongas en antecedentes de lo que deseo saber, Blake. Tú has lanzado a los esquimales hasta aquí. No me cabe la menor duda. ¿Qué quieres de la chica y qué has hecho de su gente?

Los sangrientos labios de Blake se plegaron en una sonrisa burlesca al replicar fríamente:

—No creas que me espanto. Conozco esas martingalas y estoy harto de usarlas. Mientes cuando dices que vas a disparar, bien lo sabes, tanto si hablo como si me callo. Antes de decidirme te voy a dar un consejo de amigo. Coge ese trineo y arrea a través de la estepa; pero tú solo. ¿Entiendes? Solo. Deja aquí a muchacha. Es lo único que puedes hacer para que no te pase como a...

—¿Te refieres a Olaf Anderson y a los otros, en la ensenada de Bathurst? —preguntó Felipe, emocionado.

Blake hizo un gesto afirmativo.

Felipe temió que Blake oyese los latidos de su pecho. En aquel momento se le revelaba lo que la Comisaria estaba investigando hacía dos años. Aquel hombre, Blake era el misterioso blanco, jefe de los *kogmollocks*, responsable de los crímenes que iban acumulando los indígenas del golfo de la Coronación. ¡Él mismo acababa de confesarse asesino de Olaf Anderson! Sus dedos temblaron un momento sobre el gatillo del revólver; pero, dominándose, miró a Blake dentro de los ojos y fue bajando el brazo hasta que el arma pendió a un lado. La mirada, de Blake fulguró de gozo por lo que consideraba un triunfo.

—Es el único recurso que te queda —insistió—. Y no hay tiempo que perder.

Felipe se hizo cargo de la situación. Cierto: no había tiempo que perder. Los *kogmollocks*, que seguían su pista, no podían estar lejos de la cabaña.

—Quizás tengas razón, Blake —dijo en tono de duda—. Después de lo que ha sufrido en compañía de Bram Johnson, creo que el único deseo de la muchacha es volver al lado de su padre. ¿Dónde está?

Blake optó por no chasquear tan buena disposición de ánimo. En el ademán pacífico de Felipe dejando caer brazo y en el cambio de su voz, qué sonaba con un acento dulce y confiado, vio el deseo de desembarazarse de un asunto demasiado engorroso. La expresión de miedo que vislumbró en el rostro de Celia cuando ésta volvió un momento la cabeza, lo afirmó en su convencimiento.

—En el Coppermine. A unas cien millas. De modo que Bram Johnson...

Sus ojos se encendieron como dos brasas sopladas.

—Cuidó de ella hasta que tus ratas le prepararon una emboscada y lo mataron —interrumpió Felipe—. Escucha, Blake sé franco conmigo, que yo también lo seré: No puedo entender una palabra de lo que ella habla y tengo curiosidad por saber algo antes de dejarla. Dime quién es y por qué no habéis matado a su padre. Confiérame qué intentas hacer con ella y no te molestaré ni un minuto más.

Blake se echó adelante hasta hacer sentir a Felipe el calor de su aliento.

—¿Que qué pienso hacer con ella? —pronunció lentamente—. Si tú hubieras pasado cinco años sin ver ni una mujer blanca y un buen día te hubieras tropezado con un ángel como ella a dos mil millas de desierto, ¿qué hubieses hecho con ella? Si yo no hubiese sido un zopenco, ya la hubiera tenido entonces. Y aun así, si no hubiera sido por ese diablo y sus lobos...

—Bram te la birló cuando estabas a punto de lograrla —interrumpió Felipe deseando acabar pronto—. Pero ella ni siquiera sabía que la deseabas, Blake, por lo que he podido adivinar, y aun ahora ignora que la ames. ¿Pero cómo diablos querías conquistarla? Haciéndote el amigo como un tonto y manteniéndote a distancia, mientras los *kogmollocks* te trabajan el asunto, ¿verdad?

Blake afirmó bajando la cabeza, y en seguida se ensombreció su rostro y sus ojos brillaron siniestramente. Felipe había puesto en los suyos y en su voz toda la exaltación de su alma, y el otro comprendió. Una tempestad de odios se agitó en su pecho y sus labios se torcieron en una mueca grotesca al verse burlado.

—Nunca con más fervor que ahora he dado gracias a Dios, Blake: Le agradezco que no te dejase tiempo de poner tus manazas en Celia Armin y le agradezco que haya dotado a Bram de un alma pura, a pesar de su cuerpo monstruoso y de su inteligencia enferma. Y ahora voy a cumplirte mi palabra. No quiero perder un momento. ¡Vamos!

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—No; veo que no has adivinado. No vamos a cruzar la estepa. Vamos derechos a la cabaña de Coppermirk y tú nos acompañarás. ¡Y escucha lo que te digo, Blake; entiéndelo bien! Quizá tengamos que batirnos. En tal caso quiero que te encasquetes bien que el primer tiro será para tu mollera. ¿Me explico? En cuanto se me ponga a la vista uno de tus diablillos asesinos, puedes darte por más muerto que una sardina salada. Ya estás encargando a esa lechuza del demonio que esparza la grata nueva cuando se acerquen sus hermanos. ¡Anda pronto! Se acabó la broma.

Capítulo XXII

BLAKE comprendió que le había llegado la hora de obedecer y se dirigió al esquimal, dándole instrucciones que supuso Felipe serían para su rescate, pero en las que no dejaría de advertir el peligro de atacar a campo descubierto, por numerosos que fuesen sus amigos.

Felipe esperó que Blake acabase de hablar y le hizo pasar la puerta, empujándolo hacia el trineo, pesadamente cargado con la carne fresca de un caribú. Inmediatamente procedió a colocar a Celia con toda comodidad, aliviándole de la carne, que dejó sobre la nieve como cebadero de los esquimales y reservándose un cuarto de ella para el viaje. Luego volvió su atención a Blake, a quien ató de una manera especial, dejándole libre el brazo izquierdo, para que manejase el látigo de esquimal, que le tendió diciendo:

—Ahora guía en derechura al Coppermine y por el camino más corto. Va en la rapidez de la carrera tu vida y la mía. ¡No olvides que al menor tropiezo eres hombre muerto!

—Y tú un loco —gruñó Blake—. ¡Vive Dios! ¡Un loco de remate!

—Arrea y calla.

Blake manejó el látigo, gritando una orden en esquimal. Los perros alzaron el vientre, poniéndose de pie, y a otra orden arrancaron. Desde la puerta de la cabaña, el esquimal contemplaba ansiosamente el grupo que se alejaba. Celia lo vio al volver la cabeza y apretó entre sus manos el fusil que llevaba en su regazo. Felipe le había confiado el arma para que la usase si fuera necesario, y ella cumpliría su misión de vigilar estrechamente a Blake, de cuya espalda no quitaba la vista. El forajido caminaba delante de los perros y Celia estaba presta a disparar al menor intento de fuga. Felipe la vio atenta y vigilante, con las manos apretadas contra el arma y un dedo debajo del disparador, y no pudo menos de sonreír con tierna expresión de amor. La muchacha le volvió sus ojos y se sonrojó al notarse objeto de adoración.

—Blake tiene razón —dijo Felipe en voz baja y temblorosa de ternura—: soy un loco. Sí, soy un loco de ponerte en un peligro tan serio, mi dulce bien. Yendo hacia el Sur te tendría para siempre. Los esquimales no nos hubiesen seguido mucho tiempo. ¿Tú sabes la locura que estamos cometiendo ahora, yendo en busca de tu padre?

Ella sonrió.

—Probablemente no lo hallaremos vivo —añadió—. De todos modos, nuestra suerte está en manos de Blake y tú debes ayudarme a vigilarlo y después de apuntar a

Blake, señaló al fusil para darle a entender lo que decía.

Luego caminó a la zaga, a treinta pasos de Blake, Desde aquella distancia podía tumbarlo de un solo tiro de revólver.

Seguían el rastro dejado por el trineo cargado de carne, en dirección noroeste. Felipe creyó que Blake guiaba bien y que no tardarían en llegar al Coppermine, y esperaba que, una vez puestos en la endurecida superficie de la corriente que se desliza hasta el Ártico, disminuiría el peligro de la emboscada. Blake no ignoraba esto, y era evidente que, de intentar la fuga, no esperaría llegar al río.

Mientras caminaban entre arbolillos diseminados al extremo de la inmensa planicie, Felipe permanecía al lado de Celia; mas cuando pasaban por una espesura del bosque, corría junto a Blake, haciendo ostentación del grueso «Colt». Entonces Celia cuidaba de vigilar la retaguardia. Durante tres cuartos de hora avanzaron así sobre la pista del propio trineo, y de repente Blake gritó una orden y se pararon los perros. Habían llegado a una loma desnuda que dominaba una tira de la blanca estepa, a cuyo lado opuesto, a unos seiscientos metros, reaparecía la negra franja del bosque. Blake la señaló con el látigo, por un punto donde subía la densa columna de un humo resinoso.

—Decida dijo fríamente a Felipe El camino que hemos de seguir cruza por ese bosque... y ya ve usted el humo. Supongo que son una veintena de los hombres de Upi que están comiendo caribú, porque no andaban muy lejos cuando lo cazaron. Si seguimos, lo más probable será que nos vean o nos olfateen sus perros, y Upi es el asesino más sanguinario que conozco. Como no quiero que me abraza usted la mollera, se lo aviso.

Felipe observó en los ojos de Blake una sombra escondida que le infundió recelos. Aquel hombre no era miedoso y, no obstante, daba un consejo con todas las apariencias de bondad a su enemigo.

Blake se le acercó para insistir en voz baja:

—Le advierto, Raine, que ésa es una de las patrullas de Upi. Si persiste en continuar la marcha, antes de acabar el día tendremos a la espalda doscientos hombres armados que se apoderarán de usted, sea cual fuere mi suerte. Aún está a tiempo de aceptar mi único recurso que le ofrecí. Si estima en algo su vida, créame, déme la chica y lárguese con el trineo a través de la estepa.

—Vamos adelante —replicó Felipe, mirándolo con energía y desprecio—. Tú conoces perfectamente a esos asesinos del diablo. Sólo tú puedes pasar entre ellos sin ser visto, y pasarás si no quieres que te mate. Quizá luego se nos echen encima, pero no sufrirá la muchacha tanto en su poder como en el tuyo. ¿Entiendes? Vamos a terminar el juego empezado, en que tú tienes la apuesta mas crecida, y, no sé por qué, presiento que la vas a perder antes de llegar a la cabaña que buscamos.

Blake se restituyó a su talante de sumisión, porque comprendió que las palabras de Felipe eran terminantes, y encogiéndose de hombros arreó hacia el Oeste. Felipe, caminó a su lado, empuñando el revólver y en incesante alerta, la media hora que

tardaron en rodear el bosque donde se ocultaba la banda de Upi. No obstante haberlo rebasado sin ningún tropiezo, Felipe llegó a convencerse de que Blake estaba tramando muchos proyectos. Una expresión de despectiva frialdad, que le sorprendió más de una vez, llevóle a recelar de la traición que se estaba fraguando en la mente de aquel hombre. Sin duda esperaba aprovechar la aparición del primer enemigo. Algo flotaba en el aire que oprimía al mismo Felipe con el presentimiento de una amenaza indefinible, de un peligro inminente, aunque estaba dispuesto a disparar contra Blake a la menor sospecha.

Y de pronto, éste se detuvo para señalar un llano abierto ante su ruta, y dijo:

—Ahí está el río Coppermine.

Capítulo XXIII

Blake desaparece

FELIPE contemplaba la ancha superficie helada del río Coppermine, cuando se volvió, a un grito de Celia. La muchacha le indicaba una roca que prorrumpía aislada como un raro cenotafio en la lisa llanura.

Blake rió en un gruñido de desprecio, viendo que el rostro de la joven se tornaba de púrpura.

—Dice que Bram Johnson la condujo por aquí —advirtió, sin dejar de reír entre dientes—. Bram, que era tan loco como usted.

Sin esperar respuesta, fustigó a los perros por el declive, y cinco minutos después se deslizaban por la helada corriente.

Felipe experimentó tan profundo alivio como Celia al verse caminando a su lado por aquel camino de hielo que serpenteaba entre campo raso, donde no eran temibles asechanzas ni durante la noche. Pero en el rostro de Blake había una expresión que le mantenía despierto el presentimiento de un próximo y desconocido peligro. En vano luchaba por tranquilizarse, teniendo por infundados sus recelos opresores. Blake estaba en su poder, no podía escapársele, y su vida dependía de que dejase sanos y salvos en la cabaña que buscaban. No era razonable suponer que Blake se jugase la vida por darse el gusto de entregarlos en manos de los esquimales.

Con todo, lo hizo objeto de más estrecha vigilancia a medida que se internaban en los misteriosos e interminables hielos hiperbóreos. Le pareció que Blake se percataba de su creciente vigilancia y que aceleraba la marcha, cada vez más confiado en el éxito de sus ocultos propósitos, que de trecho en trecho le arrancaban una risa de gato marrullero. Se hundían en las distancias abiertas de una gran planicie surcada por el camino del agua helada bajo la nieve, y Felipe se abstenía de preguntar al guía, por considerarlo inútil. Blake le diría la verdad o la mentira, según lo que juzgase conveniente. Y de pronto, como si el gigante hubiera adivinado el pensamiento de Felipe, se le acercó riendo, y, sin ocultar el tono de ironía, le dijo:

—Es curioso, Raine, que me inspire usted un verdadero interés, después que nos hemos maltratado y procurado matarnos. ¿No le parece? Creo que debe ser la

compasión que siento por usted, viéndolo empeñado en pasar las puertas del infierno que se abren de par en par ante nosotros.

—¿Y tú no pasarás?

Blake rió roncamente.

—Yo no cuento ya. Desde el momento en que usted ha resuelto no entregarme la muchacha a cambio de la vida, yo no tomo parte en el juego. ¿Cree usted que puedo contener a toda la tribu del viejo Upi? Se equivoca. En su tierra no basta mi influencia. Si me hubiera entregado la chica, yo me hubiese entrevistado con Upi a mitad del camino. ¡Dios! Qué sueño tan precioso me ha quitado usted.

—¿Un sueño?

Blake gritó una orden a los perros.

—Sí, más que eso. Tengo allá un igloo más hermoso que el del mismo Upi, construido con barbas de ballena y tablas de barcos naufragados. ¡Figúrese usted, Raine! ¡Vivir allí con la muchacha! Ésta era mi más grande ilusión.

—¿Y su padre?... ¿y los otros?...

La risa gutural de Blake sonó feroz, como si Felipe le hubiese recordado algo que le divertía y encolerizaba a un tiempo.

—¿No sabe usted los grandes miramientos que tienen esos paganos de *kogmollocks* por un suegro? Es el representante sagrado de la familia. Un dios con dos piernas que se pasea tranquilo. ¿A los otros? Pues los mataron; pero Upi y sus idólatras se guardaron bien de tratar desconsideradamente al padre en cuanto supieron que yo pretendía a la hija. Por eso vive en paz en su cabaña. ¡Dios! ¡En qué trampa se va usted a meter, Raine! Y cuando usted me mate y ellos lo maten, ¿de quién será la chica? En la tribu hay un mestizo que seguramente la reclamará para sí. Ya sabe que los paganos no hacen el menor caso de las mujeres. Seguramente será, para el mestizo.

Y adelantándose, chasqueó la tralla y gritó a los perros. Felipe pensó que muchas cosas de las que le dijo eran verdad. Voluntariamente había confesado el asesinato de los compañeros de Armin, dando una explicación satisfactoria de cómo éste se salvó. Pero la misma franqueza del hombre aumentaba sus sospechas, porque del estar muy seguro de sí mismo al manifestarse tan espontáneamente.

Durante las horas que siguieron, Blake no reanudó la conversación ni contestó de buena gana a las preguntas de Felipe; pero puso el trineo a tal velocidad que hombres y bestias quedarían seguramente extenuados antes de anochecer. En la hirsuta cabeza de Blake se debía de agitar un mundo de pensamientos peligrosos, y el esfuerzo que realizaba para mantener aquella velocidad le comunicaba una satisfacción. A las tres de la tarde habían caminado treinta y cinco millas a través de las nieves desiertas. Cerca de las cuatro empezaron a encontrar algunos abetos, que poco a poco iban adquiriendo la espesura de un bosque en algunos trechos. Felipe obligaba entonces a Blake a no perder el centro del río, donde quedaban protegidos contra toda sorpresa. De una a otra ribera había siempre doscientas yardas, por lo menos, y con frecuencia,

cuatrocientas. Sólo era de temer a tal distancia una bala de fusil, y cuando podía esperarse una celada, Felipe se acercaba a Blake, revólver en mano. Cualquier disparo, aunque no hiciese blanco, significaba la muerte de Blake.

Antes que el turbio crepúsculo del Ártico los envolviese, Felipe empezó a notar los efectos de aquella marcha forzada. Las horas de inmovilidad pasadas en el trineo acabaron por poner en la faz de Celia la palidez de los grandes abatimientos. Después de un trote sostenido durante toda la tarde, los perros estaban muertos de fatiga. Blake y sólo Blake parecía incansable. A las seis el terreno se extendía en una llanura casi lisa y con un bosque muy claro a cada lado del río. Habían hecho en nueve horas cincuenta millas. Felipe dio, la orden de parar.

Su primera preocupación fue atar a Blake de pies y manos, dejándolo de espalda contra una duna, a doce pasos del trineo. El forajido aceptó la situación con una indiferencia que parecía más forzada que filosófica. Luego, mientras Celia daba unos pasos para aligerar sus entumecidos miembros, Felipe fue a la orilla a recoger un poco de leña seca, entre los matorrales, con que encender un fuego escaso y disimulado con el trineo. En diez minutos tuvieron cocida la cena. Apagó el fuego, dió de comer a los perros y procedió en seguida a fabricarse un nido con las pieles de oso, donde él y Celia pudieran estar cómodos. Entre tanto, se habían hecho tan densas las tinieblas, que Blake apenas se destacaba como una sombra sobre la nieve.

Sin dejar el revólver de la mano, Felipe atrajo hacia sí a Celia, que apoyó la cabeza contra su pecho y le pasó suavemente un brazo por el cuello. Le hundió los labios en la tibia suavidad de la cabellera, sin perder de vista a Blake un momento ni dejar de escuchar la cansada respiración de los perros. En el profundo silencio de la noche empezaron a guiñar las estrellas, y el mundo se bañó pronto en una claridad fría y recatada. Bajo la tímida luz de los astros, Felipe vio brillar el pelo de Celia como un velo de castidad que los cubría a entrambos, y más de una vez le llegó el centelleo fosforescente de los ojos del proscrito. Las dos orillas se destacaban claras. A doscientas yardas podría distinguir a un hombre que se acercase.

Al cabo de cierto tiempo, observó que Blake humillaba la testa sobre su pecho y su respiración se hacía mas profunda. Pensó que dormía. Celia, acurrucada contra él como una palomita, cayó en dulce sopor. Sólo él velaba atento. Los perros, tumbados sobre las patas, estaban muertos para este mundo. Durante una hora Felipe se mantuvo alerta, sin apreciar en Blake el menor movimiento ni nada sospechoso. Las estrellas iban limpiando la noche de sombras y sacaban en el revólver reflejos que no podían escapar a los ojos de Blake en el momento de despertar.

Pero Felipe sorprendióse luego en ruda lucha contra el sueño. Se le cerraban los párpados y tenía que realizar repetidos esfuerzos para mantenerlos abiertos. Era su propósito descansar tres horas, y dos irían transcurridas cuando por vigésima vez abrió los ojos en un supremo esfuerzo y vio que Blake no se había movido: permanecía con la cabeza caída hacia delante. De manera lenta, irresistible, la fatiga lo fue aplanando y se adueñó de su voluntad. Pero aun entonces continuó en una viva

protesta subconsciente contra el sueño. Le parecía que esta lucha duraba horas y que una voz le advertía a gritos la conveniencia de despertar y vigilar ante un inminente peligro. Por fin venció; se abrieron sus ojos y los dirigió ofuscados y a ciegas, donde dormía Blake. Su primera sensación fue la de un gran alivio por haber despertado. El cielo brillaba en todo su esplendor; la noche era una tumba de silencio, y allí, a doce pasos, se alzaba la duna de nieve.

Pero Blake... Blake...

El corazón le brincó a la garganta.

¡Blake había desaparecido!

Capítulo XXIV

Olaf Anderson

FELIPE se irguió de rodillas sin pensar en Celia, que despertó sobresaltada, y viendo el brillo de su revólver y que Blake ya no estaba en su puesto, adivinó lo sucedido. Felipe paseó una rápida mirada por el desierto, bañado de luna, y no vio alma viviente. Se fijó en el fusil y respiró con alivio. Blake no se lo había llevado. Al principio le parecía aquello inexplicable; pero luego supuso que el bandido se escapó mientras él estaba haciendo el último esfuerzo por despertar, sin más tiempo que el preciso para deslizarse hasta confundirse entre las sombras de la noche. Acaso creyéndolo sólo amodorrado y viendo que no aflojaba el revólver que sostenía, no se atrevió a coger el arma que estaba a los pies de Celia, desafiando el peligro.

Arrebujó a Celia en las pieles y se acercó al montículo de nieve donde había dejado a Blake. Una exclamación de pasmo llegó a oídos de la muchacha. Felipe se explicaba ya lo sucedido. Blake no se había escapado solo. Hasta lo alto de la duna, por la otra parte, se había arrastrado un cuerpo, como delataba un surco que le recordó el que dejan los esquimales al arrastrarse como gusanos para sorprender a las focas que duermen. Bien claro aparecía que Blake escapó con la ayuda de otro hombre, cuyas manos y rodillas estaban impresas en la nieve.

Celia se le acercó con el fusil y lo miró con ojos interrogadores y de espanto. Felipe en aquel momento prefería que la muchacha no pudiera preguntarle de palabra. Guardó el revólver en la funda y le tomó el fusil de las manos. Sería de más efecto en la lucha, que ya no podía hacerse esperar. Si un esquimal se había adelantado para libertar a Blake, los otros de la tribu de Upi no andarían lejos. Admirábale que Blake y el *kogmollocks* no lo hubiesen matado en vez de huir. Adivinaba la verdad en lo que dijo a Celia, contento de no ser comprendido.

—Demos gracias al revólver. Pensaron que yo cerraba los ojos, pero no dormía. Si una fuerza inconsciente no me hubiera mantenido el arma en la mano...

Trató de sonreír, aun sabiendo que de un momento a otro podía sorprenderles la muerte, agazapada entre las sombras que proyectaban los arbustos en la siniestra palidez de la luna.

Sin perder tiempo acomodó a Celia en el trineo. La joven se daba cuenta de lo tremendo de la situación y sus ojos traicionaban el miedo que sentía. Al inclinarse Felipe para abrigoarla, ella le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia sí, hasta que se confundieron sus labios en un beso. Celia rompió en sollozos de agradecimiento y él se arrancó del abrazo y fue junto a los perros.

Ya éstos estaban de pie, y al oír la voz de mando se colocaron en formación, imprimiendo una lenta marcha al trineo. Felipe hizo chasquear el látigo sobre sus lomos, y las bestias avivaron la marcha. Frente a ellos se iba extendiendo la ancha cinta del río, y los perros la seguían con la viveza de las bestias que husmean el establo. Felipe hizo inventario de sus cartuchos, rogando a Dios desde el fondo de su alma que los esquimales no se presentasen antes del amanecer, porque, seguro de que era inevitable una última lucha por Celia, deseaba la luz del día para no errar un tiro. Con treinta cartuchos confiaba batirse eficazmente hasta alcanzar la cabaña de Armin. Luego la suerte decidiría, aunque también tenía ya su proyecto. Si no tumbaba a Blake en la lucha que daba por descontada, desplegaría un pañuelo como bandera blanca, pidiendo parlamentar con el bandido so pretexto de contratar la entrega de Celia, y en cuanto lo tuviera cerca le descerrajaría un tiro sin contemplación alguna. Después de sacarse de delante a Blake, quizá hubiese algún medio de tratar con Upi y los *kogmollocks*, a cuyos ojos otras cosas serían más preciosas que una mujer. Esta idea le infundió nueva esperanza. Recordó el incidente de Pedro Breault y la enfermera que había quedado esperando el rescate en poder de los *nanamalutes* hacía tres años. Ni un cabello de la mujer blanca se atrevieron a tocar en los nueve meses que duró su cautividad. No había un solo blanco —como le contó Olaf Anderson—; sola entre esquimales. Con éstos esperaba poder tratar si mataba a Blake, y ahora se arrepentía de no haber aprovechado la ocasión que se le deparó en la cabaña.

Con todo, su optimismo iba en aumento. Con tal de que no le atacaran durante la noche, tenía el noventa por ciento de probabilidades de deshacerse de Blake. En cuanto se encontrase con los esquimales sembraría la muerte entre ellos si le atacaban, y parapetándose con Celia en el trineo, gritaría que aceptaba la proposición de Blake, que estaba dispuesto a entregar a Celia como precio de su cabeza. Pediría hablar con Blake y entonces sería ocasión de obrar.

Mas las horas de la noche se movían con desesperante lentitud, y a la lúgubre claridad de la luna agonizante, en que se deslizaban los perros como sombras huidizas, Upi y sus hombres podían aparecer de pronto como fantasmas salidos de la tierra. En tal caso, todo se malograba. Fustigó a los perros, llamándolos por los nombres que oyera a Blake, y de vez en cuando haciendo restallar el látigo. La superficie del Coppermine era lisa y dura, y a veces brillaba el hielo como un metal bruñido. Era tan hondo el silencio, que las uñas de los perros sonaban como ligeras castañuelas en el cristal: clic, clic, clic, entre una respiración jadeante, y los patines del trineo arrastraban un chillido estridente por la endurecida nieve. Fuera de estos

ruidos, Felipe sólo oía el de su corazón como un latido del silencio. Durante millas y millas se deslizaron por el Coppermine, hasta que apareció el último árbol y la última franja de vegetación, y salieron a la vasta llanura, abierta y rasa, del Ártico. Para siempre se le quedaría impresa a Felipe en la imaginación aquella noche como un sueño grotesco horrible, singularmente cuando desapareció la luna y quedaron sumidos en tinieblas, a merced de cualquier sorpresa. Felipe, entonces, animaba a los perros, que empezaban a rendirse, tirando él mismo del carro hasta que, muerto de fatiga, mandaba hacer alto para llegarse a Celia y decirle en un abrazo que todo iba bien.

Una eternidad, tardó en lucir la aurora, y se hizo de día con la misma rapidez de las noches árticas. Las sombras se fueron desvaneciendo, y la inmensa planicie se presentó a sus ojos como un mar blanco del que se disipa la niebla. Felipe no apartaba la vista del curso del Coppermine, que dejaban atrás, recelando que por allí debían de aparecer sus enemigos. Celia, que se estrechaba a su lado sin dejar de mirar al Norte, dio un grito que hizo volver a su compañero como si hubiese sonado un disparo. Felipe, que no esperaba encontrar más vegetación, se quedó sorprendido ante una zona de bosque que, a menos de media milla, avanzaba por el Oeste como un dedo negro que señalase el río. En seguida vio lo que había arrancado a Celia la exclamación: una espiral de humo, que rompía la mancha negra del bosque y se perdía en el aire, le mostró una cabaña, y el resto lo adivinó en los ojos de la muchacha. No podía comprender lo que le decía con palabras que se quebraban en su emoción y en sus sollozos, pero comprendía que llegaban al término de la carrera y a la vivienda de Armin. Éste vivía, como les dijo Blake, y a tales horas estaría preparando el desayuno. Tales horrores había pasado durante toda la noche, que ahora le acometía un deseo loco de reír, y lo raro del caso era que, a pesar del deseo, ni un sonido pudo arrancar a su garganta. Le era imposible apartar la vista de la cabaña y fue necesario que Celia se abandonase en sus brazos, sin fuerza para contener más la grande emoción de su triunfo, para apartarlo de aquel encantamiento. Mas pronto se halló sobresaltadamente vuelto a la cruda realidad de sus pasados temores. De la compacta masa de abetos llegaba un clamoreo de voces humanas que parecía remedar los aullidos de una manada de lobos lanzados en persecución de una bestia o de un hombre. Ya habían oído aquel grito de esquimal lanzado en la soledad de la selva, mas esta vez era una algarada estridente. De pronto sonó el estampido de un disparo de fusil, que fue contestado casi inmediatamente por una descarga cerrada. Luego se hizo el silencio.

Felipe ocultó a Celia lo mejor que pudo en el trineo y dirigió a los perros hacia la entrada del bosque. Cinco minutos después llegaban frente a la cabaña. Todo estaba en silencio. Sólo el humo daba señales de vida. Apenas se hubo parado el trineo, Celia saltó y corrió a la puerta, Estaba cerrada. La muchacha golpeó con su puño las maderas, gritando un nombre extraño, presa de viva excitación. Felipe, que se había también acercado, oyó el ruido de una tranca que se movía tras la puerta, y una voz

profunda y varonil, que arrancó un grito a la muchacha. Se abrió una puerta y detrás se abrieron unos brazos, a los que se arrojó Celia. Era un anciano de barba y cabellos blancos. Fue cuanto Felipe pudo ver, antes de volverse, estremecido, a un grito que sonó a su espalda. Un ser humano salía de la selva, corriendo en dirección a la cabaña. Reconoció en seguida a un hombre blanco y fue a su encuentro empuñando el revólver. Los dos hombres se miraron de frente.

Era el que venía un hombre gigantesco. Sus largos cabellos rubios le caían por los hombros. Traía la cabeza descubierta y jadeaba como un fugitivo; era su rostro una brasa de sangre, y sus ojos parecían arrancársele de las órbitas al fijarlos en Felipe, el cual a punto estuvo de dejar caer el revólver, de estupefacción, mientras exclamaba, sin acabar de creer lo que estaba viendo:

—¡Dios mío! ¿Pero eres tú, Olaf Anderson?

Capítulo XXV

El asedio

EL corpulento sueco se quedó pasmado un instante, y su torva mirada se trocó en un raptó de alegría. Como un náufragó, se agarró a la mano que Felipe le tendía, esforzándose inútilmente en hablar, sin dejar de mirarlo, como si no acabase de dar crédito a sus ojos. Entonces se transformó su semblante; sanguíneo y abotagado, con aquella sonrisa que nadie podía imitarle y que le valió tantas simpatías. Todos sus compañeros daban por descontado que Olaf Anderson saludaría a la misma muerte con aquella sonrisa ancha que mostraba su dentadura en medio de los mayores peligros y que ahora tenía toda la cordialidad de una acogida calurosa.

—Llegas a tiempo —le dijo por fin, sacudiéndole la mano y acentuando su sonrisa— en hora oportuna. ¡Todos muertos, menos yo! ¡Calkins, Harris y el menudo alemán, O’Flynn! ¡Fríos y rígidos están todos, Felipe! Ya sabía que mandarían una patrulla de investigación. Cada día os esperaba. ¿Cuántos sois?

Y volviendo la vista a la cabaña y al trineo se le enfrió la sonrisa, y Felipe pudo oír su respiración. Una rápida mirada le reveló la espantosa verdad. Soltó la mano del compañero y, retrocediendo un paso, lo miró de arriba abajo.

—¡Solo!

—Sí, solo —respondió Felipe—. Solo con Celia Arman, a quien he devuelto a su padre. Un bellaco, de nombre Blake, se ha quedado un poco atrás con la tribu de Upi. Hemos podido ganarle ventaja, pero temo que no tardarán en ofrecerse a la vista.

—¡Dios nos ampare, pero será divertido! —exclamó—. Llegarán en el primer tren, por así decirlo, mientras la otra mitad de la tribu de Upi me va pisando los talones. ¡Lo más cómico de todo es que vengas solo! ¿Municiónes? —preguntó de súbito, fijándose en el revolver—. ¿Y de boca?

—Treinta o cuarenta cartuchos de fusil, una docena de «Colt» y abundante comida...

—Entonces, a la cabaña, y los perros también —apremió el sueco.

Una detonación llegó del bosque. Por encima de sus cabezas pasó silbando una bala.

Un momento después estaban en la cabaña y hacían entrar los perros con el trineo, no sin alguna resistencia. Durante la operación, seis tiros de fusil vinieron del bosque, y una bala, que dio de rechazo en una rendija, cayó adentro con un sonido metálico. Mientras Olaf atrancaba la puerta, Felipe se volvió un momento hacia Celia, que se le acercó brillándole los ojos de alegría y le echó los brazos al cuello. El sueco se quedó con la boca abierta, mientras el viejo Armin contemplaba el grupo con mirada de duda. La muchacha se aupó sobre la punta de los pies y besó a Felipe: luego volvió la cabeza a su padre, diciéndole algo que arrancó una exclamación a Olaf, y corrió al lado del anciano. El sueco estaba escudriñando por el estrecho intersticio de entre dos troncos, cuando se le acercó Felipe para preguntarle al oído:

—¿Qué ha dicho, Olaf?

—Que la casará contigo si salimos de este infierno. ¡Vaya una perra suerte, si es verdad! ¡Figúrate! ¡Celia Armin casada con un caballero como tú! Pero eso no llegará. Si lo dudas, mira por este agujero.

Felipe hizo lo que se le decía y vio que por la linde del bosque se movían los esquimales, en número de unos cincuenta, sin tomar ninguna precaución para ocultarse. Olaf Anderson le puso entonces al corriente de la situación.

—Hace cuarenta días que estamos rechazando sus asaltos —dijo con el laconismo y en el tono que hubiera usado en un informe verbal a sus superiores—. Hemos disparado ochenta cartuchos y nos hemos repartido entre los dos un mes de ración. Anteayer se nos acabaron las municiones. No me quedaban más que tres cartuchos. Ayer nos dejaron tranquilos, pero nos mataba el hambre. Antes que resignarme a morir, esta mañana he querido aventurarme en busca de caza y he sorprendido a dos que transportaban carne; se ha entablado una ligera lucha, han acudido otros y me he visto obligado a disparar dos de mis cartuchos. Me queda uno, y si se muestran tan valientes es porque saben que no podemos hacerles daño. Mi fusil es del calibre treinta y cinco ¿y el tuyo?

—Del mismo número —contestó Felipe con rapidez hirviéndole la sangre con deseos de combate—. Te daré la mitad. Salí en comisión de Fort Churchill y he llegado hasta aquí por cuenta propia. —Y sin apartar la vista de la hendidura, le contó en pocas palabras lo sucedido con Bram Johnson—. Con cuarenta cartuchos —añadió—, aún les haremos pasar un mal rato.

Se interrumpió lanzando una exclamación de sorpresa. Anderson estaba mirando por otro agujero y vio también aparecer a lo lejos, por el llano que se extendía entre el bosque y el río, un trineo, y luego otro y otro, hasta cuatro. Detrás de cada uno caminaba un grupo como de treinta encapuchados.

—¡Blake! —exclamó Felipe.

Anderson se apartó de su observatorio. Sus ojos brillaban con un fulgor siniestro, sus facciones se endurecieron como el hierro labrado en aquella terrible sonrisa con que entraba en la lucha y afrontaba al enemigo. Lentamente, se volvió señalando a cada una de las cuatro paredes, diciendo con la brevedad de un estratega:

—Aquí se dirigirán todos los tiros, y como nos pueden atacar por los cuatro lados, en cada uno he practicado una aspillera. Armin sólo podrá batirse con un palo si llega el caso. Estas paredes están construidas con abetos jóvenes y algunas balas las atravesarán. Fuera de esto, tenemos una gran ventaja. Esos diablos son supersticiosos y no pelearán de noche. Ni el mismo Blake es capaz de obligarlos. De ese bribón huía yo cuando encontré a Armin y a su gente. —Y acabó con un terno.

Felipe partió las municiones con Olaf sin dejar de mirar a Celia y a su padre, que escuchaban sin entender; luego se acercó al anciano tendiéndole ambas manos en un saludo cariñoso. Celia sonreía complacida y le temblaba la voz hablando a su padre, mientras sus ojos se posaban en Felipe. Armin se adelantó un paso y estrechó las manos del joven. Felipe había tomado al padre de Celia por un anciano decrepito con su barba blanca, sus hombros abatidos y su manos flacas y largas; pero entonces vio que sus ojos brillaban con reflejos de un vigor íntimo que desmentía toda caduquez, al mirarle dentro de los suyos como si quisiera leerle los más hondos pensamientos. Luego le habló, y Felipe encontró en los ojos de Celia, en sus labios entreabiertos y en la llama que arreboló su rostro toda la explicación de lo que estaba diciendo:

Del lado opuesto les llegó la voz de Olaf, que estaba cargando el fusil. Se dirigió a Celia y Armin en su propia lengua, y después a Felipe.

—Hemos de prepararnos para la danza, Pronto la van a empezar. ¿Cuántos cartuchos me has dado?

—Diecisiete para cada uno.

Felipe examinó su fusil y miró por la aspillera. A su espalda oyó a Olaf que ataba los perros a las patas de la tarima; Armin decía algo en un lenguaje extraño y el sueco le contestaba en el mismo idioma; Celia preguntaba, no entendía qué, en voz baja y angustiada. Pero en aquel momento le brincó el corazón en el pecho. Desde la entrada del bosque, una larga fila de bultos avanzaba a campo raso en dirección a la cabaña. Al principio no dio importancia a tal maniobra, pero de pronto se le ocurrió examinar el campo y no tardó en descubrir, casi en medio del llano, una ligera elevación del terreno, que podía servirles de espaldón y a donde con toda seguridad se dirigían. Comprendiendo la importancia de aquel movimiento de avance, llamó a Olaf, alarmado:

—¡Ya se mueven! Van a tomar esa loma, en que apenas se fijaría uno, que se extiende entre el bosque y la cabaña. ¡Válgame Dios, Anderson! ¡Eso es un ejército!

—No pasan de ciento —replicó fríamente el sueco, mirando por su aspillera—. ¡Calma, Felipe! Esto va a ser para nosotros un ejercicio de tiro al blanco. El ochenta por ciento de nuestros tiros han de ser mortales. Estamos en una situación muy cómoda, si la comparamos con la pasada que nos jugaron cuando tumbaron a Calkins, Harris y O'Flynn. Yo me escapé de noche.

La fila de enemigos avanzó hasta dejar atrás todo retoño, toda mata donde poder ocultarse; diríase que invitaban a los de la cabaña a romper el fuego. Olaf sonrió fijando la puntería.

—¡Pícaros! —murmuró—. Quieren cerciorarse de si tenemos municiones.

Felipe aprovechó aquel momento de intensa expectación para interrogar a su compañero:

—Ya puedes haber adivinado, Olaf. Los dos, ella y yo, hemos pasado por un verdadero infierno, y yo la amo. Si salimos de ésta, será mi mujer, según la promesa que me ha hecho, y Dios me es testigo de que no entiendo cuatro palabras de su idioma. ¿Qué ha sucedido? ¿Quiénes son? ¿Por qué estaba con Bram Johnson? Tú que hablas su lengua y has estado con ellos...

—Ya se disponen al ataque —interrumpió Olaf como si no le atendiese—. Se proponen algo más que alcanzar el espaldón. Siguen la táctica que Blake les dicta. ¿Ves esos grupos que se forman? Van en busca de troncos para servirse de ellos como arietes, mientras los otros hacen fuego desde el parapeto.

Respiró en una pausa y siguió en el mismo tono:

—Calkins, Harris y O'Flynn murieron como valientes. Ya te lo contaré más tarde. Después de correr durante siete días ante mis perseguidores, me encontré con Armin, su hija y dos rusos más, a quienes acompañaban dos *kogmollocks* del golfo de la Coronación. Dos días más tarde caía sobre nosotros la horda de diablillos que mandaba Blake. Ya puedes suponer lo que pasó. Sin que pueda saber de dónde venía ni adónde se dirigía, apareció Bram Johnson con sus lobos. Los *kogmollocks* piensan que Bram es un gran demonio y que sus lobos son también demonios encarnados. Sin su providencial llegada nos hubieran matado y Blake se habría apoderado de la muchacha; pero viendo que Bram se sentaba sobre las piernas ante ella y la miraba como un bábica, se quedaron sobrecogidos como ante un terrible misterio. Al día siguiente observé que Bram se agachaba para recoger un objeto que se puso a contemplar con obstinada ración. Me acerqué y vi que tenía en sus manos un cabello muy largo de Celia, pero de pronto se me puso a gruñir como un animal que teme le quiten la presa. Sospechaba lo que pasaría si Bram nos abandonase. Blake no esperaba otra cosa para lanzar sobre nosotros sus esquimales. Aconsejé a Celia que ella misma le ofreciese un mechón de sus cabellos. Así lo hizo, presentándoselo con sus propias manos, y desde aquel momento el loco veló por ella tanto como un perro. Traté de hablar con él, pero me fue imposible darle a entender nada. Luego...

El sueco se interrumpió:

—¡Ya avanzan, Felipe! Apunta a los que llegan con los troncos, pero no dispaes hasta tenerlos cerca... Bram y sus lobos necesitaban carne y se alejaron de caza. Blake nos atacó en su ausencia, matándonos a los dos rusos. Armin y yo luchábamos desesperadamente defendiendo a la muchacha, cuando se presentó Bram con la rapidez de un rayo. No luchó. Cogió a Celia, la puso en el trineo y ambos desaparecieron como llevados por el viento. Armin y yo encontramos esta cabaña, y aquí, durante cuarenta días y sus noches...

Se detuvo de pronto. Inmediatamente sonó el disparo de su fusil, y un *kogmollock* dio una voltereta en la nieve.

Capítulo XVII

El tributo de Bram a la princesa

LOS esquimales avanzaban a pecho descubierto por el llano, y ante su número quedó Felipe sorprendido y un poco desanimado. No obstante, afinó la puntería y, siguiendo instrucciones de Olaf, disparó sobre el grupo más cercano. El humo privó al principio de ver el resultado, pero cuando apuntó de nuevo, otro bulto aparecía inmóvil sobre la nieve. Olaf, que había visto caer al esquimal, lanzó un grito de aprobación. Felipe siguió apuntando contra uno de los cinco pelotones que se acercaban con otros tantos troncos, para utilizarlos como arietes. Cuando se le acabó la primera carga de cartuchos había tumbado a cuatro de los que llevaban el leño que los otros dos abandonaron. Al volverse para cargar el fusil, vio a Celia a su lado, mirando el campo por una abertura de la pared. En aquel momento trágico se mostraba la mujer valerosa de siempre. En sus ojos brillaba una luz de proeza; sus labios separados enseñaban la blancura de sus dientes; una flor se encendía en cada una de sus mejillas. De pie ante él, daba testimonio en su fragilidad del magnífico valor y de la confianza que le inspiraba el amado.

—Todos están en el parapeto —gritó Anderson—. Hemos tumbado a ocho.

Felipe vio que algunas balas enemigas se abrían paso a través de la pared, y, dejando el fusil apoyado en ésta, obligo a Celia a resguardarse tras la tarima arrimada a un ángulo.

—No te muevas de aquí —le, dijo—. ¿Comprendes? ¡No te muevas!

Ella le sonrió dulcemente con expresión encantadora, dándole a comprender que entendía y sería obediente. Aunque en ello le hubiera ido la vida, Felipe la hubiese abrazado, como lo hizo antes de volver a su puesto de observación. Armin permanecía tras la puerta con las manos apoyadas en un enorme leño, mientras Olaf aplicaba la vista a la hendidura esperando calmamente un ataque definitivo. No se hizo éste aguardar mucho: desde el parapeto se abrió un fuego intenso contra la cabaña, que resonó de balazos, atravesada por muchos puntos. Una astilla de la puerta dio contra el rostro de Armin y casi al mismo tiempo una bala pasaba por la espillera, tan cerca de Felipe, que éste sintió el soplo de su silbido en una mejilla. Uno de los

perros lanzó un lastimero gruñido y se agitó entre los compañeros como atacado de locura.

Olaf se volvió a Felipe. No sonreía. Su torvo semblante era una máscara de hierro.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó—. ¿Has oído? ¡Cuerpo a tierra! —Y dejándose caer de rodillas, repitió el mismo aviso al padre de Celia, en lengua extraña—. Tienen bastantes armas para hacer una criba de esta casa si no les faltan municiones, y los troncos de la base son más gruesos. Echaos a tierra hasta que acaben de tirar; con los pies hacia la pared, como yo. —Y se estiró a lo largo, en dirección paralela a la del fuego.

En vez de seguir su ejemplo, Felipe fue al lado de Celia y una bala le rozó el cuello de la camisa. Junto a la joven se tumbó, enlazándola en sus brazos y protegiéndola con su cuerpo, y dio gracias a Dios por el abrigo que les ofrecía la tarima. Una bala se abrió paso por la madera y fue a caer amortiguada junto a ellos, Celia se mantenía con la cabeza contra su pecho y la mirada fija en él; sus alientos se confundían. Felipe no admitía que pudiera haber sonado la última hora de Celia, aunque la situación era inaguantable, horrorosa, Las balas caían en la cabaña como lluvia de plomo, Felipe oyó la voz del sueco que advertía:

—¡No levantéis la cabeza! A un palmo del suelo pueden matarnos. Sólo el tronco inferior nos protege.

Como prueba de la verdad se oyó en aquel momento un aullido breve, y otro perro cayó muerto.

Felipe estrechó entre sus brazos a Celia, que se le agarraba al cuello, despavorida y convulsa; oprimió sus labios en la mejilla de la amada y esperó, no sin pensar en la ironía de la suerte, si. Blake llegaba a encontrar a Celia viva, precisamente por la protección que le ofrecía su cuerpo. De tal manera se interponía él entre las balas y Celia, que mientras los hombres quedarían muertos o heridos, ella saldría incólume para caer en poder de su enemigo. ¡Oh sarcasmo!

Pero de pronto cesó el fuego y sucedió una algarada de mil demonios. Olaf se levantó y fue a observar lo que pasaba. Felipe hizo lo propio, apercibido a la defensa; pero antes de llegar a la aspillera, una oleada de emoción le paralizó en el puesto, al oír que el sueco gritaba sin volver la cabeza:

—¡Dios mío! ¡Es Bram... Bram Johnson!

La misma Celia se estremeció al oír aquel grito emocionado. ¡Bram Johnson! Se acercó a Felipe y los dos miraron al campo de batalla. ¡Bram y sus lobos salían del bosque! Las fieras, desplegadas en forma de abanico, completamente libres, corrían como furias, azuzadas por Bram, que tras ellas, blandiendo un garrote, parecía un coloso, un monstruo, un genio de las soledades, destacándose en la blanca llanura. Les llegó su penetrante alarido, apagando toda otra voz, como el bramar de una bestia apocalíptica. Los lobos se acercaban... y los amigos de la cabaña comprendieron la verdad en un instante, que les cortó el aliento.

¡Bram Johnson y sus lobos atacaban a los esquimales!

Felipe apartó un momento la vista del magnífico espectáculo que ofrecía el loco del desierto y sus bestias irrefrenables, para fijarla en la loma desde donde se les podía cortar el paso. ¡Pero no! No trataron los esquimales de ocultarse ni de hacer frente. Acometidos de un misterioso terror, se quedaron como aturdidos ante la manada que se les echaba encima, sin disparar un tiro. Y de pronto, pasado el primer momento de estupor, se elevó de sus filas un coro de voces de horror y se declararon en confusa huida, como quien realmente se cree perseguido por los propios demonios del infierno, mas ya los lobos y Bram les habían dado alcance. Las fieras saltaban de hombre en hombre, azuzadas por la voz chillona de su dueño, y Felipe pudo ver al loco gigantesco lanzándose contra los fugitivos, que iba derribando uno a uno a cada golpe de su poderosa clava. Celia retrocedió, impresionada, llevándose las manos a la cabeza. El sueco la apartó a un lado y quitó la tranca de la puerta. Felipe lo siguió y, sin alejarse de la cabaña, fueron disparando contra los fugitivos que se les ponían a tiro. Obcecados por el ardor de la lucha y el delirio de sangre, Bram y los lobos no hicieron más caso de los tiros de fusil que de los gritos que lanzaban las victimas pidiendo misericordia. En menos de cinco minutos ya no quedaba contra quién disparar. El resto de los *kogmollocks* había desaparecido por el bosque, y Bram y su manada se lanzaban en su persecución.

Felipe miró a su compañero. Su fusil, del todo vacío, quemaba. El rostro del sueco se agrietaba con su eterna sonrisa; pero no podía reprimir un ligero temblor.

—No le seguiremos —dijo—. Bram y sus lobos cuidarán, de lo que falta. Ya volverá cuando dé por terminada la batida. Entre tanto, podríamos preparar la marcha. Ya estoy harto de esta cabaña. ¡Puf! ¡Cuarenta días y cuarenta noches de infierno! Oye: ¿tienes una pizca tabaco, Felipe? Si tienes, que se vea. ¿Dónde nos quedamos de la historia de la princesa Celia y el duque de Rugni?

—La... la... ¿qué?

—¡Un poco de tabaco, Felipe!

—Decías la princesa Celia... el duque de Rugni...

El sueco asintió, llenando la pipa.

—Si. Armin es el duque de Rugni, sea lo que fuere Rugni. Fue desterrado a Siberia hace años, cuando Celia era una niña, y otro se apoderó del ducado. ¿Entiendes? Importaba millones, según tengo entendido. Me ha contado que intervinieron en el negocio amigos ínfimos de Rasputín y que durante mucho tiempo lo tuvieron encerrado en los calabozos de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, bajo las aguas del Neva. Sus amigos, la mayor parte expulsados de la patria, lo creían muerto, y algunos cuidaron de Celia, cuya madre, que era danesa, la había dejado huérfana en muy tierna edad. Poco después del asesinato de Rasputín y en vísperas de la revolución, se supo que el desterrado vivía en un pueblo de la costa oriental de Siberia, y sus parientes y algunos amigos de Londres acordaron trasladarlo a Europa, fletando a este objeto un barco.

Olaf se interrumpió para encender la pipa.

—Lo encontraron y se dieron con él a la mar, ignorantes todos ellos de que hubiera estallado la revolución, pues en caso contrario hubiese podido volver a Rusia, con los demás desterrados, a reclamar sus derechos. Por una serie de razones se había puesto a su disposición un ballenero, que destruyó los planes de libertad, quedando preso de los hielos, en el golfo de la Coronación. Tuvieron que abandonar el barco y ponerse en marcha con ayuda de perros y trineos y bajo la guía de esquimales. Esto es, en resumen, lo sucedido. Cuando aprendas la lengua de Celia, ella te contará muchas más cosas. Pero es una princesa auténtica, chico, y su papá un duque. Ahora tú te cuidarás de americanizarlos. ¿Eh? ¿Qué te parece?

Celia se había acercado despacito y estaba al lado de Felipe mirándole a la cara, con ojos de adoración que hicieron reír a Olaf.

—Ya tienes hecha la mitad del trabajo, Felipe. El duque puede volver a su patria a meter en cintura a quienes le jugaron tan mala pasada, pero a *lady* Celia le va a gustar mucho América. Sí, señor; no creo que se encuentre mejor en ninguna parte del mundo.

Caminando aquella tarde lentamente sobre el cauce endurecido del Coppermine, que tomaron, por ruta, les llegó de muy lejos el grito lastimero de la manada de Bram Johnson, como una ráfaga violenta que se arrastrase en la calma, perdida por el páramo blanco. Cuando acamparon, al cerrar la noche, Felipe estaba convencido de que Bram les iba a la zaga. Él y Celia, extenuados, se durmieron profundamente, mientras Olaf permanecía de guardia, arrebujado en dos chaquetones de esquimal que recogió en el campo de batalla. Dos veces oyó en el silencio de la noche interminable el extraño clamor. Al principio, un grito de bestia; luego sonó la voz de un hombre.

Al día siguiente, con los perros descansados, avanzaron con rapidez y sin parar hasta que se hizo de noche. A la entrada de un bosque se detuvieron y encendieron una hoguera magnífica que alumbraba hasta cincuenta pasos el desierto. De pronto, terrible y silencioso, apareció en esta zona de luz Bram Johnson, tan inesperadamente, que Celia lanzó un grito, mientras los hombres se quedaban mudos y paralizados de espanto. Bram avanzó majestuoso, con un objeto extraño en la mano: era una chaqueta de esquimal, atada en forma, de saco, que formaba un bulto del tamaño de un pozal. El hombre lobo se llegó a Celia, como olvidando completamente la presencia de los otros, y lanzando un sonido gutural dejó a sus pies el fardo. Un momento después había desaparecido.

El sueco se levantó despacio, y dirigiendo unas palabras a Celia, recogió el presente del hombre lobo. Felipe le sorprendió la mueca de repugnancia que hizo citando, de espaldas a Celia, miró dentro del saco. Luego Olaf se apartó a la oscuridad del bosque y poco después volvía con las manos vacías, dirigiendo a Celia una sonrisa de excusa por su determinación.

—No hace falta que sepa la verdad —dijo a Felipe Le he explicado que era un presente de carne inmunda lo que Bram le ofrecía. En realidad, no es otra cosa que la

cabeza de Blake. Ya sabes la peregrina costumbre que tienen los *kogmollocks* de complacer a un amigo presentándole la cabeza de su enemigo muerto. ¡Bonito regalo para ella, si lo hubiese visto!

* * *

Entre las aventuras que pasan inadvertidas para la historia de la humanidad, acaso las más extraordinarias pertenecen a la Real Policía Montada del Noroeste: El caso de Bram Johnson, el loco de las regiones hiperbóreas, es una de ellas. No hemos querido que duerma en los archivos de la Comisaría, entre legajos de testimonios firmados por personas fidedignas, uno de los cuales lo constituye el informe, breve y substancioso, del cabo Olaf Anderson, del destacamento de Fort Churchill, y otro, más largo y minucioso, la declaración escrita y firmada por míster y *mistress* Raine y el duque de Rugni. Unido a estos documentos se halla un ejemplar del decreto de absolución en que se declara a Bram Johnson súbdito libre del gran Dominio del Canadá, con prohibición expresa de perseguirlo como a un criminal. «Dejad en paz a Bram Johnson», fue la orden comunicada a todos los destacamentos.

Sabia y humanitaria decisión.

El desierto blanco es inmenso e inhospitalario, y por él yerra y caza todavía Bram con sus hermanos lobos, a la pálida luz de la luna, y al frío centelleo de los astros.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] *chippewa*: perteneciente a la tribu de los *chippewas*, también llamados *ojibwas*. Es uno de los pueblos nativos más grandes de América del Norte junto a los *cheroquis* y los *navajos*. Se encuentran en la misma proporción, en Canadá (en Ontario) y en Estados Unidos (en Wisconsin y Minnesota). Al haber estado principalmente asentados alrededor de Sault St. Marie en las inmediaciones del lago Superior los franceses se referían a ellos como los *saulteurs*. Los que originalmente vivían alrededor del río Mississagi y posteriormente se mudaron al sur de Ontario, Canadá son conocidos como los *mississaugas*. (N. del Ed.) <<

[2] *cree*: nación amerindia de América del Norte, constituida por más de 200 000 individuos que le convierten en uno de los mayores grupos indígenas de Canadá. Viven en Quebec, Ontario, Manitoba, Saskatchewan y Alberta. La mayoría de los *crees* eran indígenas de los bosques orientales, mientras que los que viven en Saskatchewan y el sur de Alberta eran indígenas de las praderas. (*N. del Ed.*) <<

[3] *kaiaks*: El *kaiaks* o *kayak* es una variedad de piragua de uno a cuatro tripulantes cuyo uso es fundamentalmente deportivo. En su origen eran de un solo tripulante y se usaban para pescar y cazar. El tripulante o palista se acomoda sentado y orientado en dirección al avance, a diferencia de las embarcaciones de remo, y propulsa la embarcación mediante una pala de doble hoja o cuchara que no necesita de apoyo sobre el casco. (N. del Ed.) <<

[4] *chasse-galère*: también conocida como «La canoa embrujada» o «La canoa voladora». La historia se remonta a una leyenda francesa sobre un noble rico llamado Galère a quien le encantaba cazar. Le gustó tanto que se negó a asistir a la misa del domingo. Como castigo por este pecado, fue condenado a volar para siempre a través de los cielos nocturnos, perseguido por caballos al galope y lobos aullando, de una manera que recuerda a la Caza Salvaje. Cuando los colonos franceses llegaron a Canadá, intercambiaron historias con los nativos y la historia de Galère se combinó con una leyenda de las *Primeras Naciones* sobre una canoa voladora. (N. del Ed.) <<

[5] Fórmula de juramento que suponemos se estilaba entre aquellos septentrionales oriundos de Francia. (*N. del T.*) <<

[6] *caribú*: Especie de anta de gran corpulencia. (*N. del T.*) <<

[7] *Tonnerre de Dieu!* Juramento: «¡Rayos divinos!; ¡Tormenta de Dios!». (N. del Ed.)
<<

[8] *par les mille cornes du diable* por los mil cuernos del diablo (del francés) (*N. del Ed.*). <<

[9] *patois*: es una variedad lingüística esencialmente oral, hablada en un ámbito geográfico limitado, que puede reducirse a una localidad o a un conjunto de localidades, generalmente rurales. Son descendientes directos de variedades romances diferentes del francés estándar. (*N. del Ed.*) <<

[10] *paletó*: Chaqueta de paño grueso, larga hasta las rodillas y entallada de cuerpo, semejante a la levita; era una prenda originalmente masculina que con el tiempo también fue llevada por mujeres tras pequeñas modificaciones como la incorporación de faldones de vuelo o la mayor amplitud de mangas. (*N. del Ed.*) <<

[11] *Your... father?*: ¿Su... padre? (del inglés). (N. del Ed.) <<

[12] Río de la Mina de Cobre (*N. del T.*). <<

[13] *usamuks*: Los pueblos de la zona norte de América; Círculo Polar; Alaska y Groenlandia, empleaban un calzado de piel para soportar las temperaturas bajas. El calzado siempre llevaba unida una caña de cuero a la base del zapato y, se confeccionaban a base de piel de reno o foca marina. Son botas que pesan poco y permiten deslizarse con facilidad y de forma silenciosa; a veces se adornan con pieles de mapache, conejo y con pompones y granos de colores. Son muy transpirables y permiten un intercambio de aire esencial para evitar la congelación. (*N. del Ed.*) <<